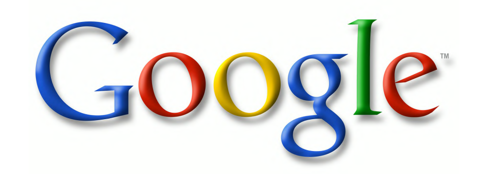
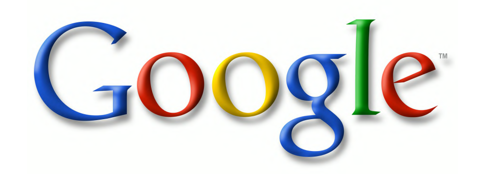





ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



MENTIRAS

Y

VERDADES.

(TREINTA Y CUATRO CUARTOS DE POLÍTICA.)

POR

E. P. B. (ZACARÍAS) Y CN. FLAMILSO.

Si este libro se perdiese
como suele suceder,
vuelva usted à comprar otro
y se lo agradeceré.

EL EDITOR.



MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO,
calle de Isabel la Católica, 21, bajo.

1869.

MENTIRAS Y VERDADES.

MENTIRAS
Y VERDADES.

OPÚSCULO

DE MÉRITO MAYÚSCULO, SARCÁSTICO Y ACÉRRIMO,

CON PLÉTORA
DE ARTÍCULOS IRÓNICOS, EPÍGRAMAS Y EPÍSTOLAS POÉTICAS,
QUE TRATAN DE ESE DÉDALO HIPOTÉTICO, LLAMADO LA «POLÍTICA.»
CONTIENE MUCHAS FÁBULAS Y APÓLOGOS
DE CIERTOS CABALLEROS DIPLOMÁTICOS, QUE ESTÁN CON MUCHAS
ÍNFULAS DE SÉNECAS EN CÍRCULOS NOTABLES Y EN LA «CÁMARA.»
DESCUBRE Á LOS HIPÓCRITAS LA MÁSCARA,
DESIGNA ALGUNOS MÍSEROS SATÉLITES Y PROCURA ILUSTRAR AL PUEBLO
VÍCTIMA, DÁNDOLE Á CONOCER Á CIERTOS PÁJAROS.
TODO EN FORMA DE CUENTOS Y ALGO MÁS.

Original de

DON E. P. B. ZACARIAS Y CN. FLAMILSO,

que es como si dijéramos de aquellos que ustedes saben.

MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE TOMÁS ALONSO,
calle de Isabel la Católica, 21, bajo.

1869.

DEDICATORIA

AL GOBIERNO ESPAÑOL.

Caballeros Ministros: Ustedes no nos conocen, y nosotros les conocemos á ustedes muy á fondo; es decir, les conocemos á ustedes por sus obras, que son notabilísimamente censurables, y que por lo mismo nos obligan á dedicarles estas breves páginas, no tan breves como ustedes quisieran, pero, por otra parte, no tan largas como nosotros deseariamos: lo cierto es, que ustedes no nos conocen ni por asomo, que si nos asomáramos despues de publicar este libro, caeriamos indudablemente en su superior desagrado; pero como no nos asomaremos aunque nos lo mande Caballero de Rodas, que ès cuanto se puede decir, se quedarán ustedes con las ganas de saber quién es este Zacarías y quién este Flamilso con tan poco miedo y tanta vergüenza, porque nosotros la tenemos de pura raza. Y ahora se comprende que hemos soltado una gorda, porque al confesar que tenemos vergüenza nos manifestamos escepcionales, y ustedes nos pudieran conocer; pero

estamos en la seguridad de que ninguno de nuestros amigos irá con el chisme á *VV. EE.*, y por lo mismo vamos á pasar al texto en seguida. Antes de hacerlo, sepan ustedes el por qué de este libro, y sobre todo el *por qué* se lo dedicamos á ustedes, y si tienen un poco de paciencia, de la mucha que gastan al pueblo, lo sabrán todo con sus pelos y señales. Á eso vamos, excelentísimos señores, con que atencion:

Caballeros: Ustedes gobiernan muy mal, no lo pueden hacer peor, aunque quieran; ustedes son nueve, y nosotros los gobernados, somos en número de diez y siete millones: tocan ustedes á dos millones por barba (hablamos de habitantes), y como cada dia que pasa vamos viendo que esto marcha como un reló descompuesto, nos hemos resuelto á decirles cuatro cosas importantes, ahora que nadie nos oye.

Son *verdades* las más y *mentiras* las menos: las *mentiras* son pronósticos, profecías lúgubres, aterradores vaticinios, espantables predicciones..... *las verdades* son copia de los hechos, de lo que ustedes han deshecho y siguen deshaciendo, que es la ventura de España, la felicidad prometida á este pueblo al inaugurar una Revolucion que á muchos nos parece ya *devolucion* de lo pasado, *trompicon chichon* y *revolcon*..... Para que sea esto último no hay más que quitar dos letras, y ustedes han quitado ya tantas á esa dichosa palabra, que si le queda la *r* es un milagro...

El país se queja, y *cuando los pueblos se conmueven*, ya saben ustedes lo que decian D. Antonio de Borbon y su señora parienta; consiste, en que les devora el malestar, en que les agobia la pobreza ó les maltrata el despotismo.

Aquí, no diremos que nos devore el malestar; pero respondo de que no tenemos dinero ni libertad; es decir, no tenemos dinero, porque la libertad ha resultado un *camelo*, un *te engañé*, un ¡*tó jué groma*! y los camelos no se deben emplear con los pueblos, porque los hombres se exponen á lo que ustedes están palpando: al desagrado general, á la antipatía, á la censura de los burlados.

Esto sí que es *verdad.*

Ustedes nos ofrecieron mucho, y se hicieron Gobierno: el país estaba reventando de alegría; se les dieron á ustedes más coronas que á todos los héroes de la antigüedad juntos; se hicieron más estandartes y banderas que nunca, y el pueblo español, como un solo cuerpo, se agitaba de placer, se movia con la electricidad del entusiasmo, porque ustedes le habian prometido libertad, la libertad que todos los pueblos necesitan para ser felices.

¿Otorgan ustedes lo que ofrecieron al país?

¡Esto si que es *mentira*!

Pero no una *mentira* como otra cualquiera: es una *mentira* que cuesta mucho, que trae mucha cola y que ustedes no quieren subsanar con la rectitud, con el liberalismo puro, con la democracia, que fué su bandera en Cádiz y en aquel famoso puente que se ha pasado para caer en un barrizal más cenagoso que el que pisábamos antes.

Aún es tiempo, señores, para evitar un reventon de cólera; aún es tiempo, y si ustedes dejaran de ser Gobierno, para no desvirtuar lo bueno, que innegablemente comenzaron desde la emigracion; si ustedes quieren dejar esas carteras y obedecer al pueblo, éste les levantará estátuas, que es lo único que no ha hecho todavía por carecer de motivos. ¿Qué más les falta á ustedes?

El uno Duque; el primer noble de España, Capitan general del ejército, y con gran atmósfera y verdaderas simpatías: los otros, todos ennoblecidos dignamente por la Revolucion, hombres de reputacion europea, y el que más y el que ménos, con lo suficiente para vivir en primer rango y legar á sús menores el blason que adquirieran en Setiembre de 1868....., ¿y qué más pueden ustedes desear, sino que se les erijan estátuas?

Pues esto se consigue mejor abandonando el poder que gobernando mal.

Y si siguen ustedes gobernando, llegarán al optimismo de lo malo, á lo sublimemente peor; esto no es codiciable á nuestro modo de ver, como no sea que ustedes aspiren á

ello, por lo que dijo en otra ocasion Zacarías con el siguiente verso:

«Las cosas que se hacen bien
tienen mérito, es formal:
pero, las que se hacen mal,
y tan mal, que no haya quien
las haga de un modo igual,
tienen mérito tambien,
porque son..... otro ideal.»

Ya ven ustedes que el tal Profeta no es *rana*, aunque diga otra cosa D. Adelardo Lopez, á quien bautizó con el epíteto de *el Ministro del pañuelo* (le cabe esa honra).

Con que, á ver en qué quedamos: mejor dicho, á ver si ustedes no quedan, y abren paso á la opinion del pueblo, á la República federal.

Así como así, aunque ustedes no la abran paso, ella se meterá; con que elijan ustedes entre el egoismo y los intereses de su pátria.

Con este motivo y sin él, tienen el gusto de ofrecerse á ustedes, atentos seguros servidores que no besan sus manos, porque nadie besa las manos del que le oprime; y ponerse á sus órdenes, en la calle de *No me busques*, número *que no me encuentras*.

LOS AUTORES.

Madrid, Junio de 1869, año segundo del *revolcon*.

PRÓLOGO.

Este libro es una casi novela de historia contemporánea.

Los cuatro personajes del sexo fuerte, que vamos á dar á conocer, son indivíduos de una tertulia doméstica donde no se habla mas que de política.

Los nombres de estos caballeros son bastante significativos para que necesiten una esplicacion; el uno, viejo tradicionalista, con un brazo sí (el derecho) y otro no, se llama el comandante *Chafarote*.

Además de que ustedes habrán adivinado que el brazo que le falta es el izquierdo, porque ya dejamos consignado que tiene solamente el derecho, saben ustedes de fijo que el comandan-

te *Chafarote* es carlista y de *mala fé*, porque no conocemos carlistas que la tengan buena.

El otro personaje es el periodista *Chicharra*, progresista hasta donde se puede ser, y ni una línea más allá.

El tercero es un tal *D. Primoroso Trescolores*, representacion personal de los moderados, de los isabelinos y de los unionistas.

El último es un jóven republicano que no habla.

Hay además en esta reunion familiar una señora, que bien puede ser *Doña Patricia Revuelta*, cantinera voluntaria de un batallon de milicianos, con tan mala constitucion física, que parece que no la tiene ni física ni moral. Es muda y pronuncia con dificultad las siguientes palabras: «¡Oh! ¡Ay! ¡Brrr! y ¡Fú!

La tertulia se verifica en un sotabanco de la calle del Ave-María, esquina á la de Jesús y María, entrando por la de la Magdalena, que tambien es otra María.

Y antes de pasar más adelante diremos, que el comandante *Chafarote* es un viejo terne, que acostumbra á salir de paseo con un gorro frigio (á falta de boina), apoyándose en un róten con puño de plomo, y con patillas negras (el comandante, se entiende).

El señor *Chicharra* es escritor en prosa y come cada dia en una fonda; entra en los Ministerios como en su casa y tiene poca aprension, alguna lógica y sendos patacones.

Vá á Lisboa dos veces al mes y tiene siempre en el bolsillo una cartera de piel portuguesa (que no todas las pieles han de ser rusas); en la cartera, que es muy abultada, se vé un escudo real y otras cuquerías por el estilo.

Don *Primoroso Trescolores* es un sacristan cesante, ex-inspector de la ronda secreta, y últimamente, no *desempeña* nada de las muchas alhajas que redujo á dinero, antes del decreto de incautacion.

Don Primoroso vive de ocultis.

Luego *D. Primoroso* es un *pege*.

Adelante.

El muchacho de la tertulia acostumbra á dormirse en una butaca, mientras sus consocios garlean de política.

Doña Patricia habla de cuando en cuando, y siempre que lo hace dá gritos de dolor, porque la cuesta mucho trabajo mover la lengua.

Este es el cuadro.

Debiéramos decir, esta es la cuadra, pero ya no lo diremos por no ofender á los tres dignos y venerables ancianos que hemos mencionado.

Sobre todo la política.

Y ahora que saben ustedes, gracias á este pequeño prólogo, entre qué clase de gentes estamos, me voy á tomar una libertad, si es que se puede cojer algun cabo de las muchas madejas que nos prometieron los libertadores.

Voy á rogar á ustedes que no confundan al

comandante con *D. Primoroso*, ni al jóven dormilon con el avispado *Chicharra*, porque resultaria un lio, no digo de mil, sino de tres demonios.

¿Están ustedes al corriente?

Pues..... ¡*tableau*! Vamos al capítulo primero.

CAPÍTULO PRIMERO.

DETALLES.

Los que suscriben en la dedicatoria de este libro, españoles de nacimiento, mayores de edad y personas decentes, escribieron un libro en sério y en guasa, al cual, y sin necesidad de padrinos, bautizaron con el nombre de *Mentiras y Verdades*, lo mismo que si les hubiera petado mejor llamarle de otro modo.

Uno de los autores, el menos previsor, cogió el manuscrito y se encaminó á una imprenta con el fin de que el libro se *tirára*, en el buen sentido de la frase.

Era el dia en que tenia lugar la apertura de las Córtes, y en vez de echar por otra calle tomó por la carrera de San Gerónimo, y vió *la mar* de gente.

—¿Qué hay? preguntó á un voluntario de la libertad.

Y el voluntario no contestó.

—¿Qué ocurre? insistió preguntando al voluntario.

Pero el voluntario tampoco respondia.

De repente, el voluntario puso los ojos en blanco, y con una *voluntad* á prueba de locomotoras, tiró el fusil y echó á correr calle abajo, metiendo la cabeza por la cristalería de un escaparate.

¡Qué fullin, caballeros!

Aquello era otra *babel*, otro juego como esos que los chiquillos llaman de *galgos* y *liebres* ó de *carabineros* y *contrabandistas*.

Peor aún; porque, así como todos nos esplicamos perfectamente que la liebre huya del galgo, y el contrabandista del carabinero, nadie concibe que el voluntario huya del voluntario. . . . .

Ello es que el autor se vió entre la espada (de un alférez de voluntarios) y la pared (de la sastrería de Liborio).

Llevaba el manuscrito y se le cayó de las manos; esto no tiene nada de particular, por que aquella tarde á todo el mundo se le caian las cosas . . . . . .

El caso es que el profeta Zacarías perdió el original y nó le quedó copia; y despues del alboroto preguntó á un caballero que estaba junto á él, si habia visto unos papeles por el suelo, y le contestó que no, que aquel dia no se veian por el suelo papeles, sino fusiles.

Desconsolado y medio lloroso, volvió el profeta á su casa, y contó á Cneio Flamilso sus percances.

Se hicieron pesquisas, pero inútilmente; el libro no parecia.

Sin embargo, al dia siguiente, el aturdido profeta vió en la Puerta del Sol al caballero que habia estado con él en la Carrrera *de las Carreras*, y al saludarle, como hacemos siem-

pre las personas decentes, notó que el del gorro frigio (porqué le llevaba) se puso más colorado que un pimiento, y volvió la cara hácia el comercio de Nuestra Señora de París para contemplar el magnífico retrato de D. Cárlos de Borbon.

—¡Hola! murmuró Zacarías, escamándose.

Y con una decision que le honra (imitacion de *La Correspondencia*) se atrevió á tocar en la espalda del caballero del gorro.

—Usted me dispense—le dijo con mucha dulzura—pero yo desearia hablar con usted un rato.

—¿Para qué?—contestó el aludido, mejor dicho, el tocado.

—Para reclamarle á usted las *Mentiras y* las *Verdades*.

—¡Caballero! yo no he visto semejante libro.

—¡Hola! Usted me vuelva á dispensar, si le digo que tiene cara de bribon.....

—¡Caballero!

—¡Y van dos!

—¡Demonio!

—Esa no se cuenta; yo no soy demonio, ¿está usted? yo soy un pobre escritor á quien usted ha arrebatado el sudor de su frente.

—No acostumbro á refrescar, señor mio: pero de todos modos, me parece que usted tiene alguna razon.

—¡Ah! ¿Dá usted ya la tela?

—Sí, señor, la tela; pero el libro, no.

—¿Y por qué?

—Porque he leido parte de él.....

—Mejor para devolvérmele.

—Es que me ha gustado mucho por su originalidad.

—Entonces deme usted cuatro mil reales.

—Hablaremos.

—¿En qué sitio y á qué hora?

—Dentro de diez minutos y en un sotabanco del barrio de Anton-Martin.

—¡Ave María!

—Precisamente vamos á esa calle.

—Jesús, María y.....

—Esa es la que hace esquina.

—¡Caballero!

—¿Quiere usted seguirme ó quedarse sin el libro y sin los doscientos pesos?

—Andando, por lo uno ó por lo otro.

—Sígame usted.

Y el profeta marchó detrás del comandante *Chafarote*, que como nuestros lectores deben suponer, lo era el caballero del gorro.

¿Qué ocurrió despues?

Lo siguiente.

CAPÍTULO II.

SEGUNDOS DETALLES.

«Todo lo tiene bueno
la toledana:
todo lo tiene bueno
menos la cara.»

Esto gritaba una moza de veinte abriles, lavando en el patio de una casa de vecindad situada al remate de la calle del Ave María, cuando el profeta y su acompañante trepaban, agarrados á una cuerda de cáñamo, por una escalera que parecia de mano más que de casa.

A los ochenta y ocho peldaños, y otros tantos tropezones, el comandante se detuvo: abrió la puerta de un sotabanco, y quitándose el gorro frigio, exclamó:

—Puede usted sentarse.

—Tengo mucha prisa,—contestó nuestro asendereado profeta.

—¿Qué es prisa? No señor, aquí almorzará usted lo que quiera; trufados, ternera, pasteles, vino de Burdeos, Champagne, Rhin..... queso de Gruyére.....

—¡Cómo! ¿Hay aquí todo eso?

—Sí señor, y de real provision.

—¿Eh?

—Quiero decir, de régia dispensa.

—¿Qué?

—De D. Cárlos de Borbon y de Este, majestad católica de las Españas.....

—En futuro imperfecto,—repuso Zacarías.

—En presente y en pasado, caballero,—gritó Chafarote.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—¡Já, já, já!

—¡Bah, bah, bah!

Y despues de muchas réplicas y contradicciones, el coplero se levantó diciendo:

—Señor mio, son las once y tengo que corregir unas pruebas: si usted me da el manuscrito ó los cuatro mil reales me marcharé inmediatamente.

El comandante meditó, y repuso con una calma glacial:

—Ni lo uno ni lo otro. Lo único que ofrezco á usted es un asiento á mi mesa y en mi tertulia política!

—¡Cómo!

—Sí señor: todas las noches nos reunimos aquí tres amigos rancios, un muchacho que no tiene qué comer ni dónde dormir, republicano de buena fé á quien tratamos de seducir, y una señora de la vecindad, muda de nacimiento. Si usted quiere, oirá nuestros debates y será agente secreto.....

—¿Yo?

—Sí señor: diez duros semanales, el uniforme de reglamento con la graduacion de capi-

tan y buenos tabacos de *La Honradez*. ¡Ah! leerá usted todos los dias *La Legitimidad* y *Los Monos Sabios*, con los folletos *El Mejor Español*..... y *La Restauracion*, obras incomparables del Sr. Vildósola.

¿Qué más se puede pedir?

Entonces el poeta reflexionó, y, lo que sucede siempre que se reflexiona; una idea nueva se paseó por su imaginacion, aunque para tales paseos las ideas no necesitan carruaje ni velocípedo.

—Acepto—dijo de repente,—pero solo acepto el compromiso de ser un tertulio, no un capitan de D. Cárlos.

—No hay inconveniente: lo primero que se va á hacer en la reunion es leer el libro de usted y su compañero en las horas de distraccion.

—¿Qué horas son esas?

—De tres á seis de la mañana.

—Esta noche á las tres me tendrá usted aquí.

—Perfectamente: ha tomado usted posesion, etc., etc.: soy el *comandante Chafarote* y puede usted mandar: á la noche use usted por contraseña las siguientes palabras: *Cárlos Este Inquisicion*.

—Bien. Hasta luego, mi *comendante*.

—¿Habla usted con retintin?

—No señor, hablo con un carlista.

—Es usted muy guason.....

Y cerró la puerta.

Cuando Zacarías llegó al portal, la moza lavandera cantaba la siguiente copla:

Un señor de levosa
se *ma* perdío.....

Y vamos al tercer capítulo.

La cosa se complica, y ustedes estarán preguntando:

¿En qué parará esto?

Leer para ver.

CAPÍTULO III.

SE ACABAN LOS DETALLES.

Era de noche.

Estaban dando las tres en los relojes de torre, cuando el profeta en cuestion descendia con apresurado paso por la calle del Ave-María. Se detuvo delante de una casa, empujó la puerta, encendió más de noventa cerillas y llamó en el sotabanco del comandante.

Una voz recatada preguntó:

—¿Quién va?

—Yo.

—¿Y quién es usted?

—*Cárlos-Este-Inquisicion*.

Se franqueó la entrada, y una mano fria tomó la del profeta, conduciéndole por ella al

mismo cuchitril en que habia estado por la mañana.

Habia una mesa, cinco personas, y cuatro sillas más que la primera vez.

Zacarías saludó á los tertulios, y todos le contestaron menos el jóven que dormia tendido sobre una butaca, colocada á la izquierda de la habitacion, y la señora, que se limitó á responder con un movimiento de cabeza y este monosílabo:

—¡Ah!

El profeta la conoció en seguida: era Doña Patricia Revuelta.

—Señores y señora,-dijo el comandante,-ya que hemos discutido suficientemente el punto marcado por S. M. en su comunicacion de ayer, vamos á leer un manuscrito de que ya tienen ustedes noticia, y cuyo autor está presente.

—¡Que se lea!—dijo D. Primoroso.

—¡Sí, que se lea!—gritó Chicharra tendiéndose en su asiento.

—Caballero Chicharra, no alborote usted la casa, y vamos al asunto. Mucho silencio, órden y moderacion.

—Eso es, moderacion,—interrumpió el señor Trescolores—sobre todo, la moderacion.

El comandante sacó de su gaban el manuscrito, y despues de enseñar la portada y de dar á conocer la dedicatoria al gobierno español, dijo leyendo:

PARTE PRIMERA.

AQUÍ ENTRA LO GRAVE.

UN CROQUIS DEL PARLAMENTO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Eugenio Pelletan ha dicho que *la historia es la conciencia escrita de la humanidad:* habla á *Lamartine* cuando consigna este sublime pensamiento en uno de sus mejores libros (1), y todos sabemos que al decírselo á su caro maestro, tanto puede significar un concepto sin propósito de sátira, como un agudo y mordicante *calembourg*.

La historia, en efecto, es la conciencia de los hombres: si no se recordara el pasado, no existiria el anacronismo, ni se conocerian los apóstatas y los mercaderes de la opinion.

Y basta de proemio.

Las Córtes Constituyentes de 1869 merecen grave atencion, y es forzoso recurrir al asidero de la inflexible historia, para desenmascarar *prudentemente* á los que quieren engañar al país, á los que, por una senda opuesta á la que siempre han seguido, pretenden ilusionar á determinadas falanges políticas.

Hemos dicho que vamos á mezclar *prudentemente* la historia en los cuadros de la Asamblea, porque de otra ma-

(1) *Le Monde marche*. Paris, 1858.

nera no procederíamos con la rectitud que se debe á la suprema bondad de nuestras dectrinas, con la imparcialidad anexa á nuestra buena fé y al puro patriotismo que nos hace penetrar en el difícil terreno de la prensa.

Pero ante todo, y para justificar que cuanto vamos á decir en esta série de artículos no es la inspiracion de partido, ni el apasionamiento de la oposicion, recurriremos al criterio general de la mayoría parlamentaria y la preguntaremos si cree hallarse exenta de puntos vulnerables, tanto en las ideas como en las personas que las defienden paladinamente. Si en la mayoría de la Asamblea española hay, como no puede menos de haber, algun hombre que figure en ella por conviccion y no por rutina vergonzosa, por desinterés y no por egoismo, ese hombre bajará los ojos al oir nuestra pregunta, no sin haber pasado la mirada por el ancho territorio del ministerialismo en el Congreso, y contestará:

«Es cierto: los flancos vulnerables de la gran fraccion »son tantos como los hombres de patente súcia;» y la nave de la Asamblea claudicará irremisiblemente el dia en que la historia comience á registrarse, el dia en que los abusos de la mayoría puedan disculpar el descaro de los prohombres de la izquierda, el dia, en fin, de la revancha, porque la mayoría ha cometido ya graves errores que exigen completa reivindicacion al humillado bando de la minoría republicana.

¿Qué errores son estos? ¿Existen ó no, ante los ojos de la sana razon? Existen, sí; y precisamente ellos constituirán nuestras armas defensivas en este prólogo de apreciaciones conglobadas: existen en gran número; son tantos como premisas han formulado en la masa potente los encargados de deshacer la verdad de la oposicion, con una dialéctica bochornosa, con un descaro que casi parecia el entusiasmo de la persuasion, con un cinismo de que no teniamos ejemplo en las Cámaras á lo Gonzalez Brabo.

¡Dolorosa verdad! pero verdad reconocida por los mismos que la violan con serviles propósitos, en aras de un

Gobierno anti-revolucionario, discípulo de la tradicion y del perjurio.

Y este perjurio no puede escudarse con el recelo de la anarquía, no se disculpa con el temor al desórden, porque un Gobierno que ve la actitud pacífica de este pueblo en ocho meses de tan ámplia libèrtad, no debe reparar en nada hasta cumplimentar sus sagrados votos y sus no menos sagrados deberes.

Un Gobierno que conociendo el vicio monarquía como destructor de las libertades españolas, ayuda en una revolucion á destronar, y quiere, luego que tiene la gerencia del país, volver á crear la monarquía para que retoñe la desgracia; un Gobierno así, no merece el honroso título de revolucionario.

Un Gobierno cuyos hombres impugnaban las odiables prácticas del despótismo, y despues de la sacudida patriótica se entregan al ejercicio de todas ellas, remedando la dominacion caida hasta en los más pequeños detalles; un Gobierno así, que promete y se agita y triunfa, para luego desmentir el triunfo, paralizar sus movimientos y olvidar sus promesas; ese Gobierno no es hijo de la revolucion, es un aborto de la mentira, un vástago deforme del egoismo y la ingratitud, funesto maridaje que parece destinado á procrear más en España que en ningun otro país del mundo.

¿Y ese Gobierno,—preguntareis,—ese poder anti-popular, ha encontrado secuaces en la Asamblea Constituyente?

¿No son las Córtes del 69 el primer fruto en este suelo de la libertad del sufragio?

¿Se ha ejercido ó no este sublime derecho en toda su puridad?

¡Desencanto fatal, pero verdadero!

Y no ha sido esto solo: además de una tremenda mayoría y de todos los recursos de que disponen los poderes constituidos, el Gobierno, llamado hasta hace poco *provisional*, ha tenido la suerte de encontrar muchos aliados demócratas, siendo así que ninguno de los Ministros es, ni

ha sido nunca, verdadero demócrata; ha tenido, al mismo tiempo la fortuna de asalariar intérpretes de sus ideas y defensores de sus obras, puesto que no pocos Diputados Constituyentes comen hoy en el opíparo banquete del presupuesto, cuando, en la época de la libertad, debieran dejar de ser empleados para sentarse en el Congreso, ó no entrar en el Congreso desde las oficinas del Estado.

De modo, que entre los hombres de buena fé probada, y los parciales por la gratitud, el *Poder ejecutivo* tiene hoy un numeroso apostolado, que mejor llamaríamos comunion por lo que esta palabra se acerca *al quid* de semejante misterio; y esta comunion es incansable hasta el cinismo, valiente y enérgica hasta la desesperacion.

Por eso, y atendiendo á las divisiones que contiene, fragmentos que se enlazan en los momentos de la lucha parlamentaria, nosotros iremos haciendo un escrutinio calmoso y prudente, porque el país está tan convencido de lo que son algunos Diputados de la mayoría, que con muy pocos detalles retrataremos uno por uno á los que merecen tenerse en cuenta, y no habrá quien desconozca el nombre del aludido, á medida que vayamos desenvolviendo el vasto asunto que se nos ofrece á la vista.

Dadas estas necesarias esplicaciones y *comenzando de izquierda á derecha* del Parlamento, tropezaremos muy luego con los satélites del jigante de la situacion.

Ya saben todos quién es este jigante y quiénes son sus adheridos; pero habrá seguramente quien ignore cósas que no conviene olvidar para no caer en el ridículo de una apreciacion altamente risible y equivocada.

Preparémonos, pues, á delinear el cróquis con la luz de la verdad, y los retratos serán tan exactos como sorprendentes.

El comandante sacó la petaca y dió cigarros á los de la tertulia.

Doña Patricia, dijo: ¡Oh! y se cubrió la cara con las manos:

Chicharra sonreia; *D. Primoroso*, tambien.

ARTÍCULO II.

Todas las mayorías son absolutamente compactas, menos la que hoy tiene el Parlamento español, por más que en los asuntos discutidos hasta ahora, se haya levantado como el brazo de un atleta sobre la arrinconada fraccion republicana.

Dia llegará, y ciertamente no está muy lejano, en que la cuestion sea decisiva y concluyente; en que la mayoría tenga que escoger entre los cinco aspirantes al trono, que tienen mayor ó menor representacion, y entonces, como anteriormente hemos dicho, se levantarán las vallas de las diferentes aspiraciones, y sin otro dilema que la República ó un candidato amigo, los descontentos se verán obligados á progresar ó á retroceder.

Progresando hasta confesarse adictos á la República, será disculpable y patriótico; retroceder á otra personalidad, no tendrá escusacion en el deseo de paz, ni pretesto en el acatamiento del fallo superior promulgado por las Constituyentes.

A lo primero, se oponen los sentimientos de la codicia humana, que igualmente contamina los pechos de los sábios, que los de los ignorantes; á lo segundo, se opone además el amor propio de los burlados, mientras que una vez fundada la República, la cuestion seria universalmente útil y aceptable.

Como jefe de una pequeña fraccion de la Cámara, hay un hombre que habiendo adquirido soberbia talla y asombroso influjo, empezó por rehusar el poder de rango supremo, admitiendo otros fueros tan dignos como aquel, y no de poca anchura para labrarse la popularidad.

Ese hombre está hoy paralítico, moralmente hablando.

Ni habla, ni calla, ni otorga, ni niega; parece que no se mueve y va llegando al pináculo de la fama sin levantarse de un quietismo que, cuando menos, está perfectamente simulado; era demócrata, y hoy dicen que lo sigue

siendo, pero hasta ahora, no se ha separado un ápice de la marcha del Gobierno, que, como todos sabemos, lejos de ser democrática, es anti-popular y le conduce al descrédito y á la ruina material.

Y mientras el Gobierno cae, ese hombre crece.

Mientras mas profundo es su silencio, mas prosélitos conquista, mas probabilidades favorables para serlo todo reune, y mas problemas ocasiona en el complicado mundo de la política.

¿Cuáles son sus tendencias?

¿Qué votará, qué escogerá y cómo guiará á su decidida legion?

Nadie lo sabe, y todos lo presumen.

A donde él va, va el misterio, van la potestad de un génio y el dominio de un fantasma que sobrecoge, ó de un protector que engendra doradas ilusiones.

Ese hombre ha estado en las barricadas, cuando los cañones de la union liberal asesinaban á los revolucionarios de Madrid que gritaban: ¡*Viva Prim*!

Prim está con la union, y él está con ambos; ha sido el propagador mas enérgico de la democracia, y hoy, colocado en pró de la situacion, no se acuerda de sus antiguos cólegas, de los que con él, en 1865, entusiasmaron á los demócratas de Valladolid, á los de Santander y Logroño...

¿Qué hace hoy ese hombre?

¿No recuerda su historia, no tiene conciencia de lo que hace?

¿Sabe que está atacando, con su impasibilidad mas que con su ministerialismo, á los que bebiendo en el fecundo raudal de sus grandilocuentes discursos, estudiaron la democracia para amarla, y la amaron con él para derramar en su defensa toda la sangre que él les encendia con el fuego de sus miradas, con el valor de sus consejos y con la potencia de su amparo?

¿Por qué se adhiere á los verdugos de la democracia?

¿Por qué se decide á votar la monarquía, falsamente llamada popular, cuando nunca podrá serlo ya en España?

¿Por qué, siquiera, consiente que en su presencia se humille á sus discípulos, los adalides de la doctrina que él ha postergado villanamente á la diplomacia mas estudiada que se ha visto?

¡Otro enigma viviente, otro callejon oscuro de ese dédalo que se llama política!

El pueblo español no debiera confiar en ningun hombre que sobresalga, porque ya le han vendido muchos.

Cuando el pueblo elabora un génio con sus aplausos, el génio se olvida del pueblo y busca otra esfera mas ancha.

Cuando el pueblo cree tener un Washington, se le trasforma su predilecto en infame padrastro de sus libertades.

¡Siempre el pueblo debajo del talento ambicioso!

Pocas veces se realizan sus aspiraciones, y si algo consigue, es tan efímero, como amargo el instante del desengaño, tán ilusorio como cruel el momento de la recaida.

Ese hombre que hoy capitanea á otros corifeos de la democracia, ese hombre que de abuso en abuso há perdido la memoria de sus deberes y la conciencia de sus derechos, ese hombre es, sin embargo, popular, muy popular, ¿para qué negarlo, estando tan recientes los resultados de las urnas?

Y es popular, porque en su torno se han agrupado todos los fragmentos de la libertad, porque le han creido su protector todos los partidos; pero dejará de serlo, caerá tal vez en la nada, cuando se vea en el trance de seguir por una via no mas y á la vista del mundo; cuando su talento soberano, clarísimo y especial, no le pueda suministrar recurso estratégico; porque no será dado callar con todos, tendrá que hablar por alguno, y los bandos coaligados por una risueña esperanza le denostarán enfurecidos, y le combatirán á la vez, reuniendo los terribles elementos de la cólera desenfrenada.

Breve es el plazo para que no merezcan atenderse nuestras suposiciones.

Un guerrillero cuando pronosticaba su triunfo, decia: «El tiempo y yo para otros dos.»

Nosotros soltamos la misma prenda:

El tiempo solo nos dará la solucion de ese geroglífico humano, que tan alto ha logrado ser, para ser luego raquítico, para empequeñecerse y mostrar los dobleces de un corazon dominado por una tendencia misteriosa, que no puede ser otra que el más vituperable de los vicios.

Veamos como son los pocos soldados que cuenta en sus filas, y observaremos la más admirable paridad entre ellos y su perjuro Mecenas.

La historia es á veces muy cruel, pero es una virtud siempre, porque siempre es una verdad.

—

—¡Y tan verdad!—esclamó Chicharra.—El partido progresista, que es la honradez y el patriotismo, conoce muy bien á D. Nicolás.

Sabe lo que era ayer, y.....

—¡Chicharra!—dijo el comandante—ahora no es ocasion de discutir: estamos leyendo.

—Claro—añadió Trescolores—estamos leyendo.

El jóven dormido, roncaba.

La señora Revuelta, miró al manuscrito, y mesándose los cabellos con desesperacion, dijo otra vez.

—¡¡Oh!!

ARTÍCULO III.

Nadie nos negará seguramente que el asunto de estos artículos es demasiado trascendental para que su autor no vacile al consignar ciertos detalles; más aún, ciertas fechas históricas, cuyo solo recuerdo es toda una epopeya desgarradora.

Pero en la época actual, la prensa es el gran elemento de accion, la prensa debe ser el arma del triunfo para la doctrina que más se identifique con las aspiraciones del pueblo, y para obrar y triunfar con la prensa por baluarte, no debe imponernos la materia más ó menos peligrosa, llevando fé ciega y sacrosanta en la escuela de la República.

Hemos conseguido el objeto que nos proponíamos en el croquis del Parlamento.

Ocupándonos de una gran figura política, la desnudámos primero de sus reconocidas bondades, para vestirla al final con ellas y ocultar una esclamacion de asombro y de disgusto, por verla en el bando que patrocina despues de la Revolucion.

El prohombre que fué objeto de nuestras consideraciones, y los dos que van á constituir el tercer trabajo de la misma série, forman una amalgama rara, que está sorprendiendo al país, porqué representando, como representa ese triunvirato, la tendencia, la idea, la base dogmática de la Asamblea Constituyente, ha conseguido envolverse en el tupido velo del silencio, cubriendo las apariencias con el obstáculo para toda crítica segura, de la inaccion misteriosa en que yace.

Dos hombres hemos dicho.

Dos poderosos agentes de la democracia, debiéramos decir mejor; pero, agentes que ayer no tenian precio para la doctrina sublime, que ayer eran dos grandes esperanzas para ella, y hoy no se puede determinar lo que son, cuando, como á su jefe, se les vé entre los que votan la forma monárquica.

Uno de esos patriotas nació para dominar con su fácil, serena y elocuente palabra: el otro ha nacido para sujetar á la ley de su voluntad de demócrata las masas del pueblo liberal, que le conocen más, por haberle visto en las barricadas, en eso que Victor Hugo llama *«la dernière raison du peuple,»* que en la tribuna del Parlamento, en eso que Ciceron llamaba *«el trono de la ley.»*

Ocupémonos del primero, y encontraremos manchas de historia, y hechos esplendorosos, que pareciendo disculparlas, se van dejando borrar por otras de aquellas, precisamente en los dias destinados á su elevacion y á su completa popularidad.

Años hace que este discípulo predilecto, estando oscurecido, voló á los clubs de la Revolucion y arrebató en

ellos con sus bellísimos y galanos conceptos, pero más todavía, logró seducir por el ardimiento, que no era por desgracia el arrebato de un sentimiento profundo, sino la vehemencia de las impresiones que recibe el hombre en sus primeros años.

Llegó á ser un verdadero obstáculo para el Gobierno que entonces tenia esta pobre nacion, por tantos Gobiernos consumida, y en el despacho de un Ministro, que halagando su vanidad, le prometiera su apoyo, abjuró de su profesion, no volvió á la tribuna para escuchar los vítores de sus ya numerosos amigos, y aceptó un destino en pagó de su silencio.

La impresion que esta inesperada venalidad produjo en todos los ánimos, fué tan intensa como lo es ahora.

Ahora, despues de que otra Revolucion barrió la memoria de su primera apostasía, se ha olvidado de la Revolucion de Setiembre; ha perdido tambien la conciencia de lo mucho que debia á sus conciudadanos, y cuando una mayoría rutinera y servil propone que se adule al Gobierno provisional con una fórmula de etiqueta que el pueblo en general toma por un insulto á sus libertades, ese hombre vuelve á gastar su voz en pró de una causa depravada, y luchando como un paladin, se conquista el desagrado de los que ayer le admiraban.

La caida ha sido funesta.

Una lumbrera de nuestro foro se ha dejado apagar por la esclavitud hácia una fraccion anti-democrática, y será ya muy difícil que pueda reconquistar lo que ha perdido.

Él lo quiere así, y así resulta: al aceptar otro destino de los enemigos de la democracia, acepta otro borron para su historia.

Y ni su nombre pasará á la posteridad, entre los laureles del patriotismo, ni lo que es peor todavía, le será muy duradera esa posicion indefinible.

El segundo de estos dos demócratas no puede ser considerado como hombre de la palabra, sino como revolucionario por instinto, como el *revolucionario de siempre*.

Cuando en 1854 la Revolucion se hizo una de tantas veces necesaria, asombró con su bravura, porque sin lucir entorchados, ni saber la táctica del militarismo, uniformó los corazones del pueblo, les aproximó al suyo, les hizo recibir el calor que hervia en su pecho, y lanzándose á las calles con bizarría, consiguió la popularidad del conspirador liberal, del guerrillero civil, si puede pasar impunemente el calificativo que le damos.

Dos años más tarde reanudó sus tareas; entusiasmó al abatido pueblo y peleó otra y cien veces con sin igual ardimiento.

Cuando se encontró con un general y se vió al frente de un batallon de milicianos, dijo: «Yo me bato como un republicano rojo,» y sostuvo una lucha colosal con sus vivas á la democracia y á sus saludos á la que se creia naciente libertad.

¿Cómo era posible que este hombre se arrepintiera de ser lo que ha sido?

¿No tiene presente la imágen del desventurado compañero á quien alentaba con sus patrióticas exhortaciones?

¿No se acuerda ya de Sixto Cámara?

¿Qué haria el jefe nato de la milicia nacional madrileña, si otra vez resonára la mortífera voz de los cañones, en las calles que tantas veces ha pisado defendiendo á la libertad?

¿Qué haria? No nos atrevemos á decirlo. Pero si no lo decimos, ahí le teneis entre los afiliados de otro génio perdido para la democracia, ahí le teneis; ya casi le podeis llamar perjuro, aunque os haga daño el tenerle que aplicar ese nombre fatal, porque indudablemente os desconsolareis al verle lejos, muy lejos de la democracia.

El hombre de las barricadas del 54 y del 56, el verdadero autor de la Revolucion de Junio, acepta tambien la Constitucion que se propone, pasando por alto el artículo que declara como forma de Gobierno la monarquía, que es una forma imposible para la España regenerada.

¿A quién no conmueven estos cambios, quién no deplorará esas pérdidas?

Y sin embargo, la República triunfará, porque está incarnado en todos el sentimiento que ella inspira, la paz y la ventura que solo ella puede dar á los españoles.

Nosotros, que vemos á estos renegados, no perdemos un átomo de fé, y decimos siempre con orgullo:

¡*E pur si muove*!

—

El jóven dormilon, al pronunciarse el nombre de Sixto Cámara, sufrió una pequeña convulsion, un ligero vértigo, sacudida ocasionada por el frio de la calentura.

El comandante soltaba unas cuantas carcajadas en *dō mayor*.

Chicharra mordia su pañuelo, por no tener otra cosa que morder en aquel momento.

D. Primoroso prestaba mucha atencion, y al mirar á doña Patricia, la dijo:

—Señora; parece que la causan á usted mucha impresion estas lamentaciones.

La muda contestó por tercera vez y con más coraje:

—¡¡¡Oh!!!

ARTICULO IV.

¡*E pur si muove*! Sí: esas son las palabras de un sábio y esas palabras constituyen el Evangelio de la ciencia.

Galileo murió martirizado, y el génio de Quintana le consagró un poema.

Convencidos, pues, como lo estamos, de que la fraccion llamada democrática gira en una esfera incomprensible, no nos sucede otro tanto con la inmediata, con la del progresismo.

Este partido es mas franco en sus manifestaciones, obra mas á las claras, y obra siempre: no perdona ocasion hábil, ni descuida el más nimio de todos los recursos políticos.

Los hombres del progresismo, son hombres al menos, no son sombras.

Y si bien es cierto que entre ellos hay uno más potente,

mas diplomático, no ha podido ocultar jamás ni en el más insignificante de sus actos públicos, que ha nacido predestinado á la ruina, que vió el mundo con instintos de dominarle á su voluntad tetrárquica; que, cuando pisa el suelo español y reparte las cien miradas que lanza en cada una, lo hace para escudriñar medios de guerra, pero de una guerra sorda como sus intenciones.

Ese hombre es de un talento universal.

Como político de prevision, no se ha engañado nunca.

Como parlamentario ha arrebatado siempre.

Como hombre de Estado, las potencias europeas le colocan en primer término, y le saludan como al génio peregrino, y le adulan y sonrien como al fantasma del esterminio.

Del esterminio, sí; porque el mundo entero conoce de profundo sus inclinaciones; porque todo el mundo se ha fijado en la historia política de España, desde que se supo que en España habia otro Demóstenes, otro Talleyrand, otra de esas figuras que no aparecen sino á largos intérvalos sobre la faz de la tierra, para constituir una página más de la historia de los pueblos.

Cuando se le ha visto elevar sus creencias hasta donde puede elevarlas un politico actual, todos creian que era el Mesías de la democracia, que las testas coronadas de todo el orbe se encontraban ya con un invencible rival, y que tarde ó temprano, el tribuno español ensancharia los dominios de su pátria y la daria el esplendor que daban los Alejandros y los Césares. Y España sufrió el primer desengaño al ver que ese hombre lo postergaba todo á una ambicion raquítica, á las diferencias personales y á todas las demás pequeñeces de que se le creia exento y enemigo. Su vanidad luego hizo otra desilusion, porque ese hombre, que parece criado para tener un gran corazon, lo lleva todo á la cabeza, y allí se traza la línea de conducta que le marcan los impulsos del mas repugnante egoismo.

Ese hombre, como diria otro, es la *virtud del vicio*, lo *sumo de la pequeñez*; es una prueba viviente de que, los que

no sienten tanto como piensan, no están llamados á resolver el gran problema de la armonía universal.

Se le llamó el gran anti-dinástico, y cuando se le hizo incrustar en la Revolucion de Setiembre, se le encontró frio, reservado, taciturno, como todo el que se cree en el deber de rechazar la alegría de los demás.

La juventud le victoreó, y apenas se esforzaba para devolver una sonrisa de cumplimiento frívolo.

La juventud consignó un lema entre los del levantamiento y le preguntó su opinion despues de abrigar loca fé en que el génio de la España les abrazaria como á los herederos de su obra y les concederia un *sí* para la libertad que la Revolucion santificaba.

Otro desengaño..... pero más cruel todavía.

Este hombre se presentó jigante y apagó el fuego con que la juventud le hablaba de la libertad religiosa: al negarla, desmintió toda su vida, y desmentir la historia gloriosa de un patricio, es sumirle en el descrédito y ponerle al nivel de los demás hombres.

Ha pasado algun tiempo.

¿Qué ha hecho el gran anti-dinástico?

Colocarse al pié de un trono.

¿Qué ha hecho el gran demócrata?

Implorar un rey para España.

¿Y sabe él si España quiere reyes?

Nó: sabe, y sabe muy bien, que España va á ser República; pero con su intruncable afan de colocarse siempre en las situaciones extremas, con su inclinacion hácia la singularidad, ha sacrificado las ideas de ayer, y no es eso lo peor, ha sacrificado al país, como quien destroza el juguete de un niño entre las manos.

Y su voz prepotente resuena de nuevo en las Córtes, y buscará medios de convencer á España de que *no la conviene lo que más la convenga*; de que lo peor es lo mejor, de que la noche es el dia y la esclavitud el mejor estado para tener libertades; y si nadie le interrumpe, fascinará á los débiles y hará dudar á los fuertes.....

Y segun hubo un general que hizo un libro titulado *La Esclavitud es el elemento de órden de las Antillas*; ese hombre nos querrá decir tambien «que la monarquía y el catolicismo, como religion obligatoria, adherida al Estado son los elementos de nuestra bienandanza.»

Pero si hoy lo dice, por donde quiera que se abra el gran libro de su historia política, se encontrarán esclamaciones contradictorias, frases opuestas y pensamientos antagónicos.

Ese hombre ha demostrado ya que su cabeza seria un tesoro para España; pero ha demostrado tambien que su corazon es un cáncer para nuestra ventura.

Pero algo deciamos en el artículo segundo.

Cuando el pueblo elabora un génio con sus aplausos, el génio se olvida del pueblo y busca otra esfera más ancha.

«Cuando el pueblo cree tener un Washington, se le trasforma su predilecto en infame padrastro de sus libertades.

»¡Siempre el pueblo debajo de talento ambicioso!»

—

—¡Siempre! dijo Chicharra—el caballero de quien se ocupa este artículo, es peor que el cólera-morbo.

—¿Se acuerda usted de la Salve?

—¿Y del toison?

—¿Y de las teorías que sentaba?

—¿Y de lo anti-dinástico?

—¿Y de lo libre-cultista?

—¡Las tres y media y sereno!

—¡¡¡¡Oh!!!!

ARTICULO V.

Las hojas de servicios de muchos hombres políticos, están llenas de misterios.

Ayer hemos descrito á uno de los más audaces en materia de vueltas y revueltas, y hoy nos vamos á ocupar aunque no tan extensamente, de otro, cuyos primeros

pasos fueron gloriosos y cuyos últimos actos han sido fatales y desastrosos para su fama.

Este hombre era de humilde orígen y se creyó con fuerzas para mucho: lanzándose á la política cuando apenas contaba con elementos de reputacion, juzgó que la carrera á propósito para iniciar las ideas que profesaba, era la del periodismo, esa, segunda electricidad del pensamiento, ese cable precioso de la doctrinu, llamado á ser causa de una grandiosa regeneracion social.

Áridos son siempre los principios; pero cuando los periodistas sienten, ó aparentan con maestría que albergan, en sus corazones todo el valor y toda la abnegacion que requiere la propaganda de las creencias, el mundo se fija en ellos como en un poderosísimo agente para su bienandanza, y no tarda en sembrar de laureles el difícil camino de la popularidad.

Á los pocos años, una revolucion estendió por España el grito de libertad, y el jóven obrero de la idea voló á una provincia de las más importantes, y la levantó del quietismo cobarde con unas cuantas frases llenas de entusiasmo. Triunfante la libertad, nuestro caudillo de la prensa liberal empezó á figurar á una altura, que si le hemos de hacer entera justicia, le cuadraba muy bien por aquel entonces: llamado á la redaccion de los periódicos progresistas, consiguió distinguirse por todas las relevantes condiciones del talento, de la molestia y de la fé política que era la que parecia resaltar más en él: llevado por sus compatriotas y sinceros adoradores á la Asamblea, era un constante censor de los Gobiernos desacertados, y rara vez se levantaba de su escaño sin que contestasen á sus primeras palabras los murmullos de la simpatía y las palmadas de la satisfaccion.

Bastaba asegurar que iba á tomar parte en una discusion, para que las tribunas del Parlamento se llenaran como por ensalmo; bastaba escuchar el más frívolo de sus ataques, para que los hombres del poder tuvieran el mal rato de no poder combatir al corifeo de la minoría progre-

sista. Era jóven y vehemente; inspiraba la más franca simpatía á partidarios y enemigos; su modestia parecia ejemplar; el peso de su dialéctica constituia las más temibles armas de la izquierda, y era, en fin, el Pí Margall, el Castelar y el Figueras de aquellos tiempos.

Pero aquellos tiempos ne se pueden recordar sin dolor sin que asome la cólera á nuestros ojos, el rubor á nuestras mejillas, ó una sonrisa desdeñosa á nuestros lábios.

Aquel hombre es ya un tipo del pasado; sus virtudes primordiales son ótros tantos recuerdos de ayer, que únicamente sirven para hacer odiable la historia del antiguo paladin del progreso; odiable, sí, porque comparados aquellos hechos con los de ahora, resulta el más doloroso sarcasmo; repugnante y lastimosa, porque se apagó en él la santa llama de la fé, y ha bajado á ser un político de rutina, un desengaño más y un arma menos, enmohecida, mellada é inservible para la causa de la razon y de la justicia, que tantas veces habrá invocado ese hombre en sus largos discursos parlamentarios y en sus frecuentes artículos periodísticos.

Hoy ha llegado al pináculo del poder; hoy toma asiento entre los que se llaman *ministros revolucionarios*, y por lo que toca á él, bien se puede asegurar que no ha producido revolucion en otra cosa que en su fisonomía política, ayer llena de blasones, hoy llena de lunares; ayer pura y límpida como la de los hombres verdaderamente liberales, hoy reprensible como la de todos los que reniegan de su pasado.

Nació para la prensa, se distinguió por la prensa, todo lo que tiene lo debe á la prensa, y hoy es el encargado de perseguirla gradualmente, de restringir poco á poco la libertad hasta dictar otro código tan humillante como el que estamos acostumbrados á obedecer en el silencio de la desesperacion.

Los publicistas antiguos y principiantes tenemos un sambenito, un cómitre, un tirano, pero un tirano que ha salido de la redaccion de un periódico, como de los her-

mosos vergeles de América salen las encendidas lavas que vomitan los volcanes para quitar vida á la vejetacion y hacer venenoso el aire, calcinándolo todo, destruyendo todo lo que les circunda.

Ese hombre procede así, porque no quiere echar una mirada al porvenir.

¡Si supiera cuán efímero será su apogeo, no rasgaría tan inícuamente su ejecutoria de nobleza, que al decir del tribuno inquebrantable de la minoría actual, es la honra de haber sido periodista, y sobre todo, periodista liberal!

Esos son sus únicos títulos y los olvida; esos son todos sus blasones, y los está pisoteando.

Algun dia sentirá pesar, y recordará tarde; hoy está ciego, mañana reconocerá en toda la claridad del desengaño sus lamentables desvíos.

El comandante Chafarote no podia tenerse de risa al acabar este artículo.

Don Primoroso chupaba la colilla del puro con estraña fruicion, y echando una mirada maliciosa sobre Chicharra, le dijo:

—¿Conoce usted al personaje de que se trata?

—¡Já, já, já! Quien escucha, su mal oye, amigo Chicharra.

—¿Quieren ustedes dejarme en paz? dijo poniéndose verdi-negro el aludido.

—Lea usted, lea usted comandante, que estas son verdades de á folio.

—Já, já, já!

—¡¡¡¡Oh!!!!!

Esta fué la quinta esclamacion de la señora.

ARTÍCULO VI.

Cada uno de los tipos que vamos escogiendo para componer esta breve reseña de la Asamblea revolucionaria, nos cuesta largas horas de meditacion, porque si de otra manera lo hiciésemos, faltaríamos á un deber que desde

su comienzo nos hemos impuesto; el deber de la imparcialidad y de la justicia, en gracia á nuestra propia honra.

Hoy, por fortuna, vamos á presentar, entre los adalides del partido progresista, á un hombre *especial* en su marcha política, militar de alguna historia, aunque poco versado en la diplomacia que á otros sirve de norma; es un tipo *sui géneris*, que no tiene parecido entre los jefes de los bandos militantes, y que sin embargo de ser altamente popular, posterga esa incomparable gloria á la conveniencia de una amalgama misteriosa, indescifrable, rara, como todo lo que nace de los gerentes de la nacion española despues de su último alzamiento.

Quizás habrá quien diga que le tratamos con mucha inconsideracion y dureza, despues de leer el presente cuadro; pero como estamos muy acostumbrados á recibir acres censuras de los adictos al Poder ejecutivo, no variaremos en nada el rumbo de nuestras apreciaciones, seguros como estamos de que todos los grandes tipos de la dominacion actual á quienes vamos bosquejando, no nos podrán pedir cuentas por falta de decoro ni por entrometernos en la vida privada, que para nada hace falta al escritor sensato, que ve motivos de oposicion únicamente en los actos públicos de esos hombres distinguidos.

Mas de una vez, para qué negarlo, hemos podido echar mano de ciertos detalles particulares, constituyendo así una caricatura risible y de sumo parecido; en más de una ocasion nos ha salido al encuentro algun episodio de la vida íntima, prestándose maravillosamente á un sutil epigrama ó á un retruécano de efecto; pero temiendo caer en el peligro del insulto, hemos retrocedido á tiempo de las tentaciones resbaladizas.

Lo hemos dicho y lo queremos repetir: seremos duros, intransigentes, crueles en algunas materias, pero jamás saldrá de nuestra pluma, ni acompañará á nuestra firma una vergonzosa invectiva de esas á que suelen recurrir ciertos escritores de otro carácter, y sobre todo, de otras ideas que las que nosotros profesamos y defendemos.

Pero vamos al cuadro del otro progresista, ya que tenemos consignadas las oportunas salvedades.

En primer lugar, debemos decir que no le concedemos talento político, el talento que en otros reconocemos, y que, si se quiere, hace de mucha más responsabilidad sus desvíos.

Este militar no necesita estudiarse muy profundamente para poderle fotografiar con exactitud.

Basta leer en su semblante, basta analizar cada uno de sus movimientos, cada una de sus miradas, para decir sin ningun género de escrúpulos, que ha nacido para poco, como diplomático, y para mucho, como hombre de accion material.

Es impetuoso, y al mismo tiempo irreflexiblo; se lanza á dar un paso en la difícil carrera de la política sin premeditar, sin prever los resultados.

Desde muy jóven vivió en los campos de batalla; exonerarle de sus brillantes hechos de armas, seria injusto; atribuirle grande capacidad gubernativa, seria adularle; porque, lo queremos repetir, ha nacido para otra cosa, y los que le guian por la senda en que hoy se ha colocado, ó quieren su desprestigio, ó lo hacen impulsados por el apasionamiento de la amistad. Como instrumento de una idea que le halagára, que se identificára con las suyas, que le inspirára alguna fé, este general no tendria rival; en primer lugar, porque su valor es innegable; en segundo, porque su reputacion, en este concepto, es de las más envidiables.

Pero Dios ha querido, y Olona ha dicho que en España reinen los *vice-versas*, y este hombre ha elegido marcha contraria á la que, dadas sus cualidades y conocidas sus tendencias, debiera seguir en todo caso.

España da muy buenos hijos, pero sus hijos se olvidan frecuentemente de lo que la deben.

Sin embargo, no todas son simpatías para el hombre que nos ocupa; el país le censura gravemente y juzga de pueriles caprichos algunas de sus desacertadas com-

binaciones; en efecto, la puerilidad ha sido muchas veces patrimonio de los hombres de más valer, y aun comprendiendo sus errores, no ha habido fuerza humana posible para hacerles volver atrás y mirar á su conveniencia.

En su historia hay muchas páginas oscuras.

El país, que lo sabe; la opinion pública que no suele perdonar el más nimio recuerdo, ha propagado en estos últimos dias de regeneracion y de libertades, alguna que otra fecha muy perjudicial al prohombre de nuestros ejércitos, y nosotros mismos, tal es nuestra hidalguía, quisiéramos poderlas borrar, poder desarmar á la opinion de ese recurso incontestable, ante cuya verdad es necesario que el protagonista baje la cabeza y guarde el solemne mutismo del abatimiento.

España recuerda su conducta como servidor de los caidos; el pueblo sabe á ciencia cierta que algun dia formuló este paladin un juramento sobre la cruz de su espada, y ya no es el tipo caballeresco, que haga volver los ojos hácia los grandes capitanes de la Edad Media; ya es el político de poca maña que no ha sabido disculpar los errores del pasado, que, por un sentimiento impropio de almas, como se creia que era la suya, se ha llamado *poder* uniéndose á sus antagonistas y abrazando á sus eternos rivales, eternamente maldecidos tambien por él, ó si no por él, por sus amigos al ménos.

Ya se disipó la aureola de gloria que le rodeaba, se acabó la ilusion y vino el desencanto, pero desencanto terrible, porque los más ciegos por él han tenido que dar la razon á cierto pueblo de los más marcados en el liberalismo, que se cubria de luto y tocaba á muerto con las campanas de sus iglesias cuando nuestro bravo militar volvia de una campaña que sirvió de firme base á su engrandecimiento.

Estas son las fatales consecuencias del extravismo que algunos hombres padecen; extravismo que no les perjudica á ellos tanto como al país, pero que sin embargo son

bastante dolorosos para que nosotros los deploremos amargamente.

En fin, tan lastimosa ha sido su caida, que nos ha obligado á ser escépticos y á no creer en ningun hombre, por noble, por patriótico y generoso que llegue á parecer hasta no ver realizadas sus primeras manifestaciones.

Hemos sufrido tal desengaño, mirándole enlazado con la rémora de las libertades pátrias, que no podemos menos de decir como aquel filósofo ó loco de la antigüedad:

—Un héroe ha muerto; vamos á cenar, que se acabó la farsa...

—

Al acabar este artículo, el comandante se puso pálido como la cera, crispó los puños como si le diera un accidente y arrojó el manuscrito sobre la mesa.

Chicharra estaba grave.

Don Primoroso era el único que se reia como un bruto, como lo que era.

La señora Revuelta soltó la sesta esclamacion; el muchacho despertaba de su profundo sueño, y al penetrar el primer rayo del sol en aquel súcio y desmantelado cachivache, el comandante tomó de nuevo el libro, le arrojó con más furia y apagó la luz.

El profeta Zacarías, ganó la puerta y á los pocos momentos respiraba el aire libre en el Parque de la Villa (antes Buen Retiro).

Pero sigan ustedes leyendo, que si bien es cierto que se acabó lo grave, aquí entra lo bueno.

PARTE SEGUNDA.

AQUÍ ENTRA LO BUENO.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO IV.

UN PERSONAJE MÁS.

Zacarías anduvo huyendo de la tertulia reaccionaria algunos dias.

Aborrecia por intuicion, mejor dicho, por ódio de raza, á los carlistas, y así es que no pudo llevar más adelante su curiosidad, sospechando que no hallaria buena acogida si intentaba leer todo su libro.

Se nos ha olvidado decir que este, ó sea el manuscrito, obraba ya en su poder, y por lo tanto, no vaciló un solo momento en participar tan fausta nueva á su co-autor Cn. Flanilso.

El jóven coplero habia hecho voto formal

de no volver á pisar la casa de la calle del Ave-María, aunque en otra época la ocupase un editor que diera dinero por las composiciones literarias, pero Flamilso, como más viejo, y por lo mismo, con alguna más esperiencia, le dijo:

—Es una tontería, chico: yendo conmigo que, como sabes, soy hombre de *tomar armas* (no siempre se ha de decir de armas tomar); conmigo, que pego un balazo á una mariposa y una estocada á una oblea, nada te acobarde, nada temas. ¿Quieres que dentro de cinco ó seis dias, cuando me haya desocupado de mis observaciones políticas, vayamos juntos á la reunion carlista del comandante Chafarote?

—¡Hombre, nos van á recibir á linternazos!

—Les pagaremos en la misma moneda.

—Yo no sé pegar á mis semejantes—repuso el poeta,—tengo una educacion especial: mato á un hombre público (en su honra) con un epígrama *por lo fino*, y no soy capaz de andar á bofetones con un niño de cuatro años. En una palabra, he leido la novela de Villergas (*Los Espadachines*), y conozco tambien los trabajos de un médico militar español que se llama Poblacion, en cuyas dos obras he aprendido á aborrecer los duelos.

—¿A dónde vas á parar? ¡Qué duelo ni qué ocho cuartos! Aquí se trata de que me presentes en esa reunion, diciendo:

—«Señores: tengo la honra de venir acompañado de mi apreciable colega, el Sr. Flamilso, persona de buenas condiciones, entre ellas la de ser republicano: es un muchacho que se aproxima á los cuarenta; está casado, no tiene más familia que un canario; vive en la calle de la Esgrima; sabe tirar toda clase de armas, desde la pistola á la pluma; habla francés, y conoce un poco á los pedantones que quieren parecer algo, y á los hombres patrióticos que saben adornarse de la modestia, como la más recomendable prenda de los verdaderos talentos. Aquí donde le ven ustedes, vive de su trabajo, cosa que no hacen hoy todos los españoles: escribe únicamente en buena prosa castellana, y dice unas claridades que asustan á los caballeros de la política camelosa. Es guapo; á la vista está: bigote como el suyo, ni el de Napoleon III; pelo como el que tiene, ni el de Paquita la monja, vestido de capitan general. Supongo, comandante, que usted le admitirá como oyente en esta cátedra de picardías, y cuando yo deje leidas las partes que tengo en el libro, que son la primera y la que la sigue (por no decir la segunda, que se tarda más), él leerá la suya, que es la que vá detrás de la segunda, ó sea la tercera.»

Con esto poco que digas ya estoy presentado en toda regla, y abrigo la confianza de que aquellos tertulios no me despreciarán, sino que, muy por el contrario, me ofrecerán el

empleo de brigadier para las tropas del niño Terso, y yo lo aceptaré si me adelantan las pagas de quince meses, en cuyo caso nos las gastaremos amigablemente y serviremos á la República; que como dice el refran: «quien roba á un ladron, há cien años de perdon.» ¿Estás enterado?

—Y *entero*, despues de tu discurso, capaz de dividir á la estátua de Mendizabal (con capa y todo).

—¿Te conformas?

—Y lo confirmo.

—¿Luego me has oido atento?

—No: atontado.

—No juegues el vocablo, Zacarías.

—Me dá la gana, Flamilso.

—No se puede hablar contigo...

—¿Pues qué estás haciendo, sino hablándome?

—Eres muy poco formal.

—Como que nunca he tenido un duro en el bolsillo.

—¿Quiéres callarte y darme gusto?

—Quiero y no quiero; es decir, callo y no te doy gusto; no puedo aceptar esa proposicion.

—¡Calle! ¿La echas de diputado?

—Como que lo pienso ser.

—¿Cuándo?

—Cuando se pueda ir al Congreso sin peligro de estrellarse contra un poste.

—¡Calla, víbora! que te vá á oir Olózaga.
—¡Cómo me entiendes!
—Vamos; no seas tenaz y accede.
—Por no oirte más, accedo.
—¿Vamos á cenar?
—¿A dónde?
—A un café..... al Imperial, si te place.
—Antes quisiera que oyeras el principio de mi segunda parte: es una cosa ligera, que no pienso leer en la casa del Ave María, y que, por lo tanto, no importa que la discutamos á solas.
—Te oigo, saca el manuscrito.
—*Ecce liber*.
—Háblame en cristiano.
—Aquí está el libro..... Te hablaba en latin que fué la lengua de Cristo.
—¿Empiezo? A la una, á las dos.....

CAPÍTULO V.

A LAS TRES.

—¡Vecino! ¿Quién es ese de la gorrilla con galones?
—El del piso principal.
—¿Pues no hay en él una *timba* ó sala de juego?
—Sí, señor; pero como el amo es oficial, ó cabo, ó sargento de Voluntarios de la Libertad.....

—¡Ya!

(Señas particulares: calle del Príncipe, número 2.)

—

INDIRECTA.

Que me digan que estamos grandemente,
que Prim es un Guzman y que Serrano
procura nuestro bien constantemente,
que no tendremos *yugo* ni *tirano*:
que Isabel de Borbon es muy decente,
que se ha hecho Nocedal republicano.....
todo lo creeré, lo que no creo
es..... que tenga vergüenza ningun neo.

—

—¡Hombre!—dijo Flamilso al oir esta octava:—esos versos los he leido yo en un periódico.....

—En *Jeremías*.

—Eso es: en el de Villergas.

—¿Pues no sabes por qué me llamo *Zacarías*?

—¡Ah! tú has sido redactor.....

—Silencio: que no sepa *ella* que hablamos de este asunto.

—¿Y quién es *ella*?

—La gente, hombre, la gente.

Apuntacion en la cartera de un político.

Don Salustiano Olózaga volvió de París el mes de Febrero y pasó á tomar baños en Alhama.

En la cartera de un médico.

En el mes de Febrero empezó á hacer es-

tragos el tífus en algunas provincias de España.

—

Cuando van mis conciudadanos al Congreso, abren una cuarta de boca, admirando á tan sublimes oradores.....

(No se dé por aludido el señor Cardenal Arzobispo de Santiago.)

Cuando yo voy á las tribunas y veo el recinto de las leyes cuajado de representantes de la voluntad nacional, no puedo menos de esclamar:

—¡Y todos estos caballeros toman chocolate!

—

Cuando veo al general Izquierdo con su ayudante, no digo:

—He visto al general Izquierdo con su ayudante.

—¿Pues qué dice usted? (Esto lo pregunta un curioso.)

—Muy sencillo; digo.—Ahí vá la nodriza con el crio.

CAPÍTULO VI.

HACER LAS PACES.

Ya está hecho el apartado..... de los dos capítulos.

Flamilso caminaba á buen paso y el pobre Zacarías se reventaba por seguirle, rogándole de vez en cuando que no progresára á lo Marimon, el antiguo cabecilla carlista que ahora se ha hecho republicano.

Pero á los diez minutos de haber salido de su casa los pendolistas, se encontraron en la calle de la Montera, y vieron luces cerca del Pasaje.

Un café estaba abierto, mejor dicho, un cielo mostraba sus puertas francas y ambos tomaron en seguida la determinacion de entrar en aquel establecimiento, que ya es determinarse y se necesita cuajo para cenar en ciertas casas, y sobre todo en ciertos casos.

Ello es que entraron, y como nuestros lecteres deben suponer, no tardaron en sentarse *en una mesa* como dicen en esta tierra donde se adelanta para todo.

Se sentaron en una silla (digo en dos sillas) y luego pidieron un bisteck para cada uno y vino para los dos.

Al pronto, ninguno de ellos se habia fijado en los concurrentes que eran:

A la izquierda una jóven de diez y ocho á veinte años, rubia como el rom que estaba bebiendo con toda la serenidad de una persona hecha á tales tragos. Junto á la rubia un rubio; junto al rubio un voluntario de la libertad; al lado de este otra jóven morena, despues de la morena dos caballeros..... al parecer. La

rubia abrazaba de cuando en cuando al rubio, y á la copa; esto no será muy moral, pero tampoco se toma á mal, el miliciano acariciaba con más recato á la morena que engullia con voraz apetito media tostada de abajo y chupaba deleitosamente un cigarrillo *figueroliano.*

Lo chocante era el grupo de los que parecian caballeros.

Ocupaban los asientos de un rincon y estaban vueltos de espaldas á la entrada.

Por consiguiente, no se les veia las caras.

Flamilso empezaba á probar su *bisteck*, cuando Zacarías pegó un salto y exclamó:

—¡Hola!

—¿Qué es eso?

—Casi nada: ¿Ves aquellos dos?

—Sí; nos están mirando y se rien: ¿me das permiso para tirarles esta botella á la cabeza?

—No, porque Dios nos los ha traido. Aquel de la levita azul y la barretina encarnada, es..... ¿á que no sabes quién es?

—El comandante *Chafarote.*

—El mismo que viste y calza; el que le acompaña es D. Primoroso.....

Entonces el del gorro encarnado se dirigió hácia nuestros hombres diciendo:

—Caballeros; levantamos nuestros reales y acá venimos, ¿qué tal amigo poeta? Yo bien, ¿y usted? Vaya me alegro...... ¿Que me siente? Tantas gracias..... Buen provecho; nosotros

acabamos de hacerlo. ¿Y qué se dice? Nada, ¿eh? Pues yo sé algo..... ¡Hola! le pica á usted la curiosidad, que le hace arrugar la frente.... pues..... sepa usted aquí, *inter nos* que tenia muchas ganas de verle..... ¡Vamos, hombre! siga usted cenando. ¿Y usted es el compañero del señor? ¿Sí? Me lo habia figurado.

—Caballero.....

—Comandante..... llámeme usted *mi comandante* ó *mi general*, como usted quiera..... gobernardor..... ministro.

Flamilso se echó á reir y dijo á su cofrade por lo bajo:

—Chico; á este gobernador le falta algo.....

—El sentido comun probablemente, contestó Zacarías.

—Pues, como íbamos diciendo tenia ganas de.....

—Yo sí que tengo ganas..... de cenar.

—¡Qué chistoso es este jóven! ¿*Verdá usted*, D. Primoroso?

—Sí, mi comandante, mucho, mucho..... ¡Jé, jé, jé!

—¡Hombre! ¿Quién ladra por ahí?

—¡Já, já, já!

—Es muy gracioso.....

—Mucho..... mucho, mi general.

—Con que..... cenen ustedes con calma; pidan ustedes postres, cafés luego, cigarros, copas..... todo lo pago yo.

—¿Y los mondadientes, señor Chafarote?

—¡Debajo de la levita!—contestó el aludido sonriéndose.

—¡Ya!.... ¿Usted ha entendido que le pregunto por el puñal?

—Sí, señor.

—«Piensa el carlista que todos son asesinos.»

—¡Já, já, já!

—Tiene gracia este muchacho.....

—¡Mucha gracia! pero..... mucha, mi comandante.

—¿Se acuerda usted, D. Primoroso, de la noche que nos leyó aquel *Képis* del Parlamento?

—¿Qué he de hacer sino acordarme...... mi general? parece que le estoy oyendo..... aquello de..... «¡La historia es á veces muy cruel, pero siemp e es una verdad!» Y con qué soltura lo decia, mi comandante, con qué ademanes..... lo que yo me pude reir, mi general....!

—¿Qué está usted haciendo con tanto subirme y bajarme, hombre?—dijo el señor Chafarote, poniéndose de mal talante.—Tan pronto me llama usted *mi general* como lo otro..... llámeme usted así siempre..... mi general; porque lo soy, señores, lo soy; tengo el real despacho..... nada menos que el real despacho.....

—Dice usted bien—añadió Flamilso despues de beber vino.—Ese rey de ustedes se está despachando á su gusto......

—¡El rey de ustedes! diga usted el rey de España.

—¡Que te se quite!

—Sí, señor; ¡el muy católico rey de las Españas! repuso con gravedad D. Primoroso.—El hijo de D. Juan, sobrino de D. Cárlos, nieto de.....

—Cuando menos de su abuelo.

—¡Pero qué gracia tiene este chico!

—¡Jé, jé, jé!.....

—¡Hola! mozo..... que ya han acabado estos caballeros..... traiga usted postres, licor, cigarros, más agua, café, palillos.....

—¿Qué manda usted?

—Que traiga usted á estos caballeros, palillos.....

—Oiga usted que nosotros no somos *Palillos* ni hemos conocido nunca á ese hombre,—dijo Flamilso.

—¡Calla! Pues tambien este es gracioso.....

—Sí, señor; muy gracioso, mi general, digo mi comandan..... no, no, mi general.

—¡Qué pesado está usted, D. Primoroso!

El mozo sirvió al momento.

Nuestros autores se despacharon á costa de D. Cárlos VII, y un poco más alegres con los efectos del rom, del vino, el café y los cigarros, levantaron el campo en union del comandante general y de D. Primoroso.

—Oiga usted, poeta,—preguntó aquel—¿traen ustedes la segunda parte?

—Sí, señor..... la leeremos.

—Eso es, la oiremos..... ¿quiéren ustedes que vayamos en carruajes?......A nosotros nos conviene mucho......

—Y á nosotros tambien—dijo Zacarías..... pero ¿qué coches ha de haber ahora?

—Pues ¿qué hora le parece á usted que es?

—Las tres y media ó las cuatro.

—¡Quiá! no, señor, las seis en punto.....

—Allí vienen dos.....

—Dos qué? civiles?

—No, señor, simones.

—¡Eh! ¡alto! Suba usted con ese caballero, D. Primoroso..... yo iré con el poeta..... cochero..... calle del Ave María, núm..... piso quinto.

—¿Subo con el coche?

—Facilillo es—dijo riéndose Zacarías.

—Cochero..... siga usted al otro carruaje.

CAPÍTULO VII.

¡OH! ¡AH! ¡BRRR! ¡PUF!

Los coches se pararon enfrente á la casa del comandante; todos se apearon, y el comandante pagó como un héroe.

Era de dia..... y estaba lloviendo.

Subieron la escalera, y el comandante sacó el llavin de la puerta y una caja de fósforos.

Abrió con la caja, encendió el llavin, ó

vice-versa, que esto es muy español, y aquellos cuatro personajes entraron con lento paso en la sala de conferencias.

Todo estaba lo mismo que cuando Zacarías habia hecho en ella su *debut*, con la única diferencia de que Chicharra escribia unas gacetillas, creyendo que hacia algo.

Doña Patricia saludó á los recien llegados con un leve movimiento de cabeza, y dijo:

¡Oh! en señal de reverencia y de admiracion.

El jóven de las melenas dormia en la butaca, pero dormia tan bien que no se despertó á pesar de las voces del comandante que decia á *Chicharra*:

—¿Qué se hace, caballero? ¡Hola! Aquí traigo lo bueno..... Todos se sentaron, y despues de algunos incidentes que á nosotros no nos interesan, dijo *Chafarote* restregándose las manos:

—¡Muy bien! ¡que se oiga eso!

—¡Que se lea!

—¡Que se lea!

—¡Ah!

Doña Patricia, como creemos haber dicho antes de ahora, no era sordo-muda: era muda á secas, es decir, de la familia del señor Ministro de Estado.

Por eso no estrañen ustedes que oiga, porque creemos que no haya ningun inconveniente en ello.

Zacarías se acomodó en la silla. Flamilso hizo lo propio, y en medio de un silencio respetuoso, el poeta leyó:

ROMANCERO DE LOS TRES.

I.

Señor Don Paco Serrano,
el gran Duque de la Torre,
el que presidió la Cámara
cuando era ministro O'Donnell,
el de la bella apostura,
el de canoso bigote,
el de los tres entorchados
que más que tres son catorce,
el más rico entre los ricos,
el más noble entre los nobles,
el ministro Universal
de mi pátria *in illo tempore*,
el que salió de Canarias
de libertad dando voces,
el que en las aguas de Cádiz
manifestó un papelote,
que como firma en el agua
ya no se vé ni conoce;
el caballero andaluz,
general y gentil-hombre,
mimado entre los soldados
y más mimado en la córte,
con más cruces que un Calvario,
más que un corneta galones,
más que los reyes prosápia,
y más títulos y motes,
que letras tiene una Biblia

que hojas de árbol tiene un bosque,
y arenillas en el mar
y pedruscos en los montes,
y aceitunas en Montoro,
y estrellitas en San Roque;
Señor Don Paco Serrano
el gran Duque de la Torre,
¿se digna usted escucharme
si *V. E.* no es de bronce?
Porque yo con su *Ilustrísima*
tengo consideraciones,
que ya sabe *Vuestra Alteza*
que yo sé tratar con hombres
como *Vuesa Magestad*,
amables y bonachones.
Vuestra Alteza ignora acaso
quien és este que se pone,
enfrente de *Su Ilustrísima*
á dar á *Vuecencia* un trote,
pero *usted* es caballero,
y ya *sabes tú* y conoces
que debe ser muy de casa
quien habla con este porte;
con que oiga usted un momento
señor Duque de la Torre,
el de la faja y la borla
de variados colores,
el buscado de las damas
y envidiado de los hombres.
Oiga usted, que le conviene,
porque aquí no siempre se oyen
las verdades del descaro,
ni los consejos más nobles
por el murmullo que dan
las turbas de aduladores.
Oiga usted, que seré breve,
voy á acabar al galope:

«Es usted buen general
pero político, nones:
tiene usted mucha honradez,
y estas son todas sus dotes.
Pero *valiente y honrado*
son muy pocas condiciones
para gobernar un pueblo
que es otro *Tócame-Roque*.
Levántese Vuecelencia
de la poltrona; abandonen
esas malditas Carteras
que tienen sus amigotes,
porque ustedes, ya está visto,
son malos gobernadores.
No les faltará deseo,
más todo el país responde
de que los nueve ministros
le parecen nueve postes.

—

Y si usted no me hace caso;
si usted mi súplica no oye,
largos años del Gobierno
del pueblo revuelto goce,
que es la mayor maldicion
que pueden darle los hombres.

—Sí que es la mayor maldicion, amiguito. ¿Y qué ha hecho usted con este romance?—preguntó el señor *Chafarote*.

—Muy sencillo,—contestó el interrogado, ó sea Zacarías.—Mandé diez ejemplares al aludido.

—¡Hola! ¿Y se dió por tal?

—Ni por pienso; y la prueba es que siguió

presidiendo el Consejo de Ministros, cargando con la maldicion.

—¡Já, já, já!

—Lo creo.

—¡Muy bien!

—¡Brrr!

Esto último lo hizo Doña Patricia.

El poeta siguió la lectura del Romancero, y exclamó:

SEGUNDO TIPO.

—

I.

Señor don Juan Prim y Prats,
marqués de los Castillejos
y ministro de la Guerra,
y además conde de Reus,
y capitan general
por obra de su decreto;
el que, aunque á muchos les pese,
y tal vez á mi el primero,
es la parte principal
de este bendito gobierno;
el que empezó sus victorias
al principio de sus yerros,
y acabó todos sus triunfos
triunfando del sólio régio;
el que en la guerra civil
dicen que fué... yo no quiero
rebajarle, pero dicen...
dicen que fué el más acérrimo
de todos los defensores
que tuvo por aquel tiempo

aquella hija de su madre,
hija de Fernando sétimo.
Señor don Juan Prim y Prats,
tocayo de un confitero;
y que á la manera que él
ha logrado privilegio
por la esquisita dulzura
de sus ricos caramelos,
logró tambien sus dedadas
de miel, cuando el mundo entero
creia que era imposible
lanzar del real asiento
á la hija de su madre,
hija de Fernando sétimo.
Señor don Juan, el muy noble,
señor don Juan, el muy tierno,
el modelo de los padres
y de ministros modelo;
el que se marchó á campaña
cruzando ardiente el Estrecho,
y volvió hácia su país
de hojas de laurel cubierto;
el que tan bien recibido
fué al llegar, en aquel pueblo
donde vió la luz primera
ó el entorchado primero;
el que ascendió como nadie
pudiera soñar ascensos,
batiéndose como todos
en África se batieron;
el que al bando progresista
se afilió con denuedo,
y es compadre de una reina
que despues quedó sin reino;
el autor de aquel belen
que principió en dos de Enero,
y que segun dicen unos,

fué un viaje de recreo
de Aranjuez á Portugal
y desde allí al Pirineo,
y que segun dicen otros,
fué tan solo un movimiento
que, como el parto del monte,
tuvo miserable efecto.
Escuchadme, general,
si no me ois caballero,
porque os voy á decir cosas
que deben hablarse en sério.
¿Me escuchas, señor don Juan,
marqués de los Castillejos?

—

Pues señor, era de noche
(así principian los *cuentos*,
y como trato de *cuentas*
en tal estilo comienzo).
Era de noche, de noche,
de noche, y tranquilo el cielo
estaba, como está siempre
que no llueve ó hace viento.
En la playa valenciana
se divisó un punto negro
(iba á decir un borron,
pero todavia es tiempo
para no decir lo que
conviene tener secreto).
Un punto se divisaba
que creció, y al poco tiempo
indicó que era un bajel
que entraba con rumbo cierto.
Y entró como por su casa,
y unos cuantos marineros
echaron al agua un bote

entre el profundo silencio
de una noche, de una noche,
noche de tranquilo cielo.
Al mismo tiempo formaba
en un patio un regimiento:
ya iban á ponerse en marcha
el bote y un pasajero,
cuando volviendo á cubierta
con sigiloso recelo,
murmuró: «voy á acostarme,
porque tengo mucho sueño:
mañana al amanecer
contramarcha emprenderemos.»
Y á là mañana siguiente
la contramarcha emprendieron,
y algunos dias más tarde
aquel mismo caballero
desembarcaba muy terne
de Francia en seguro puerto.
¿Esto se llama hacer frente,
don Juan, ó dar un paseo?
Pero por si usted ignora
otro lance algo más nuevo,
en esta parte siguiente
podrá *Vuecencia* leerlo,
que ya sabe *Vuestra Alteza*
que yo conozco misterios
de esos que á *Vuestra Eminencia*
conviene tener recuerdo.

II.

Cuando dá en decir la gente
hay que dejarla que diga,
que aunque se dicen verdades
tambien se dicen mentiras.
Dicen que usted, general,

si dan que hacer los carlistas,
formarán *bola de nieve*
y no habrá quien la derrita.
Hace ya tiempo, don Juan,
que está rodando, y no es chica,
la bola, de aquel programa
hecho en aquella bahía.
Dice usted tambien, haciendo
su propia genealogía,
que desciende, cerca ó lejos,
de Guzman el de Tarifa.
Lo primero es la verdad:
lo segundo la mentira.
Y si quiere usted oirme
el consejo que le dicta
el que le conoce á usted,
y conoce su política,
déjese usted de tonturas
y apártese de las filas
de los que, haciendo cabriolas,
en un enredo nos lian.
Ya tiene usted tres antorchas
que el porvenir iluminan:
paséee usted al vizconde
por la tarde en su jaquita;
viva usted quieto en el seno
y la paz de la familia,
que aunque usted entiende de armas,
no sabe jota en política.
Se me olvidaba decirle,
que dé al niño otra estrellita,
para que al tener veinte años
siente plaza en la milicia
de teniente coronel,
ó una cosa parecida;
y luego llámese usted
repartidor de justicia,

que esa será desde luego
la más pequeña mentira.

—¡Hombre!—interpuso Chicharra,—todo eso es muy cruel.

—Más cruel es lo otro.

—¿Cuál es lo otro?

—Lo de la carta.

—Si dicen que resultó apócrifa.

—Por eso sostengo yo que aunque se dicen verdades, tambien se dicen mentiras.

—¡Ojo! no esté por ahí alguno de los tres amigos.

—¿Los que fueron á *La Regeneracion?*

—Sí señor.

—¡Ojo, mucho ojo!

—Siga usted leyendo.

HOMBRE AL AGUA.

—

I.

En la bahía de Cádiz
estaba amarrada al puerto
una lancha, que tenia
en la proa este letrero:
¡*España!* y una cadena
con eslabones de hierro
la sujetaba á una estaca...
(por otro nombre gobierno),
que remachada entre peñas
por el martillo del tiempo,
arrancarse no podia
sin heróicos esfuerzos.

—

Daba mucho en qué pensar
á todos los marineros
el que la pobre barquilla,
la marejada sufriendo,
se pudriera ó se estrellase
maltratada por los vientos:
mas aunque muchos probaron
desatarla, no pudieron
hasta que fué Juan Bautista,
que pasaba por intrépido,
pero que entonces estaba
por un maldito decreto
en una actitud pasiva,
y queria hacerse méritos
para salir de la incuria.
en que se le habia puesto.
Era en el mes de Setiembre
cuando, hallándose en el puerto,
oyó decir condolido
á uno de sus compañeros:
—«¡Pobre *España*: quién pudiera
librarte hoy mismo del hierro
que la playa te sujeta
tu frágil casco rompiendo!»
«¡Quién pudiera! ¡quién pudiera!»
todos al par repitieron,
mirando antes á sus bluses,
y á la pobre lancha luego.
Juan Bautista dijo entonces:
—«Voy yo á probar, y si puedo,
tú llevarás el timon,
Paco, y nosotros los remos.
¡A una, á dos, á las tres!
¡Cataplum! ¡Hola! ¿qué es esto?
Ya tenemos á la lancha
que hace alegres movimientos
sobre las olas rizadas

del mar, apacible, quieto;
ya está libre de cadenas,
y si nos montamos presto,
vamos á saltar la barra
ahora que hace buen tiempo.»
Juan Bautista, por su mano,
puso gallardetes nuevos,
y entre todos arreglaron
comestibles y aparejos.
Cádiz absorto exclamaba
al ver triunfo tan completo:
—«Embárcate con los tuyos,
generoso marinero.»
Así fué: los nueve mozos
en la lancha se metieron,
y cuando fuera de barra
tendian la vista al puerto,
la gente les despedia
agitando los pañuelos,
y gritando: «¡España libre!
»arriba con los sombreros,
»y á ver si hay alguna música
»que toque el himno de Riego.»
Y la barquilla entretanto
cruzó por el mar sereno,
como cruzan el espacio
las águilas y vencejos.

—

Mas no fué todo primores,
que á poco se mudó el tiempo,
y Juan Bautista, observando
grave con el catalejo,
divisó en el horizonte
del ancho mar puntos negros,
y dijo á los tripulantes:
—¡Chicos, buena la hemos hecho!

Aquí se nos viene encima,
no la mar, el firmamento:
¿veis aquella nube roja
que arrastra rápido el viento?
—No la veo, dijo alguno,
y otros en cambio dijeron:
—¡Tienes razon, Juan Bautista,
ahora sí que la veo!
¿Tienes víveres, Laureano?
—¡Está oscuro y huele á queso!
—A vèr, manda un inspector
á la tempestad, Mateo;
ó que la envie Guzman
unos cuantos regimientos,
para que oyendo su vòz
tiemble el mar y tiemble el cielo.
—Dejadme con el timon
en la mano, y yo lo arreglo.
—No señor, le tiene Paco.
—Está claro; y no le suelto.
Tú, lila, ponte á cantar.
—¡Yo cantares! No me atrevo:
me hace llorar esa nube
porque tiene color negro.
—¡Un relámpago! ¡Jesús!
—¡Ay, Santa Bárbara! ¡un trueno!
—Allí viene una oleada
cuya punta toca al cielo.
—¡Allí vienen otras cuatro!
¡Allí vienen otras ciento!
¡La ballena, la ballena!
¡Un arpon! No le tenemos.
¡Otro relámpago! ¡Y otro!
¡Más relámpagos! ¡Más truenos!
¡Quién lo habia de creer!
¡Haciendo lo que hemos hecho!

La noche tendió su manto,
manto oscuro, manto negro;
la mar seguia picada,
seguia bramando el cielo,
y la barquilla, sin velas,
víveres ni derrotero,
maltratada por las olas,
queria tornar al puerto.
¿Dónde está la pobre *España?*
¿Podrá salvarse del riesgo?
La tripulacion desmaya
porque no encuentra alimentos:
ó la remolca otro barco,
ó sucumbe sin remedio.

—

Pero ¡se salvó la *España!*
no hay que temblar, no haya miedo,
que allí viene un batallon
(de Milicia, por supuesto)
con los chacós y las blusas,
tocando el himno de Riego.

—¡Bravo! ¡Bravo!
—Se acabó el Romancero.
—¡Qué lástima!
—¡Ya, ya!
—¡Puf!—Esto lo hizo *Doña Patricia.*

Los congregados hicieron un intermedio para fumar y beber una copa de Jerez con bollos.

Despues de este refrigerio continuó la lectura con las materias siguientes:

—

IN ILLO TEMPORE.

Por gritar ¡viva Prim! en las esquinas,
le llevaron á Roque á Filipinas.

AHORA.

Roque ha vuelto á Madrid, con un enjambre
de progresistas que se mueren de hambre.
Esto prueba, lector, que ciertos hombres
no se acuerdan de fechas, ni de nombres.

—

Decia en una sesion el obispo de Jaen:
—Yo no vengo del campo *del miedo*.
Y yo murmuré:
—¡Si vendrá este señor del Campo *del moro!*
Pero entonces me acordé de que venia del campo de Jaen, y le dí la razon.

—

Decia un periódico:
—El señor Ayala es un gran poeta, pero tambien era un desgraciado ministro.
¡Hombre, no! El desgraciado era el país, que tenia un ministro tan malo como lo fué ese gran poeta.
Cada cosa en su punto, y el pescador en el puente.

—

¿En qué nos parecemos el gobierno y yo?

A ver si lo aciertan ustedes.

En que yo recibí calabazas de una mujer el mismo dia que el gobierno recibió el telégrama de D. Fernando de Portugal, *renunciando* el trono.

AL PUEBLO ESPAÑOL.

Soneto.

(*Imitacion de D. Bartolomé de Argensola.*)

Dime, pueblo español, pues eres franco,
Si tienes libertad ó no la tienes;
Dime en cuántos jaleos y belenes
Te han metido hasta aquí... y estás en blanco.
No me importa un pitillo del estanco
Que empobrezcas, te arruines y condenes,
Pues por tu incuria á padecer te avienes;
Y el que un brazo se corta... queda manco.
¡Manco estás, pueblo ibero! tú te forjas
La cadena que así te descoyunta
Y te tiene sumido en la agonía;
Dime, ciego; contesta á mi pregunta:
«¿Está muy lejos, ó cercano el dia
En que saques los piés de las alforjas?»

—

—¿Qués es la libertad?

—Una cuerda de goma que se estira á medida de la fuerza con que se la coje.

—¿Quiénes tienen más fuerza para estirarla?

—Los que tienen menos patriotismo.

—¿Quién más?

—Los que tienen más ambicion.

—¿Quiénes más.

—Los que tienen ménos vergüenza.

—Enséñeme usted algunos ejemplos.

—A la tarde le espero á usted con la contestacion en la plaza de las Córtes.

—

PROBLEMA: Dado un ministerio de la Revolucion y que se llama liberal, y dada (aunque sea en píldoras) la libertad de la Revolucion, averiguar quién es ministro de Estado en España. Esta es la X.

—

OTRO. ¿Qué número de batallones tiene el gobierno á su disposicion en la capital de la monarquía, en pasado y futuro?

—Unos veintiocho.

—¡Imposible!

—¡Quiá! contaremos por los dedos: seis de infantería del ejército, y diez de Voluntarios, diez y seis; dos de caballería de.....

—No siga usted: me he convencido.

—

OTRO. ¿Qué es un Voluntario de la libertad?

—Un soldado que tiene la ventaja de ser casado, de vivir como le conviene, y hasta de poder poner casa de juego.

—

MISTERIOS.

—

—¡Jesús! que callado está
hace tiempo Don Fulano,
que era tan republicano
y tan patriota..... ¡ya, ya!
Pero mire usted, ahí vá
montado en una berlina,
y si bien se le examina
se nota un aire indigesto.....
(Que lo diga el presupuesto
del ministro de Marina.)

—

¿Y aquel jóven escritor
que tenia Juan Valero
en su pingüe *Noticiero*,
de amigo y de redactor?
¿Está fuera?—No señor:
si usted le quiere buscar,
bien pronto le puede hallar
en una oficina puesto.....
(Vea usted el presupuesto
del ministro de Ultramar.)

—

¿Y aquel antiguo empleado
que en el Gobierno civil
cobraba catorce mil
del partido moderado?
Tambien ese habrá emigrado,
porque no creo que venda
la opinion, que es una prenda

grabada de un modo eterno.....
(Ese..... fué desde el Gobierno
al ministerio de Hacienda.)

—

—Ya conozco yo á esos tres misteriosos—dijo Flamilso.

Zacarías se encogió de hombros, y añadió:

—Sí: ahí verás cómo una amistad de buena ley, unos versos en mal aragonés y una humildad de montaña, pueden valer tres credenciales de 1.400 escudos cada una.

—¡Qué mala lengua tienes, amigo Zacarías!

—Te equivocas; nuestro libro se titula *Mentiras y Verdades*, y por consiguiente, nada más justo que poner algunas frescas entre las mentirillas de la imaginacion. ¿Qué culpa tengo yo de que el ministro que fué de Ultramar no mirase la historia de los empleados que adquiria?

CAPÍTULO VIII.

¡AYALA!

Escribo bajo una dolorosa, dolorosísima impresion.

No sé cómo podré coordinar mis ideas teniendo tan reciente el suceso que más daño me ha hecho en estos últimos dias. D. Adelardo Lopez de Ayala, el que cruzó el campamento de Alcolea con un *mouchoir* (vulgo pañuelo) en la mano; el insigne poeta que, entre otras de sus fechorías como ministro de Ultramar, dió credenciales á Eusebio Blasco y Antonio Ramiro; el uno autor de *El jóven Telémaco*, y el otro colaborador en el drama *El cura Merino*;

el excelso vate que arregló *El alcalde de Zalamea*, ha caido, más bien, se ha desplomado, se ha dejado caer con su dimision, á resultas de un discurso mal pronunciado y peor acogido en la Asamblea Constituyente.

Al abandonar *el jóven aprovechado* la cartera de Ultramar, vierten lágrimas mis lábios y hacen pucheros mis ojos.

¡Pobre Adelardo!

Y se me ocurre decir pobre Adelardo, debiéndoseme ocurrir la prudente consideracion de que un español que ha sido ministro por espacio de ocho meses, no merece en manera alguna la conmiseracion que parecen envolver esas dos palabras con admiraciones. Mejor estaria poner:

¡Dichoso Adelardo, que cuando ménos ha sido ministro por espacio de ocho meses!

Tentaciones me han dado, carísimos leyentes, de escribir una oda á su cesantía, con el rimbombante título de *La Ayalada*; pero como supongo que, por buena que me saliera, siempre le pareceria mala al ex-ministro de Ultramar, me contento con espresar en desaliñada prosa la profunda pena que á mi pecho aflige.

Ayala no deja huella tras de sí, y si alguna deja, se necesita ser muy corto de vista para no poder decir que es un semicírculo muy parecido á lo que yo sé.

Ayala ha muerto en política.

¡Séale ligero el Congreso de los Diputados!

Y ahora que he cumplido este deber, voy á proseguir, como si tal cosa, reanudando la escena que he dejado en el aire, mejor dicho, en el libro.

La tertulia absolutista parecia una balsa de aceite.

Todas las noches, sin excepcion de dias festivos, se leian algunas páginas de MENTIRAS Y VERDADES, y como quiera que el comandante general Chafarote estaba ligeramente indispuesto á resultas de lo mal que le salia el empréstito á su rey y señor, fué elegido en su lugar, para los efectos de la lectura, el períinclito Chicharra.

A la noche siguiente, el periodista tomó el manuscrito, y con la campanuda entonacion de un ministerial satisfecho, dijo:

—Atencion, señores y señora: esto debe ser muy curioso.

—¿Qué es ello?—preguntó con su habitual impaciencia el impertérrito Trescolores.

—Lo siguiente.

Y leyó.

CARTA AL REY QUE VENGA.

(SI PARECE POR AHÍ QUIEN QUIERA VENIR.)

Aunque usted lo tome á mal
y me mire con encono,
yo le diré muy formal
que se eche usted al canal
antes que aceptar el trono.
Si busca usted los millones
que produce ese trevejo
caido con los Borbones,
no se haga usted ilusiones
que voy á darle un consejo.
En primer lugar, señor,
esto va al desbarajuste;
el que avisa no es traidor
y si le informan mejor
no pasará de un embuste.
Usted vió cuán fácilmente
doña Isabel y su gente
fueron revilvando á Francia;
pues bastaron solamente
decision, oro y constancia;
Y dice el refran que cuando
veas que le están pelando
las barbas á tu vecino,
te puedes ir preparando
á seguir igual camino.
Más de algun chisgaravís
le dirá á usted con deleite,
que abundan maravedís

y que se encuentra el país
como una balsa de aceite.
¡Vea usted! pues esos son
los gastados estribillos
del embuste y la ambicion,
que se encuentra esta nacion
como puchero con grillos.
Aquí manda el que más puede,
aquí el patriotismo cede
al turron, vulgo interés;
con que, vea si sucede
precisamente al revés.
Que alumbra distinto sol
le dirán sin arrebol,
pues no tienen más registro;
yo no he visto un español
que no quiera ser ministro.
Ni le hay que si cacarea
no pida ser al momento
señor de coche y librea,
como no le hay que no crea
que tiene mucho talento.
Muchos le han de proponer
por la codicia beodos,
y usted su monarca al ser
¡claro! les tiene que hacer
gentiles-hombres á todos.
Y suponga usted, señor,
aunque mi dicho le asombre
y haga crecer su temor,
que no admite el comedor
tantísimo gentil-hombre.
Porque, eso sí, no hay más modos
que meter hasta los codos
cuando á recojer se toca,
y estoy seguro que todos
serian de casa y..... boca.

¡Oh! Pues de fijo, el que quede
sin faja ó sin llavecilla,
ante el respeto no cede
y ó puede ó no, que si puede,
le arma á usted una tranquilla.
Dirá usted...—¡mis servidores
cometer tan mala accion!—
yo las concibo peores.....
¿cómo han hecho estos señores
la última revolucion?
Comprendo perfectamente
que el que no jura bandera
formal y solemnemente,
sacudir el yugo intente
cuándo, dónde y como quiera.
Pero, aquel que es militar
no se puede sublevar
aunque le den estricnina;
ó si lo hace ha de olvidar
por fuerza], la disciplina.
Cuando un hortera cualquiera
dá un *boleo* al principal,
un juez de palo que fuera
custigaria al hortera.....
¿no es esto muy natural?
Pues bien, señor, no deshecho
la lógica conclusion;
ponga la mano en el pecho
y juzgue usted, por lo hecho
con Isabel de Borbon.
Cayó con su descencencia
y á su hijo, en esto le abono,
qué, si no es por conveniencia,
cuando menos por herencia
le correspondia el trono.
¿Será justo que cualquiera
desde nacion extranjera

venga aquí dictando leyes?
¿quien manda dos reyes fuera
para qué busca más reyes?
No venga usted, caballero,
y diga usted que es engaño,
si con aire muy sincero
le promete álguien dinero
por ocupar el escaño.
No les óiga usted jamás
que esta gente le embaúca
como el mismo Satanás;
crea usted que estamos más
tronados que Carracuca.
Arrímese á la pared,
y aunque tomar el destino
le pidan como merced,
nada, no les crea usted,
que le engañan como á un chino.
Y si, para mi sorpresa,
no les dice: *vade retro*,
y clava el diente en la presa,
verá usted cómo le pesa
haber empuñado el cetro.
Que en este tiempo anormal
vale más, y no es patraña,
que lo digo muy formal,
ir de cabeza al canal
que venir de rey á España.

El comandante no pudo ménos de poner cara de vinagre ante los consejos que dictaba á su monarca la epístola susodicha; así es que la dejó pasar desapercibida, y Chicharra siguió leyendo:

—Aquí viene prosa,—dijo.

—Pues lea usted la prosa.

—¿Cómo se llama lo que entra ahora?
—*El Militarismo.*
—¡Ah!
—¡Oh!
—¡Puf!

CAPITULO IX.

EL MILITARISMO.

¿Qué es el militarismo?

Desde que yo nací estoy oyendo hacer esta pregunta en España, sin que nunca se haya dádo una contestacion exacta ni satisfactoria, y es más: creo que pasará mucho tiempo antes de que nuestra pátria pueda llegar á comprender la verdadera esencia del militarismo, aunque si la Revolucion hoy es una verdad, estamos en camino de mirarle frente á frente, de analizarle en su forma, en sus atributos, en su influencia en los destinos públicos y en la fuerza en que funda su preponderancia.

Porque el militarismo existe y es preponderante; porque á escepcion de muy cortos intérvalos, como si esta hubiese sido una nacion exhausta de hombres civiles, el sable ha imperado en España y ha sido el que, volviendo lo de arriba abajo, ha trastornado casi siempre los destinos de la pátria.

¿Es suya toda la culpa? No por cierto. Una série fatal de circunstancias fortuitas, que muchas de ellas se fundan en condiciones de carácter nacional ó en las vicisitudes políticas por que hemos atravesado, han contribuido poderosamente á hacer que en España el elemento militar sea influyente, preponderante y hasta apto para la libertad.

Con efecto; desde el momento en que el pueblo empieza á querer tener una parte directa en la gestion de sus destinos, preso en una red inquebrantable, tejida sólidamente por la oligarquía teocrática y por el poder real

sin contradiccion, apela al elemento popular por escelencia, al ejército, que es el edificio social, popular en nuestro país, único en aquella época, (primer tercio del siglo actual) en Europa, en que un soldado puede llegar á Capitan general, si se esceptúa el ejército francés.

De la guerra de la Independencia española sale el ejército lleno de oficiales distinguidos que han cubierto sus nombres de gloria, y que, sin embargo, 15 años antes eran mozos de molino, pastores de ganado é hijos de un humilde carretero; este orígen es su mejor blason. Salidos de tan humilde extraccion, han mandado ejércitos y hecho frente, con su atrevido génio, á las sábias combinaciones tácticas de los mariscales del imperio, que acaban de inventar un nuevo arte de la guerra, y como decia aquel gran devorador de hombres, consumido en Santa Elena: «la constancia, la fiereza y la indómita perseverancia de los que vencieron á los romanos, á los godos y á los árabes,» venció á los conquistadores de Europa y desbarató los más bien combinados planes.

La campaña de Prusia costó quince dias al ejército francés, inclusa la toma de Berlin; la de España, seis años, y la ruina de la dinastía con todas sus consecuencias. ¿Qué general, verdaderamente de carrera, tuvimos en la guerra del año ocho? El general *no importa*.

Terminada la guerra y enjugadas las lágrimas que necesariamente trae consigo, el ejército numeroso, que por espacio de seis años habia estado en contacto con aquellos soldados de la idea, se sintió infiltrado del espíritu moderno y sintió vergüenza al recibir el cobarde bofeton de aquel cobarde que habia perdido su tiempo en banquetes en Bayona, mientras su pueblo derramaba hasta la última gota de su preciosa sangre y fundaba un Código que debia elevarle á la más alta consideracion entre las naciones libres. Sintió vergüenza y pidió reparacion, y ya que no se le daba, fuerte con la conciencia de su valer, la tomó por su propia mano en las Cabezas de San Juan, echando los cimientos de la influencia del poder militar en España,

porque el pueblo oprimido se acostumbró, desde entonces, á ver en el ejército á su salvador y nunca el elemento de su opresion.

La libertad brilló, y España se la debió al ejército, lo mismo entonces que siempre que ha sido preciso un sacudimiento heróico para romper una cadena demasiado pesada. La inquisicion huyó y la desamortizacion fué llevada al terreno práctico; la instruccion se descentralizó y el clero tascó el freno que le imponia la libertad, y todo esto fué obra de la abnegacien del ejército, que quiso lavar el oprobio en que se revolvia este pueblo heróico, que desde el 23 de Abril de 1521 no habia dado más señales de vida que la guerra de los franceses.

¡Efímero fué el triunfo y corto el reinado de la libertad! Un ejército extranjero restableció el absolutismo, y en las filas de nuestros valientes soldados se oyó la palabra ¡traicion!

El enemigo era cruel y vengativo y no perdonó. Una vez restablecida su autoridad, restableció las cosas en su ser y estado, disolvió el ejército y fusiló, ahorcó, agarrotó, persiguió y encarceló, exagerando la crueldad hasta un punto que nos avergonzaria como españoles, si la culta Francia y la piadosa y corrompida Italia no hubieran hecho lo mismo en la misma fecha. El ejército disuelto fué sometido á un severo exámen de purificacion, que la mayor parte de las veces estaba encargado á un consejo compuesto de frailes, oficiales realistas y jueces nobles; era imposible ahorcar á toda la nacion; sin embargo, una buena parte de ella sufrió martirios, solo comparables á la tenaz crueldad de sus verdugos.

Una pléyade de generales, de orígen extranjero, barridos de su pátria por el soplo revolucionario y que nunca se habian distinguido en los campos de batalla, fueron los más crueles verdugos de aquel tirano cobarde y mal español. Es verdad que, ¡qué les importaba á ellos de la sangre que derramaban, si sobre ser sangre de liberales era sangre española!

Pero la justicia divina es inexorable tanto como justa. Ni uno solo de aquellos tránsfugas de su país ha recibido la muerte noble del soldado cubierto con la bandera que él ha ilustrado. Todos han tenido un fin que justamente merecian, porque los pueblos en sus iras son terribles, pero son justos y tienen el mérito de obrar por impulso propio.

Siete años de guerra civil, teniendo al pueblo armado tambien, y habiéndole familiarizado con el espectáculo de los combates, le hicieron ver en la clase militar, como en 1820, la salvacion de la pátria, y esta clase, instruida y comprendiendo sus intereses, aprovechó la ocasion para apoderarse del espíritu público, tomando por derecho propio la jefatura de los grandes partidos que se disputaron el mando y el barómetro de la opinion.

El partido progresista reconoció y ha reconocido siempre por jefe al Duque de la Victoria, y el moderado al de Valencia.

Vencida la situacion progresista en Torrejon de Ardoz, el partido moderado reinó sin contradiccion, y su jefe, militar enérgico, fundó su poder en una vasta organizacion militar. Durante los once años de su no interrumpido mando, el partido moderado sofocó tres ó cuatro chispazos revolucionarios que siempre habian partido del ejército; pero en 1854, una formidable insurreccion militar protestando contra los escándalos de una córte corrompida y las conculcaciones de un gobierno desatentado, cambió radicalmente la faz de la familia y dió nacimiento á un tercer partido, que si embrionario, no inspiraba recelos; más tarde debia dar dias de luto al partido progresista.

Derribada la situacion eminentemente liberal de 1856, surge el tercer partido, que en un principio pretendió ser el remedio que curase los males de la pátria, y en dias no remotos debia, por lo múltiple de sus fórmulas y lo incoloro de sus principios, servir á todos los fines, hasta para derribar aquello mismo que tanto pretendian enaltecer, ametrallando el más alto poder del Estado: las Córtes Constituyentes: este partido era la Union liberal, agrupacion de

tránsfugas y arrepentidos de todos los partidos y de hombres de conciencia de fácil acomodamiento que venia al poder que pérfidamente habia preparado por espacio de dos años desacreditando á la Revolucion, á quien habian entregado atada de piés y manos en poder de la reaccion realista. El jefe de este partido D. Leopoldo O'Donnell: ¡siempre un militar!

Siempre que un partido ha surgido del campo de la política, se ha presentado un general al frente de él; siempre que en un partido ha resultado una divergencia, dibujándose un grupo nuevo, un general la ha capitaneado. Así vemos en el partido moderado á Lersundi, Pavía, Cheste, jefes de grupo. En el progresista que es el partido que más ha protestado del militarismo y el que más debia haberse callado en este terreno, despues de Espartero, Prim; y en la union liberal, áun en vida del Duque de Tetuan, á Serrano capitaneando la guardia negra y dibujándose ya en lontananza la figura, terriblemente tétrica, de Caballero de Rodas.

Y al ver esto, preguntamos: ¿Siempre ha de ser el sable el que impere? ¿Siempre los jefes de partido han de ser Capitanes generales? ¿No tiene España hombres civiles? ¿Está condenado el país eternamente al sistema de la ordenanza?

Contestaremos: Es un hecho doloroso, pero históricamente cierto, que en España se ha perdido la libertad: el pueblo estaba armado y organizado para defenderla, y cuando el pueblo desarmado, castigado y no pudiendo ya soportar la carga, viéndose conducido á presidio, á Filipinas, al Campo de Guardias, ha arrojado el grito de suprema angustia, este grito ha encontrado eco en el ejército, que sin reparar en consejos de guerra ni en emigraciones, ha volado, áun á costa de su sangre, á dar al pueblo la libertad, que nunca ha sabido más que perder.

Es natural que despues de la victoria, el vencedor que se siente fuerte, coja todo el fruto de ella, y como nunca el pueblo, por sí solo, ha hecho una Revolucion, no ha po-

dido nunca más que contentarse con el mendrugo que le han arrojado, y de ahí que siempre haya imperado el sable y que nunca haya llegado la Revolucion á donde legítimamente debia haber llegado.

Estos hombres, que acostumbrados al mando, sabian que no se les escaparia de las manos, habian llegado á fundar una verdadera oligarquía militar con sus pretorianos correspondientes, y éste era el único padrastro para ellos, se entiende, porque los desheredados, los que no llevaban apellidos históricos, los que no tenian tios ó hermanos ministros, generales, camaristas, obispos ó diputados, no pasaban nunca de ciertas posiciones inferiores, por mucho que fuese su mérito; teniendo el dolor de verse postergados á bajos aduladores, si no era otra cosa peor. Todo el ejército habrá conocido á un coronel que llegó á esta jerarquía, porque siendo soldado sacó á su amo, general, herido del campo de batalla, y el tal coronel no era un Massena, por cierto.

Para sostener esta oligarquía habia muchas escuelas militares, y cuerpos de preeminencia, y soldados bien pagados, y generales en todas las posiciones del Estado. ¡Llegó un momento en que el vértigo se apoderó hasta del comercio, y se dió la gerencia de sociedades anónimas á generales, citándose, como un gran mérito de un general, la condicion de saber manejar perfectamente la *partida doble* y la teneduría!

Los padres de família vieron que al *paso* que sus hijos consumian seis años en la segunda enseñanza, siete en los estudios de una facultad y dos en el doctorado para llegar á obtener un destino de 5.000 reales, en la carrera militar un jóven obtenia una regular posicion que le hacia vivir á los tres ó cuatro años, y las carreras civiles eran desdeñadas, y la aficion, pero inmoderada, cundia, y el espíritu militar se iba infiltrando en todas las clases de la sociedad.

Pero, ¿qué mucho? ¡Si el mismo pueblo, en el primer momento de la victoria, ya no se acuerda de los peligros

arrostrados, y en lugar de organizar la libertad para lo futuro, no se cuida más que de galones y divisas, parodiando puerilmente aquello, que pretende anatematizar y entregando siempre su suerte en manos del primer soldado de fortuna que quiera cogerla con la punta de su espada aunque esté teñida en la sangre misma del pueblo!

Pues bien; militarismo es esa red de organizacion despótica que envuelve los destinos de la pátria; esa tendencia de organizar, de reglamentar, de uniformar, de encajonar dentro de una plantilla, determinada de antemano, la libertad del pueblo. Es esa preeminencia de una clase sobre todas las demás. Es esa altiva y orgullosa costumbre de mandar sin contradiccion y cuando llega el caso, discutir á latigazos. Es esa inveterada supremacía de la faja sobre el frac, del sable sobre la idea, del fusil sobre la pluma, del número sobre la razon. Es el hijo convertido en verdugo, el hermano en asesino, el ciudadano en conquistador de su pátria. Es el siglo XIV riñendo á brazo partido con el siglo XIX. ¿Quién vencerá?

La luz, la razon, la ilustracion. El pueblo, arrojando la corteza de ignorancia que le cubre; la prensa, difundiendo las luces, y la tribuna, desde donde ha de irradiar siempre la voz del patriotismo para enaltecer las virtudes cívicas, han de llegar, variando la direccion de las inclinaciones populares, á desarraigar esa funesta tendencia que hay en España á llevar un uniforme y mandar á alguien que lleve armas; pero como el mal es grande y está muy arraigado, es necesario exponer un remedio completo y radical.

Para esto, un gobierno verdaderamente nacional y que tratase de destruir el militarismo, deberia empezar por suprimir:

El ministerio de la Guerra.

El consejo supremo de la Guerra.

La administracion militar.

Las direcciones de las armas que son diez: la de infan-

tería, caballería, artillería, ingenieros, estado mayor, carabineros, guardia civil, sanidad militar, inválidos y veterinaria militar.

Las capitanías generales, escepto las de Ultramar.

Las comandancias generales.

Los juzgados militares y

Las fábricas militares.

Organizando el estado militar en esta forma, suponiendo las mismas supresiones en el departamento de Marina;

Ejército nacional de 300.000 hombres con un general en jefe, nombrado por la Asamblea Nacional. Este alto funcionario manda los ejércitos de tierra, como un almirante manda las fuerzas navales. Estos dos jefes dependen inmediata y esclusivamente de la Asamblea y reciben de ella los nombramientos y títulos de jefes y oficiales que trasmiten, refrendándolos, á los interesados; distribuyen las fuerzas en activo segun las necesidades del servicio, y dan cuenta de todas sus operaciones al comité de las armas que está formado por un número determinado de diputados. Cuidan de la instruccion, armamento, equipo, disciplina y justicia de los ejércitos de mar y tierra; visitan con frecuencia los campos y cuarteles, cuándo y dónde los hubiese, y presencian los concursos á que los reglamentos de recompensas dieren lugar.

Estos dos generales tienen un estado mayor proporcionado á las funciones múltiples que han de desempeñar y gozan de un sueldo señalado por la Asamblea para tiempo de paz y de guerra. Ni uno ni otro son diputados, ni hace falta que lo sean.

El ejército se divide en dos clases: activo y reservas, y estas en tres clases: primera reserva ó reserva movilizable; segunda reserva y reserva sedentaria; además, en todo el territorio existe una fuerza respetable de voluntarios de la libertad, mejor organizados que lo que hoy están. El número y fuerza de los soldados en activo varía segun las urgencias, siendo la primera reserva la lla-

mada á reemplazar inmediatamente las necesidades declaradas urgentes.

El material de guerra es de dos clases: fijo y movible; todo el material fijo debe construirse por las dependencias del ministerio de Fomento, y el suministro todo corresponde al ministerio de Hacienda, porque todos los fondos que el Estado gasta salen de la masa comun.

La masa de oficiales de todas armas, que en tiempo de paz pueden ocuparse en grandes trabajos catastrales, topográficos, de construcciones civiles, líneas telegráficas y red de ferro-carriles, entran en el servicio militar de dos maneras: por oposicion ó por ascenso, siempre con exámen y siempre sujetos al artículo de la Constitucion que obligue á todos los españoles á servir, sin ningun género de redencion, á su pátria con las armas en la mano.

Un gran consejo de la Guerra compuesto de generales de tierra y mar, ingenieros, magistrados y médicos vigilará por los intereses, adelantos y resolucion de cuantos problemas se relacionen con el arte militar, comunicando sus decisiones al comité de la Guerra, que los presente á la aprobacion de la Asamblea.

Sola y únicamente la Asamblea puede movilizar el ejército ó poner sobre las armas todo ó una parte de él.

Todos los militares, en los actos que puramente fuesen de armas, se diferenciarán del resto de los demás ciudanos por el cumplimiento de los deberes que les impone la disciplina. Fuera de estos casos, están sujetos al mismo fuero, á las mismas leyes de policía, y pueden hablar, escribir, imprimir y dedicarse á la ocupacion que más conviniese á su carácter, aptitud é inclinaciones.

Tal es, en mi concepto, el medio poderoso de que habria que valerse para llegar á destruir el militarismo; es decir, la exageracion de la preponderancia militar con deimento del Estado civil y perjuicio de los intereses púicos. A esto debe agregarse el cuidadoso esmero con le debe atenderse al fomento de los intereses materiales, las otras carreras civiles, á la estirpacion de la empleo-

manía y al fomento y estímulo á dedicarse á ocupaciones que hoy son miradas, por ciertas clases de la sociedad, con desdén y deberian tenerse en más respeto.

Hay una clase en España que prefiere que su hijo sea empleado con 8.000 reales ó teniente de caballería y que se case con una mujer hermosísima que le lleve muy buena disposicion para gastar y llenarle de familia, porque, á su vez, es hija de otro empleado y no tiene más capital que su hermosura, cuando la tiene, á dedicar un hijo suyo á cajista de imprenta, tallista, ebanista, obrero, en fin, pero no obrero puramente mecánico, sino obrero con educacion artística que le emancipe de la férula de un maestro rutinario, y haciéndole distinguir entre los de su clase, le proporcione un establecimiento ventajoso y una fortuna más ó menos desahogada; pero esta preocupacion está todavía muy arraigada en España, y es preciso que todos los que declaman contra el militarismo, contra el nepotismo y contra la vagancia dorada, puesta la mano sobre su conciencia, se pregunten: ¿nada tenemos de que reprocharnos? ¿Hemos cumplido fielmente con nuestra obligacion al encaminar los primeros pasos de nuestros hijos por la senda de la vida?

—

—Pues señor—dijo Chicharra.—¿Saben ustedes que casi tiene razon el que ha escrito *El Militarismo*? Aquí nos quejamos de todo lo que huele á cuartel, y al dia siguiente de una Revolucion vemos infinidad de caballeros que visten uniformes con sus estrellitas correspondientes.

—¿Y qué me dice usted de los zuavos?

—Parecen moros.

—No, señor, parecen máscaras.

—¡Qué cosas se ven en España!

—¡Cómo hacen el tonto algunos españoles!

—Siga, siga usted leyendo, amigo Chicharra.

—Es que me voy cansando, señores.

—Pues lo dejaremos para mañana.

—Se levanta la sesion.

El comandante, á pesar de su indisposicion, estaba más alegre que de ordinario, porque habia visto que en el

libro se combatia el militarismo, y creia que D. Cárlos arreglaria esta materia desde el punto y hora en que se acomodase en el trono.

Y es la verdad.

Si viniera D. Cárlos no habria militarismo.

Pero ahora me acuerdo de que habria Santo Oficio (vulgo Inquisicion) y váyase lo uno por lo otro.

Y á propósito de este incidente, voy á decir cuatro palabras que vienen como de molde.

Pues señor; pasaba yo hace muy pocos dias por la Plaza Mayor, y ví..... ¿qué dirán ustedes que ví?

Estoy seguro de que si yo no lo digo no dan ustedes en ello.

Pues ví un cosmorama, uno de esos cajoncitos ambulantes que el pueblo conoce por el nombre de *mundo nuevo*, y en los cuales se esplican á son de caja, las vistas más ó menos artísticas que se pueden admirar por el exíguo abono de dos cuartos.

Yo soy muy particular, y así como me hubiera dado por pasar sin fijar atencion en aquel mueble, me dió por pagar ocho maravedises, y como si nunca hubiese visto cosmoramas, me levanté el sombrero y apliqué la vista á los cristalejos.

Lo primero que ví fué un *Episodio del tribunal de la Inquisicion*, en el cual y con los subidos colores de la brocha gorda se aumentaba lo terrorífico de aquel cuadro sangriento.

Todas las demás vistas eran sobre el mismo asunto, y entonces reflexioné que aquello era una verdadera propaganda liberal, dadas las condiciones especiales del pueblo español.

—¡Bien hecho!—dije al conductor de aquel trastro viejo. Así se educa á las masas, ciudadano; tome usted una peseta y deme usted la mano.

El hombre tomó antes de dar y sonrió diciendo:

—Yo soy un republicano, señorito.

—Ya se conoce.

—¿En qué?

—En que ha discurrido usted un medio honroso de ganarse la subsistencia con provecho de los demás.

Y me retiré de la Plaza Mayor con el orgullo de haber encontrado allí un momento de placer, despues de los dias de tristeza que me cuestan los desaciertos de la Revolucion.

Ahora volvamos á entrar en materia, y perdonen ustedes el abuso de confianza.

CAPÍTULO X.

¡TERCIEN.... ARMAS!

Al dia siguiente no se pudo verificar la continuacion de la lectura, por una razon: y claro que por algo habia de ser.

Pues fué porque el comandante habia recibido una comunicacion de París, en la cual se le participaba que el empréstito fracasaba y que á D. Cárlos de Borbon se le llevaban los demonios: tal era su desesperacion.

La coalicion de las dos ramas y sus principales compinches no se realizaba tampoco.

Es decir: Doña Isabel de Borbon y algunos de sus acompañantes no querian admitir la idea de trabajar en comunidad con D. Cárlos y Cabrera; y por consiguiente, aquello olia á ratonera.

Era, pues, muy natural que el comandante no quisiera oir coplas, y segun dijo despues, se pasó todo aquel dia en buscar á sus agentes. Zacarías le acompañó por pura curiosidad.

Empezó por recorrer los puestos de guardia, y en la Puerta del Sol se acercó á uno que estaba de centinela en el Principal, y que pertenecia á uno de los batallones de Milicia ciudadana.

—Hola, Colás,—le dijo—¿qué haces?

—Ya lo puede usted ver, mi general: me ha

tocado hacer ahora la centinela, y con arreglo á las instrucciones que de usted tengo mil veces recibidas, no es cosa de significarse uno con la negativa: esto cuesta bien poco trabajo.

—Bien, Colás, eres un buen muchacho, y te prometo que, si llegamos á triunfar, te daré, además del despacho de capitan que tienes en el bolsillo, una buena plaza en el régio alcázar. Con que vamos á ver si se trabaja para armar un motin el dia que se promulgue la Constitucion, que es lo único que nos hace falta.

—¿Y cuándo es eso?

—El domingo 6 de Junio: ya verás qué ocasion tan magnífica se nos presenta.

Colás miraba á Zacarías con recelo, pero una seña del comandante Chafarote bastó para disipar la sospecha del miliciano.

Siguieron hablando..

—Pues mira: el domingo, cuando las tropas empiecen á desfilar, pegas fuego á un petardo, se arman carreras, tiramos de mondadientes, y á este quiero, á este no quiero, damos fin con todo bicho viviente.

—Me parece buena idea.

—¡Que si lo es! como mia: pues no tenemos más que hablar, Colasillo. Ahora voy á la calle de la Justa para ver si encuentro en casa al comisario régio, y desde allí nos prepararemos para que no salga golpe en vago.

—Pero.... mi comandan.... digo, mi gene-

ral, es que yo debo cincuenta reales en la taberna, y ocho duros que jugué de boca en la timba de Silverio.

—¿Y qué me quieres decir?

—Que me dé usted los ocho duros, cuando ménos, porque la taberna no corre tanta prisa.

—Bien, pues allá van doscientos reales: pero mira lo que haces, porque si voy el domingo á la formacion y no salen los petardos, ya sabes que yo tengo malas pulgas.

—Saldrán los petardos.

—Muy pronto lo dices.

—Los petardos saldrán.

—Entonces, hasta el domingo.

El comandante se retiró, y mientras tanto Colás terció su carabina, y murmuró paseando:

—Un duro á la andaluza, uno: dos para Silverio, son tres... y cinco para vino y tabaco... ¡ajajá! ¡Tercien... armas!

Acababa de restregarse las manos, cuando una mujer, cubierta de mugrientos harapos y con dos criaturas en los brazos, se aproximó á la acera del Principal, y dijo:

¡Colás! nuestros hijos se mueren de hambre! ¿no tienes una peseta?... mira, hoy hemos dormido junto al campo-santo de San Isidro.

—¡Vaya, vaya!—dijo el miliciano con aspereza,—si no te marchas ahora mismo de aquí te pego un culatazo... ¿de qué he de tener yo una peseta?

—¡Por Dios, que los niños se van á morir!

—Angelitos al cielo.

—No tienes corazon.

—Pero tengo carabina: ya te he dicho que te largues de aquí, y á la noche te daré dos reales para que compres lo que quieras.

—¿Me los darás?

—¡Que sí, mujer!

Y cuando quedó solo volvió á decir entre dientes:

—Un duro á la andaluza, uno: dos para Silverio, y cinco para vino y tabaco... ¡bueno! ¡Cuándo se armará la gorda! ¡Tercien!

CAPÍTULO XI.

OTRA VEZ Á LAS ANDADAS.

La Constitucion se promulgó y no hubo novedad: los petardos se oyeron, la gente corrió dos veces asustada, pero el órden se rehizo y Colás se marchó sin el consuelo de haber conseguido atropellar á los niños, y romper piernas y brazos á los que íbamos no más que por ver el suntuoso tablado que habia delante del Congreso.

Por la noche hubo músicas y regatas en el estanque del Retiro, y mientras tanto los individuos de la sociedad carlista se habian reunido en el sitio de costumbre.

El comandante tampoco pudo leer, y esta

vez le tocó á D. Primoroso, que aunque lo hacia mal, se le entendia.

Hemos dicho que los individuos de la reunion estaban en sus puestos, y hemos dicho mal, porque faltaba el caballero Chicharra que, como progresista de raza, no pudo asistir y se escusó con una carta diciendo que no sé quién daba aquella noche una gran comida en albricias de la Constitucion, y le era forzoso ocupar un lugar y echar su correspondiente brindis *en silencio, como se acostumbra hacer en Inglaterra.*

D. Primoroso tomó el manuscrito y leyó los siguientes cabos sueltos.

¡¡¡OH!!!

(Soneto de alta escuela, por otro nombre Camelo.)

Por Dios, Doña Isabel, usted tan buena,
usted tan hermosota y tan lozana,
no hace caso de mí, de quien se afana
por ver á usted sin eso que le apena.
Venga usted á Madrid, que ya no truena
tan fuerte como ayer, y si tirana
me dice usted que no la dá la gana,
de dolor moriré, tal como suena.
España está ya en paz, todo camina
sin que haya que temer el desentono
que á los pueblos tan fácilmente arruina:

venga usted, Isabel, la ofrezco el trono...
Mas... ¿por qué el auditorio se me encona,
si esta Doña Isabel... es mi patrona?

El simpático matador Antonio Sanchez (Tato) tuvo una cogida en la segunda lidia de las fiestas nacionales.

¡Hasta cornadas sabe dar la Constitucion!

Receta contra las patronas.

Manden ustedes á una casa de huéspedes, cualquiera de los ingredientes que á continuacion se expresan:

Un estudiante calavera;

ó un jugador de oficio;

ó un abogado sin pleitos;

ó á D. Salustiano Olózaga, y mejor todavía, al Sr. Coronel y Ortiz, que es el diputado más voluminoso de las Cámaras del mundo.

EL DOCTRINARISMO.

En el órden moral, como en el político, como en el órden físico, existe una ley inmutable, constante, una ley eterna, como que es la marcha antropológica de ese sér orgánico que se llama el mundo.

Esa ley es el progreso.

El destino del mundo es marchar adelante.

Su fin, la perfeccion; el mundo no puede detener su marcha, porque si así fuese habria un momento de reposo en el movimiento armónico, en el que el Artífice Supremo

ha fundado su obra, y ese momento de reposo seria el desequilibrio; es decir, el cataclismo, el cáos, la negacion de la armonía, y por consiguiente de la suprema sabiduría.

Lo que en el órden antropológico es cierto, es inevitable en el órden social. Desde el momento de la constitucion de la primera sociedad, el mundo político, modificando sus costumbres, sus instintos, sus tradiciones, que despues han sido el fundamento de sus leyes, han tendido á la perfeccion de su vida social, que primero se habia constituido bajo la sencilla forma patriarcal.

Siempre que las sociedades han pasado de un estado político á otro, ha sido despues y á merced de una convulsion del organismo social, que, á imitacion de las que sufre el cuerpo humano, se han llamado crísis; hoy se llaman revoluciones. Estas, más ó menos largas, más ó menos violentas, han dejado el cuerpo que agitaban más ó menos postrado, segun eran más ó menos espontáneas; pero esta postracion, cualquiera que haya sido su duracion, ha sido pasajera y siempre fructuosa para el objeto y la tendencia final de los pueblos.

El fruto apetecido no se ha tocado inmediatamente; no por eso, su resultado, en incubacion, ha dejado de ser positivo, y las nuevas ideas que á su sombra hayan nacido, han dejado de germinar y producir uno de esos incendios bienhechores que han iluminado la marcha de la humanidad en su camino tortuoso y sembrado de abrojos.

Es verdad que estos incendios han consumido ciertas víctimas santas y gloriosas como Sócrates, Jesucristo, Galileo; pero de la santa y noble sangre de esas víctimas, orgullo de la humanidad, ha brotado ese rocío purísimo de que se han sentido salpicadas las sociedades modernas, y con cuyo baño se han encontrado bastante fuertes para destruir las antiguas civilizaciones, fúndando una nueva en estos tres lemas santos:

¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!

Los hombres que en los tiempos ante-históricos rigiéron los destinos de los pueblos, fundaron su poder en el

prestigio de los años y de la sabiduría, así como en el amor y el respeto de la familia. Los que les sucedieron, dividiéndo y clasificando lo que Dios habia hecho igual, al hombre, establecieron las castas. Una de ellas, más astuta y atrevida, se abrogó el derecho de gobernar á las demás, y como si el prestigio de su sabiduría no fuese talisman bastante fuerte para defender su poder, inventó teogonías que le facilitasen el atribuirse un orígen divino, y por el cual, unos pocos, muy pocos, sujetaron y aherrojaron á los pueblos á su carro de triunfadores y les hicieron presenciar sus asquerosas bacanales con la imbécil impasibilidad de las razas que han perdido la conciencia de lo que son.

El mundo estaba dividido en dos clases: señores y esclavos. Un astro refulgente, nacido en la más humilde de las cunas, en un pesebre, emprende la Obra titánica de regenerar al mundo decrépito, en su vieja constitucion, y para establecer en su nueva doctrina la doctrina que ha de derribar el trono de los Césares y de destruir la más ominosa de las dominaciones, funda su predicacion en los tres lemas santos en que estriba toda la felicidad humana.

Libertad para los oprimidos, Igualdad sobre la tierra, pero mayor aún en otra vida mejor, y Fraternidad que hace al *vil esclavo* tan grande como al César.

Los escribas y los fariseos que eran los doctrinarios de la época, negándose á confesar la tendencia de la humanidad á un fin mejor, negándose á reconocer la escelencia de la moral del hijo pueblo, ahogando la voz de su patriotismo, la voz de su razon y los sentimientos de humanidad, prefieren hacer perecer al *Hijo* del pueblo, al conciudadano, al emancipador del pueblo de Israel, del yugo romano, antes que perder las buenas gracias del César de Roma, es decir, de aquel de quien recibian la investidura de sus poderes; que tanto valia que fuera el César ú otro cualquiera; la cosa era el poder; la persona, nadie. Esto sucedia en el pueblo escogido por Dios para ser su pueblo.

Así encontramos en la república de Atenas, al justo,

al filósofo Sócrates víctima de su doctrinarismo, que en un momento de olvido le lleva á aliarse con los treinta tiranos de su pátria, y arrepentido y horrorizado de los inauditos crímenes, acusado por Crithias y Therámenes de traidor, cuando solo era doctrinario, condenado á beber la cicuta.

Siempre y en todos tiempos los doctrinarios, frente á frente y combatiendo las más grandes revoluciones que recuerda la humanidad. Pero su esfuerzo es vano; la idea de la liberdad es levadura que fermenta en todos los corazones, y las tímidas ovejas se convierten en leones y los Césares tiemblan en sus tronos de oro y de marfil.

La idea de la *Igualdad* hace que el esclavo que antes miraba al suelo, recuerde con efusion que un apóstol de la nueva doctrina le ha dicho que en el reino de su Padre los primeros son los últimos, y si se atreve á mirar y á compadecer á los que antes llamaba augustos y tenia por divinos.

La idea de la *fraternidad* ha acercado á todos los hombres que trabajan á un fin comun, y repitiendo sin cesar: «amaos los unos á los otros» ha hecho desaparecer la palabra «casta»; despues de Jesucristo, si antes no lo eran, son iguales todos los hombres.

Una nube terrible, que á manera de las antiguas plagas de que nos hablan los libros santos, aprovecha el desmoronamiento del imperio romano, invade la Europa, la devasta y borra hasta la más pequeña traza de la civilizacion romana. Salidos los bárbaros de los últimos confines ignorados de Europa, y hasta donde ni la civilizacion ni el Evangelio habian penetrado, sin nociones exactas de justicia, ni moral, fundan un nuevo órden de cosas, que se apoya en el derecho brutal del más fuerte. Los pueblos conquistados reciben la esclavitud, pierden la nocion de lo pasado, y el monstruoso y repugnante edificio del feudalismo se asienta en la vieja Europa.

De vez en cuando y aprovechando las luchas del trono y los grandes vasallos, el pueblo, dando señales de su virili-

dad, se alía despues de la victoria á los unos ó á los otros; más veces, y gracias á su instinto, al rey que á los señores feudales, especie de tiranuelos insoportables; y cada alianza le conquista una franquicia; le exime de una gabela; le liberta de un pecho; le granjea una carta-puebla.

Todavía no se ha pronunciado la palabra derecho, pero están naciendo las municipalidades y sus companías de hombres libres, sus banderas francas y el invento de Berthold Schultz, la pólvora, han de dar en tierra con el intrincado mecanismo feudal para no dejar frente á frente más que dos grandes poderes: el rey y el pueblo; el derecho divino y las nacionalidades; la monarquía y la libertad; el privilegio y la razon.

Desde el momento en que desembarazado el principio monárquico del poderoso antagonismo de los señores feudales, se cree bastante fuerte para poder, como los antiguos dominadores del mundo, fundar su derecho en algo más que la voluntad del pueblo, lo funda en una quimera, en la trasmision divina y no reconoce juez en la tierra.

Es verdad que Inglaterra, riéndose de este pretendido derecho y á pesar de la recusacion de Cárlos I, hace rodar su cabeza en un tablado delante de Wite-halle, y que los franceses, anteponiendo el derecho del pueblo al derecho divino, no aniquilan toda una familia para fundar, sobre sus ruinas, una nueva sociedad que proclama lo que hasta entonces nadie habia proclamado: los derechos del hombre.

De usurpacion en usurpacion, de abuso en abuso y de tiranía en tiranía los reyes, todos hermanos en el comun interés de aherrojar al pueblo, caminan unidos á un fin, á dividirse el mundo como una cosa venal y legarlo á su descendencia como un patrimonio bien adquirido.

Un dia, agotado el sufrimiento y sintiéndose cansado el yugo férreo que le oprimia, y sintiéndose más fuerte ún que el dia que ayudando al trono habia destruido al eudalismo, un pueblo grande como el pueblo romano, al rojar al último de sus siete reyes, generoso, porque in-

tentaba sacrificarse por los demás pueblos sus hermanos, levanta su voz robusta y con acento que hace estremecer á las viejas monarquías, proclama el nuevo derecho y pide cuenta de sus destinos. La enciclopedia, tribuna permanente de la razon, habia preparado á los franceses para esa inmortal jornada que se llama «la Revolucion francesa.» Pero en medio de tànta grandeza, de tanto patriotismo, de tanta abnegacion, unos cuantos hombres ambiciosos, infames, verdaderos doctrinarios, Mefistófeles políticos, sin querer postergar sus bastardas ambiciones á la santidad del derecho de la humanidad, que aquellos héroes de otras edades escribian con su sangre al compás del estruendoso fragor de las batallas, aprovechando un momento de estupor, de cansancio, de entusiasmo arrojan la pátria ligada de piés y manos bajo las ruedas del carro de un soldado de fortuna, que al cubrirla de gloria inmortal, la desangra por completo y la arrebata sus libertades.

Tras de una guerra injusta y de una espedicion aventurera cae el hombre, cuyo destino habia pesado diez años sobre el destino de Europa y se restaura la monarquía francesa, aunque con modificacion de monarquía constitucional.

Otra vez los doctrinarios vuelven á apoderarse de los destinos de los partidos, y otra vez las antiguas rutinas provocan un cataclismo: el desembarco de Cannas; y es que en destierro nada han aprendido, ni pueden aprender, porque el horizonte de los doctrinarios es infinito y limitado, es un círculo de hierro con soluciones que necesariamente han de estar comprendidas en el derecho histórico. No le pidais radicalismo, no; eso es peligroso; los pueblos no están preparados para las ideas radicales.

Eso dijo Cárlos I y no quiso oir el grito de indignacion que desde el calabozo lanzó Milton, primer mártir de la censura contra la imprenta. ¡Insensatos! Haceis quemar los libelos por mano del verdugo y no pensais que mañana ese mismo verdugo hará rodar vuestra real cabeza.

No están preparados, decia Jorge III; ¡y los colonos

americanos, constituyéndose en república, fundaron uno de los poderes más formidables que hoy existen!

¡Siempre la misma ceguedad! ¡Siempre el mismo argumento: no están preparados! ¿Pues cuándo estará el pueblo preparado para gozar de todas sus libertades?

No habeis querido que se preparase tras de mil cuatrocientos años de monarquía, y quereis que creamos que ahora, filántropos de nueva especie, vais á fundar una nueva monarquía con el solo fin de enseñar al pueblo, de ilustrarle, de prepararle? ¡Nó, no lo creemos, hipócritas fariseos de la nueva ley! Estamos acostumbrados á vuestras falaces promesas antes de que seais Poder, que nunca ha visto realizadas el pueblo en el terreno práctico. Siempre, tras de la constitucion, la ley, el reglamento, la circular, la policía. Todos los discursos del trono son magníficos de esperanzas, de promesas, de proyectos; ¿y su solucion práctica?

A cada discurso del trono, un derecho del pueblo menos, una libertad mesurada, una conquista esterilizada; ¿y esto qué significa? Que las monarquías son doctrinarias y el doctrinarismo esteriliza las fuerzas vitales de los pueblos y es impotente para resolver lo que en su doctrina esencial ha aprendido una vez; ¿y qué ha aprendido?

Que los pueblos no deben tener más libertad que la que emana de las combinaciones políticas de unos pocos, cuando el pueblo es TODOS; que el progreso es la libertad sujeta á reglamentos y reales órdenes, y como la libertad es como la luz, al llegar su hora, lo alumbra todo, lo inunda y lo vivifica todo. Para nosotros, doctrinarismo y tinieblas es lo mismo; para nosotros, doctrinarismo y retroceso son sinónimos; para nosotros, en fin, doctrinarismo y reaccion quieren decir la misma cosa.

¿Qué esperan los pueblos del doctrinarismo? ¡Un nuevo Congreso de Viena ú otro Congreso de Leybach! El derecho divino y teocrático de siete hombres condenando al liberalismo y anatematizando á doscientos ochenta millones de hombres y cerrándoles las universidades en Ale-

mania y en España para que no piensen? ¡Error, error! ¡Demencia! Ni las fortalezas de Spilzberg, ni los calabozos del Santo Oficio tienen paredes bastante espesas para poder comprimir esa terrible fuerza espansiva de la palanca poderosa que se llama la *idea*. ¡Ah! ¿Por qué no ahogásteis en la cuna al pensador de Maguncia, para que no inventando la imprenta, no hubiese dado á la humanidad aquella robusta palanca que tanto buscaba Arquímedes?

¿Qué importa la pólvora, qué importan los congresos, qué importan los cañones rayados y la diplomacia tenebrosa de los Talleyrand y Metternich, si tenemos en nuestro poder el arma terrible de Guttenberg?

No temais, pueblos que quereis ser libres; la imprenta es la *nueva ley* que os ha de conducir á la anhelada meta. ¿Qué importa que un ministro doctrinario escriba circulares represivas contra la imprenta, si todas ellas tienen... que publicarse *impresas*? ¡Mónstruos que hijos de ella, que por ella habeis sido hombres y alcanzado el poder, y cuando lo sois, renegais de vuestra madre, nuevos Nerones, y la enviais vuestros centuriones para que la abran el vientre! Esta madre es más generosa que Agripina: todavía, maldiciendo su obra, no ha dicho como la otra: *feri ventrem*.

No. Vuestros esfuerzos son impotentes; ¿quisiérais matar la imprenta? No lo conseguireis. Pero si así fuese, ¿matariais el pensamiento?

Desde el momento histórico que dejamos señalado, la historia política es comun á todas las naciones de Europa que recibieron el sistema constitucional. Muy rara vez han atravesado las regiones del poder los hombres verdaderamente radicales, y cuando lo han hecho, ¿cuál ha sido su obra?

La imprenta libre; el crédito realizado, porque su probidad política era la mejor fianza y sus costumbres económicas, verdaderamente parsimoniosas, garantizaban la desaparicion del déficit, verdadera gangrena, terrible pesadilla de los mejores hacendistas; la riqueza pública au-

mentada por la más ámplia desamortizacion; los poderes en equilibrio, porque la libertad era absoluta, y nadie osaba extralimitarse de la línea, que le estaba trazada; el *poder negro* reprimido y la pátria marchando honrada y próspera á sus destinos. Siempre el *poder real*, apoyándose en el doctrinarismo ha derribado al liberalismo, áun trayendo las bayonetas extranjeras y restableciendo el *statu quo*, derivacion sapientísima de los grandes pensadores que concurrieron al Congreso de Viena.

Este mismo doctrinarismo es el que en España ha esterilizado la obra, siempre grande, de Mendizábal y la no menos grande de Espartero; esa escuela política es la que despues de 1843 importó la política francesa utilitaria de Mr. Guizot, derivacion de las famosas ordenanzas de Julio, que eran hijas legítimas del aborto vengativo de Leybach, y con sus prácticas rutinarias provocó la esplosion de 1854. Esa escuela es la que, ahogando aquella revolucion, que tan rica de promesas se presentára, restableció el *statu quo* y entregó el poder otra vez á la tiranía de los doctrinarios, hasta que la reaccion más desenfrenada hizo estallar de indignacion á la nacion en masa que anhelaba tener *honra*, *libertad* y *órden*.

Han pasado ya los tiempos de la política de «ganar tiempo.» Todo lo que no sea marchar adelante, es marchar hácia atrás, y atrás es la restauracion. ¿Qué es la restauracion?

Es la hora de las venganzas crueles, de las satisfacciones de amor propio humillado, de la satisfaccion á costa de horrorosos sacrificios, de los compromisos contraidos en el extranjero; la hora de recompensar servicios prestados contra la libertad y la honra de la pátria; es la seguridad suspicaz que para el porvenir se rodea de precauciones á costa de la libertad individual, de la riqueza pública y hasta de la integridad del territorio.

El segundo Estuardo, restaurado en Inglaterra, es la reaccion hasta la demencia; es el cadáver de Oliverio Cromwel, profanado y arrastrado hasta la horca de Tiburn:

es el parlamento con mordaza; la persecucion religiosa; las siete mancebas de Cárlos II y el cambio, por último, de la dinastía.

En Francia, la restauracion es la pátria entregada á los cosacos de Alejandro I, y la indemnizacion de guerra de 3.000 millones de francos al extranjero que acampaba en Montrouge; son los 1.000 millones de francos para los emigrados y los fusilamientos de Ney y Manuel; es la tribuna deshonrada y la prensa con mordaza; es, en fin, el terror blanco, todos los horrores de una venganza meditada por espacio de veinticinco años por aquellos hombres que no habian vacilado en formar un ejército contra su pátria, á las órdenes de un príncipe extranjero; tal es el constitucionalismo del traductor de Horacio, del escéptico conde de Provenza, de Luis XVIII de Borbon, fiel amigo y leal aliado de su sobrino Fernando el *deseado*.

Esta restauracion, recrudecida en tiempo de Cárlos X, produjo las ordenanzas y las jornadas de Julio, el cambio de dinastía.

¿Es eso lo que pretenden los doctrinarios? Que lo digan de una vez y que lo digan á cara descubierta. Por nuestra parte declaramos que siempre propagaremos nuestras ideas sin rodeos y sin tener que apelar al recurso de terrores vagos y peligros quiméricos, sino atendiendo tan solo á la marcha progresiva y traumática de las ideas. Ya sabemos que la franqueza en política es una rara cualidad; pero áun cuando debamos provocar la escéptica sonrisa de los políticos profundos, no nos arrepentimos y decimos en voz alta, como uno de los caudillos de la Revolucion: *Ó todo, ó nada.*

No queremos doctrinarismo ni doctrinarios, porque nada pueden darnos más que el *statu quo*, y porque este no puede producir más que la restauracion. Lo decimos sin vergüenza: tenemos miedo á la restauracion, porque la restauracion es el ostracismo, el destierro, la expatriacion, la pátria ensangrentada, entregada al extranjero, vilipendiada, escarnecida y arruinada, y todo ¿para qué?

¡Para llegar á un cambio de dinastía!...... Muchas gracias.

No valía semejante resultado la pena de haber conmovido á la Europa, haciéndola concebir esperanzas lisonjeras, si habia solo de servir para que presenciasen un cambio de amo. Nó; España tiene mas alta conciencia de su destino actual en la regeneracion presente, y sabrá cumplirlo. Si así no sucediese, era preciso dudar del destino de la humanidad, y en él tenemos una fé vivísima. Pelletan lo ha dicho: «el mundo marcha,» y esto es una verdad.

—

Concluida la lectura del *doctrinarismo*, que, al decir de los inteligentes, es una cosa de mucha miga, la tertulia reaccionaria quedó como en un cementerio.

El comandante seguia de mal humor.

D. Primoroso leia casi deletreando; doña Patricia soltaba de cuando en cuando las exclamaciones de costumbre, y el jóven republicano se agitaba más y más como si su cuerpo estuviese entre los dos reóforos de una pila de Bunsen.

Y para que nada de chusco faltase al capítulo XI, terminó con lo siguiente:

LA CONSTITUCION.... EN GUASA.

—

Se me ha ocurrido, señores, poner á discusion, entre nosotros, un proyecto de Constitucion muy parecida á la que han votado las

Córtes, y como estoy en el pleno, libérrimo y absoluto derecho de hacerla como me parezca, allá vá en extracto. Dice así:

—

La nacion española, y en su nombre unos cuantos caballeritos elegidos por la influencia moral del Gobierno revolucionario, deseando afianzar la injusticia y poder hacer lo que les dé la gana, decretan y sancionan la siguiente

CONSTITUCION.

—

TÍTULO PRIMERO.

DE LOS POBRES ESPAÑOLES Y SUS DERECHOS.

Artículo 1.° Son españoles:

1.° Todas las personas nacidas en territorio español, que se dejen llevar por el camino que les hagamos.

2.° Los hijos de padre ó madre españoles, aunque hayan nacido en Pekin.

3.° Los extranjeros que hayan obtenido carta de naturaleza.

Art. 2.° Ningun español ni extranjero podrá ser detenido ni preso, si no cuando le lleven á la cárcel.

Art. 3.° Todo detenido será puesto en li-

bertad ó entregado á la autoridad judicial (que es siempre lo más probable) en el término de veinticuatro horas.

(Estas veinticuatro horas se podrán alargar hasta veinticuatro meses).

Art. 4.° Nadie podrá entrar en el domicilio de un español ó extranjero residente en España, sin su consentimiento; esto no reza:

1.° Con la Guardia civil.

2.° Con las tropas del Ejército.

3.° Con los Voluntarios adictos al Poder.

4.° Ni con los municipales.

5.° Ni con los serenos.

Es decir, todo el que tenga sable, rewolver ó chuzo, con permiso del Gobierno, podrá entrar en el domicilio de un español.

Art. 5.° Si un español se resiste á que los exceptuados en el artículo anterior penetren en su domicilio por la puerta, lo harán por la ventana, por los balcones ó por la chimenea.

Art. 6.° Los guindillas y Voluntarios de la libertad, que sean carne y uña del Poder Ejecutivo, entrarán tambien por los albañales.

Art. 7.° El registro de papeles y efectos de un español se hará por cualquiera de las autoridades premencionadas, desde las dos de la mañana en adelante y á puerta cerrada.

Art. 8.° Esto supone que un español no dormirá agusto, si es liberal.

Art. 9.° Todo español podrá ser compelido á mudar de domicilio ó de residencia, hasta

á Fernando Póo, sin más sentencia ejecutoria que el tricornio de un Guardia civil ó la carabina de un Voluntario de los nuestros.

Art. 10. Nadie está obligado á pagar contribucion, que no haya sido votada por las Córtes.

(Las Córtes han tenido muy buen cuidado de imponer más contribuciones de las que se pueden pagar).

Y así sucesivamente. El Gobierno es el amo, y mientras lo sea, mandará como hasta aquí.

TÍTULO II.

Art. 32. La Soberanía reside esencialmente en... el soberano.

Art. 33. La forma de gobierno de la nacion española es la soberanía del soberano.

Art. 34. La potestad de hacer las leyes reside en el gobierno y en la mayoría, que vale tanto como decir, en las Córtes.

Y con esto está dicho todo.

¡Silencio, y á vivir tropa!

Puesto á votacion este pedazo de Constitucion, quedó aprobado.

Madrid, Palacio de mi casa.

El Constructor.

ZACARÍAS.

Hecha la precedente Constitucion de nuevo cuño, nuestros lectores nos dispensarán que hagamos punto redondo á la segunda parte de este libro.

Esto quiere decir, que concluida la segunda, lo más natural es que pasemos á la tercera, razonamiento digno del diputado neo Sr. Cruz Ochoa, que es para nosotros una verdadera autoridad *perogrullesca* en asuntos parlamentarios.

Dicho y hecho.

Fin de la *parte segunda.*

PARTE TERCERA.

MALES DEL PUEBLO.

PARTE TERCERA.

Lectores y lectoras: ahora volvemos á lo grave: la parte de Cneio Flamilso es una de las principales que han aparecido en los libros políticos: leed y os convencereis de ello.

CAPÍTULO XII.

ESPAÑA ENFERMA.

Hablemos con formalidad, amigo lector, que no todo ha de ser broma y agudezas, como las de mi amigo *Zacarías*.

Voy á dirigirte mi voz sin confesarte si es autorizada ó nó, porque áun cuando el declararlo sea costumbre inveterada, la tengo por pretenciosa y soy enemigo de ciertas declaraciones; además te la dirijo en uso de mi autonomía, y tú, que tambien la tienes, puedes por ella leer e ó cerrar el libro; como mejor te plazca; á tu eleccion:

pero te daré el consejo, y te le daré gratis, de leerme, siquiera para que sepas qué es lo que le duele á España.

A esta noble nacion de Pelayos y Guzmanes (esto último lo digo sin epígrama), de Torquemadas y Cisneros, de Daoiz y Velarde, de Empecinados y Narvaez. A esta noble tierra en la que nacen hombres para ser libres y ellos mismos se forjan las cadenas con que un aventurero audáz los ha de aherrojar despues. A esta noble y rica tierra que ha producido bastante oro para comprar el mundo entero y es más pobre que el más pobre mendigo, aunque como los antiguos tipos, oculte su miseria bajo su ferreruelo de hidalgo y la disimule orgullosamente tras de su raida pluma, que fué blanca, en algun tiempo.

Pues bien, á España le duele y mucho, el verse desgarrada, sin pronta esperanza de remedio, cuando en sí cuenta con todos los elementos necesarios ó una cura radical. ¡Cuando siente hervir en sus venas una sangre vigorosa, á cuyo benéfico calor podria deber un remedio tan pronto como eficáz, y cuando ve que á muy poca costa podria levantarse potente á una altura, que ni sería exagerada ni tampoco cosa nueva.

La nacion, que un dia impuso al mundo su lengua como idioma oficial, que orgullosa paseó su bandera por todos los confines de la tierra y que en un momento de insensata altivez dijo que en su territorio no se ponia el sol, no debe verse relegada al triste papel á que hoy la han conducido los vicios de sistemas de gobierno desacreditados y los desaciertos de políticos miserables, que en la administracion de la cosa pública no han visto más que un medio de medro personal y la satisfaccion de ambiciones tan locas como insensatas. No; España no es una nacion que, como otras, tiene que vivir de una vida prestada y ficticia; de una vida artificial, que sostenida á fuerza de habilidad política, está expuesta, trás de un desequilibrio, trás de un tratado de Utrech, al triste papel de un pueblo conquistado, de una nacion de tercer órden; si es que las naciones admiten estas ridículas clasificaciones.

Decimos ridículas, porque la esperiencia nos ha dicho en nuestros dias, hasta qué punto son falacés los juicios y las resoluciones de esa mentida ciencia de la Diplómacia. ¿En qué órden estaba clasificado el pobre Ducado de Saboya, cuando el príncipe Eugenio con setenta mil piamonteses acampaban en las puertas de París y conquistaba para su casa la ereccion en monarquía del Ducado, que en nuestros dias habia de ser el reino de Italia? ¿Qué lugar ocupaba en la mente de los diplomáticos el electorado de Brandersburgo, que hoy es la Prusia de Menheir Bismark?

España tiene vida y vida propia, porque su suelo, su cielo y su posicion geográfica se la aseguran. Porque en los destinos de nuestra pátria, podrá pesar y podrá influir de una manera dolorosa, pero no irrevocable la acumulacion de causas políticas y la presion de un destino de fuerza; pero la nacion que ha sabido siempre salvar las más grandes crísis, que al afectarla á ella, hayan afectado á la Europa entera, y que al salvarlas ha renacido de entre las ruinas de la desolacion, grande, poderosa, terriblemente constituida, puesta la mano con orgullo en el libro de su destino, puede acometer con valor la empresa, que no es difícil, de su regeneracion social y política y colocarse, ella, *motu propio*, sinó al frente, al lado de las grandes naciones de Europa; que, en último resultado, al abrir el libro de la historia han de encontrar todas una deuda de gratitud hácia España, que todavia no han pagado.

Mientras que todos los pueblos de Europa, doblando cobardemente la cerviz á las bárbaras hordas, salidas del país de la noche eterna se doblegaban á la formacion de aquel hediondo y monstruoso edificio social, que se llamó el feudalismo. España, sola y abandonada á su propio destino, salvaba la Europa y quizá al mundo de una servidumbre eterna, escribiendo una epopeya más grande que la Iliada, y que tiene su primor canto en Covadonga y su epílogo en Lepanto.

El pueblo que estas páginas ha escrito y que al escribirlas fundaba leyes y constituciones, como las que todavía

hoy son objeto de estudio, es un gran pueblo, que tiene en sí mismo el gérmen de la prosperidad moral y material y que además posee el don de gobierno.

No es un pueblo díscolo é ingobernable; no es un pueblo ardiente y apasionado, como generalmente se pretende: es un pueblo filósofo y pensador que busca la armonía política en el equilibrio de todos los poderes y en la justa correspondencia del derecho y del deber. Así este pueblo de sangre meridional, en medio de luchas increibles, tanto como interminables, cuando todavía los ingleses no sueñan en su gran carta de Juan sin Tierra, y á él modifica su *fuero ripuario*, para que esté más en consonancia con las nuevas aspiraciones equilibrando el derecho del pueblo con la invasora tendencia de la autoridad del *poder real* inventan el Justicia, cuya sola creacion envidian todos los pueblos que pretenden haber creado cosas útiles.

Pero es más: ¿podian todavía esperar las razas sajonas el establecimiento de los *meetings* en el siglo XIII?

¡Pues y los aragoneses! ese pueblo, el más liberal del mundo, calculando que la magistratura suprema debería ser ejercida por un hombre, que, sujeto á las pasiones humanas, á las sujestiones del poder monárquico, ó la cobarde presion de una situacion de terror, podria torcer en perjuicio del pueblo la vara del altísimo poder que se le confiaba, inventa una cosa más alta que el rey y que el Justicia; inventó un acto de peticion, que coloca á la insurreccion en el catálogo de los deberes sagrados del pueblo y de los derechos inatacables de la nacion! Tal es el derecho de *manifestacion*, que tenia el pueblo aragonés, cuando en el resto de Europa los señores feudales hacian que sus vasallos pasasen la noche apaleando el agua de los fosos de los castillos en que, cobardes, ocultaban su ignorancia y sus rapiñas, para que con el ruido callasen las ranas y dejasen dormir á aquellos nobilísimos carniceros de carne humana.

El pueblo que en aquella época daba tales pruebas de su aptitud para el gobierno, ¿nada ha de haber aprendido? ¿Ha

de ser hoy el objeto de la proteccion del primer príncipe ambulante, más ó menos protector de las artes, más ó menos soldado de África? ¿Ha de necesitar este pueblo de la tutela interesada y olímpica del primer escamoteador político, aunque sea sobrino de cualquier tio; ó deberá seguir por más tiempo siendo juguete de indignos políticos, que examinados á la luz de una fria razon, asusten más por la poquedad de su entendimiento, que por la pequeñez de sus miras? No lo creemos: es más; aseguramos que esto no será porque el mal de España no es incurable. España está enferma; pero no desauciada: su enfermedad es grave, pero conocemos la causa y por la sintomatología, procuraremos aplicarla el remedio: remedio que deberá ser heróico, cuando menos en su aplicacion, porque el mal, aunque no incurable, es muy grave y todavía podemos evitar la completa postracion del enfermo, contando con la increible robustez de su temperamento.

Tenemos sin embargo la grandísima ventaja de conocer la causa de la dolencia, y por lo tanto la de poder buscar el remedio. Estas causas son el fanatismo, la ignorancia, el militarismo, el despotismo, la empleomanía, y la falta de fé política. Dediquémonos á buscar el remedio de estos males y *sublata causa tollitur efectus*. ¿Es difícil el problema? Nó. Tan solo constancia y buena fé apetecemos para que, señalado el remedio, haya buena voluntad en su aplicacion, y como tenemos la esperiencia de que, cuando los destinos de la pátria los han necesitado han surgido de la más ignorada oscuridad los Floridablanca, los Ensenada, los Mendizábal y los Esparteros, digamos con confianza: *In te domine speravi*.

Al acabar de leer D. Primoroso las reflexiones de Flamilso sobre la gravedad de los padecimientos de España, cuyas causas conocemos ya en parte por los artículos *El Militarismo* y *El Doctrinarismo*, se entabló una animada dis-

cusion entre los que escucharon, y no faltó quien, como Chicharra, habló de la regencia de Prim como único remedio para salvarnos.

Todo esto sucedia en la noche del 17 de Junio, pocas horas despues de recibir el duque de la Torre á la comision encargada de participarle la fausta nueva de su elevacion al cargo de Regente del reino, con tratamiento de Alteza y derecho á ocupar habitaciones en el palacio de Oriente, y derecho tambien para que su señora, familia y amigos puedan pasar el verano en el que vuelve á ser Real Sitio de la Granja.

Como es natural, Chicharra decia que el general Prim era más á propósito para regente, sin comprender el iluso que el general Prim ha cogido muchas simpatías á la cartera de Guerra, y será difícil sacársela del sobaco.

A la sazon, las bandas militares de Madrid daban una brillante serenata al nuevo semirey, porque tambien es preciso recordar que el dia antes, la guarnicion de Madrid habia jurado de una manera solemne el Código fundamental.

Y por cierto que el general Contreras, enamorado de la buena policía que pudo observar en los regimientos de caballería, endosó un real á cada plaza, como diciendo: «Vuestro Director os dá un real porque voteis un rey: ¡ojo, muchachos!»

Y como en el ejército español han tenido

siempre más influencia ocho cuartos y medio que los intereses del pueblo, cuna de los soldados, el general Contreras debió decir por la noche al conde de Reus:

—«Los caballos están bien dispuestos.»

El comandante Chafarote aplaudia el establecimiento de la Regencia única, y prometia que antes de cinco meses, D. Cárlos y doña Margarita de Borbon serian los verdaderos reyes.

Dice el refran que cada loco con su tema, y no hay que darle vueltas.

Un judío puede hacerse cristiano.

Un usurero puede convertirse en hombre de bien.

Un carlista no cede, no se cansa, muere y le matan por su rey: sufre y se aguanta... ¡oh valor del fanatismo!

Esta es una regla general, pero dicen que en toda regla general hay Marimones.

La tertulia de la calle del Ave-María, pues, se disolvió más temprano que de costumbre, dejando para el dia siguiente la lectura de los cuatro capítulos que van á continuacion.

CAPÍTULO XIII.

FANATISMO.

I.

El hómbre es un sér esencialmente pensante, y por consiguiente, creyente. El hombre primitivo creyó en un Dios; tanto por las manifestaciones exteriores, como por el sentimiento intuitivo que le inducía á agradecer su orígen, que emanaba de una causa agente, superior á su naturaleza. Creyó en un Dios y esto le bastó.

Pero las civilizaciones posteriores, sucediéndose de una manera uniforme, introdujeron en las creencias de los pueblos modificaciones tan esenciales, que las apartaron, no tan solo del conocimiento del verdadero Dios, sinó que tambien de las nociones de la moral. Los pueblos antiguos al recibir de sus mayores las tradiciones de su raza, las desfiguraron en tales términos, que pa a ordenar en alguna manera las creencias de sus conciudadanos, inventaron las teogonías, y por consiguiente, el culto oficial.

Este ha sido el primer peligro que haya tenido frente á sí, la fé rel giosa de un pueblo.

Desde el momento en que los ambiciosos y dominadores han querido estender y arraigar

su predominio sobre un pueblo, se han rodeado de los prestigios de lo misterioso y han buscado para su raza un privilegio que, superior á todo lo humano, les atribuyese un orígen de esencia distinta y les diese un carácter sagrado. De aquí la invencion de las diferentes religiones, y por consiguiente, el nacimiento de las diversas teogonías, más ó menos poéticas, más ó ménos verosímiles, más ó menos racionales. Todas las teogonías están fundadas en dos pilotes muy robustos: el misterio y la ignorancia del pueblo.

En los tiempos prehistóricos, los pueblos unas veces pastores, otras guerreros, casi siempre nómadas, emigrando en busca de mejores climas y de más abundantes pastos, trasladando consigo la familia, los ganados y los enseres propios de su vida doméstica, trasladaban la fé y la ciencia de sus mayores, y esta, en contacto contínuo con otras ciencias de otros pueblos, fué admitiendo modificaciones y variantes que últimamente hizo perder por completo la nocion de la creencia primitiva: una vez perdida la fé primitiva y entregados á las fantásticas creaciones de los pueblos orientales, poetas exagerados, se entregaron los pueblos á las más absurdas prácticas religiosas y al establecimiento de las más peligrosas diferencias de castas y de religiones.

En medio de todas ellas, en todos los tiempos; en todas las naciones descuella una raza

especial, que nacida en diferentes países, venida al mundo con intervalos de miles de años, y profesando creencias muy remotas unas de otras, es la misma y profesa el mismo dogma.

La raza, es la casta sacerdotal. El dogma, la dominacion absoluta é incondicional.

Desde el momento en que esos hombres audaces, grandes bandidos de la humanidad, que se han llamado conquistadores, han intentado sojuzgar á un pueblo, afianzando su dominacion, han bus ado en su interés particular el auxilio del principio religioso, envolviendo á las naciones en una red, artificiosamente tejida de creencias religiosas, s jetas á un reglamento especial, que las imponia la imprescindible obligacion de creer en tal ó cual divinidad en esta ó la otra época del año, y como estas religiones y estas creencias estaban ó debian estar en armonía con la cultura de los pueblos á que se destinaban, las vemos llenas de las más absurdas y repugnantes prácticas. Prácticas, que halagando las pasiones de pueblos, que no siempre tenian nociones muy exactas de la verdadera moral, eran seguidas con un entusiasmo, que en la Roma antigua llevaron el desenfreno á un grado de que hoy, ni áun remotamente, podemos darnos cuenta detallada, y pervirtieron las costumbres hasta el estremo de hacer degenerar en el más estúpido y bochornoso sensualismo, aquella potente virilidad de los conquistadores del Lacio.

Hoy, el hombre más tranquilamente seguro de sí mismo, siente rubor en la frente al leer las escenas del *Asno de oro* de Apuleyo y encuentra natural, lógico, fatal y necesario el derrumbamiento estrepitoso de aquel espléndido edificio social, á tanta costa levantado, y cuya gloria se habia escrito con la sangre y las lágrimas de la humanidad entera. Los bárbaros no vinieron impelidos por ley alguna de emigracion, más ó menos ignorada de los fisiólogos; vinieron necesariamente llamados por las asquerosas postrimerías de aquella sociedad, que habiendo confundido los horrores del fanatismo pagano con las intransigencias exageradas de un nuevo culto, que ya tenia cismáticos en su escuela, se desgarraba inhumana y desgarraba imprudente el manto imperial, cuyos purpúreos reflejos habian contenido hasta entonces, hasta el deseo de atreverse, no á la conquista, sinó á la rebelion.

Sucede el cataclismo social, y á manera de los cataclismos celestes, produce en la ruptura de aquel equilibrio, siquiera fuese artificial, una confusicn tan espantosa, una perturbacion tan honda, un cambio tan radical, que solo es comparable al estrago que debieron producir las aguas en la terrible retirada de la Europa occidental, al producirse el levantamiento de esa escrecencia magnífica que se llama el Pirineo.

Aquella exuberante civilizacion dorada,

pero dorada á fuego, desaparece en aquel inmenso torbellino, que una ley desconocida y misteriosa empujaba hacía ya más de cuatro siglos sobre la vieja Europa. Un momento crítico le hacia falta, y este es el en que, llegado el fanatismo religioso de los gentiles al último grado de furor, desmembraba el imperio, hacía correr su sangre más pura á torrentes y encendia hogueras en todos los confines del mundo para atraer á los bárbaros con su siniestro resplandor.

Artes, industria, comercio, legislacion, poder político, máquina administrativa, organizacion judicial y militar, todo desaparece para dar lugar á nuevas creaciones tan complicadas y nebulosas como el pueblo á quien habian de deber su orígen. Una sola institucion permanece en pié y á ella ha de deber el mundo moderno, no solo su existencia, sino su preponderancia sobre el mundo antiguo. La religion, y esta es la nueva religion: la religion cristiana, la que tolera, la que no exige, la que ama.

Oculta en las oscuridades de las Catacumbas sale valiente, y con ánimo resuelto intenta apoderarse de un pueblo tan sencillo en sus creencias, como grosero en sus costumbres. Haciendo uso de una dulzura infinita y de una sabiduría superior á la de los que únicamente conocian ó pretendian conocer ciertos movimientos selectos, envueltos en los misterios de una teogonía casi naciente, introducen la reli-

gion cristiana en el corazon del conquistador y modificando sus costumbres, y dulcificando sus instintos, los reformadores se erigen en consejeros intermediarios entre aquellas naturalezas tan indómitas como groseras y el Ser Superior y desconocido, cuya existencia imperfectamente comprende aquel pueblo bárbaro y feroz, y apoyándose en el resorte de los terrores misteriosos que siembran hábilmente en sus fieros corazones, llegan á dominar por completo aquellos terribles asaltadores del mundo y se atreven á salir de las oscuras profundidades de los subterráneos, y ostentan la cruz de oro y filigrana, labrada por la mano del esclavo cristiano y que representa el símbolo de la redencion del género humano.

Los sucesores de aquellos que en el siglo IV, apoyados en un báculo de madera tosca, vestidos de un tosco tejido de palma brava, descalzos de pié y pierna y ocultando sus atravesadas y heridas manos bajo el duro esparto, temerosos de que la vista de aquellas cruentas cicatrices se pudiera achacar á vanidad mundana de aquellos grandes varones que en este atavío iban á definir á Nicea el símbolo de la Santísima Trinidad, valiéndose de su ascendiente sobre un pueblo bárbaro, grosero, brutal, ignorante y fanático, se presentan adornados con mitras cubiertas de diamantes, montando magníficos palafrenes, precedidos de compañías de arqueros y llevando á su lado heraldos con corona

señorial en la dalmática y trompeteros que anuncian al príncipe obispo, señor feudal y las más veces vasallo turbulento de un rey más ó menos débil, poco ó mucho ilustrado.

Tal es el renacimiento que la casta sacerdotal de la religion cristiana, supo hacer brotar de aquel diluvio terrible de peligros y amenazas, y de que cualquiera otra sociedad no hubiera tenido derecho á esperar más que la más completa destruccion.

CAPÍTULO XIV.

GUERRAS DE RELIGION.

II.

La Iglesia cristiana, que en las soledades de las Catacumbas habia tenido tiempo para pensar en las causas originarias de la destruccion de las anteriores civilizaciones, encontró una fórmula, que porque no era nueva y además estaba en oposicion con el orígen mismo de la nueva religion, debia entrañar una nube de peligros para lo futuro. Esta fórmula, que era la de una formidable teocracia, es decir, la del dominio de la casta sacerdotal, entrañaba el principio del privilegio de unos pocos y por consiguiente la negacion del principio democrático de la religion de que ellos solos se de-

cian representantes, cuando todos los adeptos eran verdaderos ministros.

Causas imprevistas, que ya hemos señalado, dándoles el espácio suficiente de apoderarse de una nueva sociedad, les impidió conocer su error y les alentó á seguir en su obra, más política que religiosa, y dieron nacimiento; despues luchas terribles é interminables que la historia ha señalado con el nombre de «Luchas religiosas de los primeros siglos,» á las gerarquías religiosas y á esa férula terrible que ha sido orígen de tantos escándalos y que se llama «la disciplina.» Fuerte la casta con su influencia sobre un pueblo que habia educado á su gusto, le impuso un papa-rey, con su colegío de cardenales y sus vicarios apostólicos, que repartieron los tronos y los pueblos como rebaños de corderos; perdonaron el perjurio, el robo, el adulterio, el parricidio y los crímenes más horrendos, con tal que la vanidad ó la codicia de la córte de Roma recibiesen tal garantía, como cumpliese á su desenfrenada ambicion.

Rodeado el poder religioso de todo el aparato de una formidable organizacion, despues de haber cubierto á sus obispos con las coronas de los condes, de los barones y aun de los príncipes, y á la cristiandad con las innumerables órdenes religiosas de que la Iglesia fué tan pródiga en los siglos medios, se creyó bastante poderosa para lanzar á la Europa armada sobre

los Santos Lugares á la simple sugestion de las estravagantes predicaciones de un fanático delirante, provocando las iras de una raza ardiente, fanática y conquistadora por escelencia, que tenia un pié en el viejo continente, donde luchaba constantemente con la incansable intrepidez de un pueblo tradicionalmente amante de su independencia

Este movimiento general de la vieja Europa hácia la Tierra Santa, que originó aquella loca y quijotesca empresa, que se llama las Cruzadas, fué para la teocracia religiosa un manantial fecundo de riqueza, de poder y de dominacion. No habia pecado, ni delito, ni desobediencia, ni felonía, ni monstruosidad, que no se redimiese por un puñado de oro y una gota de sangre derramada en los muros de Jerusalem.

La ciudad santa vió entrar á los sucesores de los apóstoles, montando caballos de guerra, armados de punta en blanco y con la espada desnuda y el yelmo en la cabeza, en donde el Hijo del Hombre habia entrado montado en una borrica, con los piés descalzos y rodeado de palmas y símbolos de amor y de paz. Habian trascurrido más de mil años, y por eso, sin duda, la nocion de la mision del uno y de los otros era distinta. El uno predicaba el amor y la fraternidad, y los otros entraban á sangre y fuego. El uno bebió hiel y vinagre, y los otros llevaban acémilas cargadas de agua

fresca y refrescos; el uno llevó corona de espinas, y ellos llevaban yelmos de oro, cincelados en Milan; el uno iba seguido de mujeres y niños, y ellos iban seguidos de hombres feroces, cubiertos de hierro; manchados con todos los crímenes, y que iban á dejar una sangrienta huella de su paso por aquellos sitios, que todavía repiten el *Hosanna* de las hijas de Jerusalem; el uno, en fin, habia, en aquel sitio, redimido al hombre, en nombre del derecho nuevo, y ellos iban en uso de la fuerza, á despojar á quien á ellos ninguna ofensa les habia inferido, si no es el haber despreciado las arrogantes exigencias de un fanático delirante.

¿Cuál fué el resultado de aquella loca empresa? Bien distinto de todo lo que se pudiera haber imaginado. El nacimiento de una órden de frailes soldados, mitad religiosos, mitad caballeros andantes, que pasando el tiempo debia dar ocasion á la Iglesia de cometer la más monstruosa de las iniquidades, el más infame de los procesos, y el más descarado robo que haya presenciado la historia. La Iglesia debe guardar con respeto la memoria de Clemente V, asesino de los Templarios, y primero de los Papas de Aviñon. El nombre de Bertrand de Goht, es el de uno de los mayores enemigos de la Iglesia. Otro movimiento singular debe su orígen al loco y sublime delirio de las Cruzadas. De él se puede decir que salió aquel es-

píritu democrático que, dando orígen á las incipientes municipalidades, debia tener fechas como 1790, y representantes como Marcel y Pethion.

Exaltado el sentimiento religioso y puesto en relieve, al ser comparado con otras creencias, surgen sectas, y enfrente de ellas surgen órdenes monásticas, que en su exajerado fervor y en su deseo de hacer gala de obediencia al Papado, hacen converger al Occidente las exajeraciones de la intolerancia, y predicando la Cruzada en Europa misma, inundan el Medio-día de la Francia de soldados bárbaros y feroces, que mandados por un infame aventurero, y conducidos por un fraile estúpidamente fanático, cubren de sangre y fuego los condados de Tolosa y de Bezieres y los vizcondados de Alby y de Auch. En nada cede el furor de los nuevos cruzados á los horrores de la persecucion romana de los primeros tiempos del cristianismo, y los muros de Nimes y Carcasona y la ciudadela de Bezieres presencian escenas, cuyo relato, por su autenticidad histórica, no podemos rechazar, y que, sin embargo, repugnan á la razon.

El nombre de Simon de Monfort y el de Domingo de Guzman, mezclados al del legado Milon, resuenan hoy todavía con horror en todo el Rosellon. La consecuencia inmediata de esta cruzada de cristianos contra cristianos, fué la que siempre se desprende de toda guer-

ra religiosa; la desolacion, la rapiña y la muerte; pero la pureza del sentimiento religioso no salió de esta terrible matanza, que se llama la guerra de los Albigenses, tan triunfante como esperaban los autores de la Cruzada; en cambio salió de ella la Orden de Predicadores; es decir, los Dominicos; es decir, la Inquisicion.

Este nombre, que áun hoy, que solo conocemos, porque la tradicion histórica nos ha conservado con pavorosa reserva para darnos á conocer todo lo que habia de misterioso y terrorificamente horrible y tenebroso en su organizacion, no es de la esclusiva y peculiar invencion del fraile español de que tanto se envanece la Orden rival de los Jesuitas. Todos los reyes, todos los grandes vasallos, todos los señores feudales poseian en su córte, en su palacio, en su castillo, en su madriguera almenada, una cámara especial con un ministro propio para someter á sus enemigos á los más duros tratamientos. La cámara era la cámara del tormento, y el ministro el conde de los notarios: los oficiales de esta cámara, el verdugo y sus sirvientes, y el lecho, el potro.

Santo Domingo de Guzman, en su increible exageracion y en su furiosa exaltacion, se creyó llamado por Dios para estirpar las herejías, y en lugar de legarnos grandes obras, como San Agustin y Santo Tomás, nos legó la Inquisicion y sus hogueras.

Cada vez más robustecido el principio de incontestable autoridad del Pontífice, se hizo la Iglesia más exigente y más intolerante, y toda la cristiandad no fué más que una inmensa hospedería, en la que tenian derecho de libre entrada y residencia todos los que vestian cogulla. Los reyes, representantes del derecho divino, tuvieron sus reinos por la buena voluntad de la córte de Roma: los vasallos se vieron mil veces absueltos de los más solemnes juramentos de fidelidad á sus soberanos, y conminados despues otra vez á la misma fidelidad, no solo porque su soberano y señor natural habia satisfecho la intémperante y satánica vanidad de un Papa que habia exigido de él un Emperador que hiciese penitencia pública tres dias á la puerta del palacio del Papa, desnudo, descalzo, con una soga al cuello y un cirio verde en la mano. ¿Y luego? Este mismo, terrible, airado penitente, conduce prisionero al mismo Papa, y el Pontífice entonces, cobarde y humillado, no lanza sobre su airado enemigo ninguna de aquellas tremendas excomuniones, cuya sola lectura hiela la sangre en las venas, al considerar que se pueda maldecir con tanta ira, con tanta saña, con tanto encarnizamiento en nombre de Aquel que perdonó á los que le crucificaban.

Entregados los Papas por completo á las insensatas ambiciones del poder temporal, y empleando los medios de accion de la más te-

nebrosa de las políticas, de la política italiana, se ven envueltos en luchas y guerras, no religiosas sino políticas, y necesitan auxiliares que no les cuesten dinero y les robustezcan en sus dos poderes, espiritual y temporal. Llueven sobre el mundo católico órdenes religiosas, congregaciones y medios de exaccion.

La córte de Roma es un abismo sin fin, en cuya insondable sima van á perderse los tesoros de la cristiandad, y la cristiandad asombrada, sintiendo la fiebre del pensamiento que la conduce al exámen, hace un alto y discute. Truenan las iras del Vaticano, pero es tarde. Ha brotado la chispa de la tempestad y esta chispa vá á incendiar al mundo; un resorte desconocido ha caido en poder del hombre, y este resorte, de templado acero, posee una fuerza para cuyo cálculo no hay logaritmo.

Arquimedes buscó un punto de apoyo, tal como él le necesitaba para apoyar la palanca que debia remover al mundo. Lo que Arquímedes buscaba estaba hallado, porque la palanca ha existido siempre; esto es el pensamiento: el punto de apoyo lo halló Guttenberg. ¡Dios bendiga tu nombre, como le bendicen los hombres á quienes has dado la más terrible de las potencias que pueda manejar la inteligencia humana! ¡La imprenta!

Hacia algun tiempo que un monje, hasta entonces desconocido é ignorado, habia hecho un descubrimiento casual é imprevisto y que

debia trastornar la faz del mundo. Berthol Schultz, natural de Friburgo, ansioso de arrancar á la ciencia hermética el anhelado secreto á quien debe tanto la humanidad, buscando la piedra filosofal que le permitiese trocar en oro todos los metales, ó mejor aún, fabricar oro, con los simples habia combinado el salitre con el azufre, obteniendo una pasta amarillenta que se le solidificaba prematuramente: entonces el buen monje, sin hacer caso de las fórmulas de Paracelso y de las reglas enigmáticas de Alberto el Grande, tuvo el feliz pensamiento de hacer maleable y sólida su pasta mezclándole el más puro de los simples, el carbon, y vuelta al fuego la mezcla obtuvo el más estruendoso de los inventos y el más grande auxiliar de la actividad humana: La pólvora.

A un fraile oscuro y sábio deberán los pueblos el elemento con que primero derrumbaran el inextricable laberinto del edificio social, y más tarde, escribiendo el derecho nuevo, el derecho del hombre, derribarán las monarquías obligándolas á datarse de una nueva era. Desde aquel dia, á los hombres cubiertos de hierro opónense los arcabuceros, vestidos de simple búfalo, y á las hogueras del Santo Oficio se oponen los cañones de los republicanos franceses.

La Europa, conmovida con estos dos increibles inventos que demuestran la incansa-

bilidad de la inteligencia humana, hace alto un momento, porque un rumor terrible, y que debia ejercer una inmensa influencia en la marcha progresiva del viejo mundo, ha llegado á sus oidos. El caduco imperio de Oriente ha caido hecho pedazos ante la cimitarra turca. Los Papas, que antes lanzaron á la Europa sobre el antiguo Egipto á la voz ronca y quizás interesada de un pobre fanático, encuentran ahora más cómodo volver contra los príncipes cristianos el ejército que Scanderberg debia conducir al socorro de Constantinopla. Los sábios griegos se refugian á Italia y llevan consigo el gérmen y el gusto de las letras griegas. Una nueva luz vá á brillar, y los cronólogos cierran en sus anales la época que se llama la Edad Media, para empezar á escribir los hechos del Renacimiento y las terribles guerras religiosas de la Reforma. La Europa descansa un momento porque há menester de todas sus fuerzas: tiene que emprender una lucha que no solo durará siglos, sino que quizás, al ménos en España, se esté preparando en estos momentos para librar su última batalla.

CAPÍTULO XV.

RENACIMIENTO.

III.

Al terminar esa época que todavía no ha sido contada ni cantada como debe serlo, y que no tiene igual en la historia del mundo; de esa época que espera todavía un Homero que la legue á los siglos venideros, para que estos aprendan con respeto, que ha existido un pueblo que nunca ha consentido dominacion alguna extranjera, se encuentra España en una situacion que debe examinarse muy despacio para apreciar como se debe la vastísima preponderancia de la casta sacerdotal.

Una nacionalidad incipiente, que cuando podia empezar á sentir el influjo del planteamiento del mecanismo feudal, se vé inundada por el irresistible torrente de los sectarios del Islam, y víctima, en un momento de estupor de la invencible dominacion de los hijos del Diemen, ve sus ciudades arrasadas, sus campos talados, sus hijos cautivos y sus tesoros arrebatados; no podia olvidar que era el país donde habian tegido sus coronas los Viriatos y los Sertorios, y enarbolando el estandarte de su independencia, y desnuda su temible espada, se lanza á la pelea con aquel indomable valor que

debia verse coronado despues de 800 años de tiránica lucha, con el satisfactorio éxito de una nacion independiente de 25 millones de almas, pesando de una manera temible en los destinos del mundo y llevando su esforzado aliento á horizontes no conocidos aún, y domando en su arrogante brio á los más procelosos mares.

Al librar la última batalla á los dominadores de España, se encontraban al frente de Granada dos monarcas, grandes, fuertes y piadosos. En uno solo habian reunido los antiguos reinos y al sitio de la almenada ciudad del Darro, concurria todo lo más noble, lo más rico y lo más fuerte de la nacion; porque habia llegado la hora y el destino de España debia cumplirse. Por último, Fernando é Isabel reunieron á los castillos y las barras la rica Granada, que ostenta el gran escudo de España, y la pátria de Pelayo, que tenia su horizonte á dos leguas del pavés del fundador de la independencia se constituyó en la nacion, entonces más grande y más poderosa de Europa.

Polonia de Occidente habia luchado durante ocho siglos, al mismo tiempo que por su independencia, por la independencia de Europa y la habia salvado, como muy pronto debia volver á salvar en el golfo de Lepanto. Más afortunada, como más juiciosa, que la pátria de Jagellon debia orgullosa llevar su gloriosa nacionalidad al suelo mismo de sus antiguos invasores, para venderles una paz altiva y

plantar su enseña victoriosa en los muros de Tetuan.

¡Pobre Polonia! tú has visto tus hijos cargados de cadenas y conducidos por el látigo de los cosacos, y en tu Ciudad-Real han dictado leyes y borrado tu nombre, tus antiguas y humildes provincias el ducado de Moscou, el patrimonio de tu rebelde vasallo el gran maestre del órden teutónica y una parte del feudo de Enrique el Pajarero. Tus provincias son hoy tus verdugos, y se han repartido tu manto real, hecho girones por un mal polaco y una meretriz imperial. Ya no irán tus hijos á arrojar á Kara Mustapha de los muros de Viena, ni á pedir á Paulo III reliquias de mártires. Todos tus hijos lo son, y el polvo que cubre tus nevadas llanuras, es tierra bendita, de donde Dios y el ángel de Polonia harán brotar un nuevo Juan Sobieski, que clave tus águilas un dia vencedoras, sobre los muros del Kremlim y reivindique la antigua dote de los Jagellones, la Lithuania, que no es rusa de buen corazon. Dios y la constante simpatía de los pueblos libres te devolverán tu independencia, que es lo menos que pueden hacer, para pagarte tus generosos esfuerzos para contener un enemigo invasor, que, sin tí, hubiera devorado la civilizacion moderna. ¡Dios bendiga tus sufrimientos, y maldiga á los que desgarran tus puras entrañas!

Entregados los españoles por completo al

incansable afan de su reconstitucion, y siempre en una guerra contínua, con un pueblo cuya actividad conquistadora obedece á un principio fanático religioso, agotando toda clase de recurso y no encontrando, ni buscando más ayuda que la de sus esforzados brazos, debieron necesariamente mantenerse, en algun modo estraños al movimiento político, social y religioso del resto de Europa, únicamente ocupados de la ansiada expulsion de los árabes. Y en esta empresa jigantesca y solamente entregados á sí mismo, estrecharon las distancias y borraron ciertas diferencias sociales, que mientras en España hubo árabes no se dejaron sentir y que en las demás naciones conmovian el edificio social.

Porque nosotros nunca confundiremos comparándolas, las germanías y las asociaciones de los homecillos, con las insurrecciones de los pastorcillos y con la Jacqueria francesa que, ensangrentando al país, contribuyeron á endurecer más y más las cadenas que pesaban sobre los villanos.

En España las sacudidas han sido casi insensibles, y el principio democrático es muy antiguo y ha tomado carta de naturaleza, desde antes de la dominacion goda.

El rey abria la campaña y apellidaba la tierra, y los señores acudian con sus mesnádas y peonadas, y como este llamamiento era contínuo é incesante, no habia recursos pecunia-

rios que bastasen, y muchas veces los señores obtenian la ayuda de los pecheros y villanos, relajando derechos y otorgando franquicias y privilegios que convertian los lugares en villas libres, y áun con voto en Córtes.

La algara era tolerada y legal, y todo lo que se tomaba á escala franca y dentro del término de la correría, formaba el dominio del conquistador. Pero este tenia que poblarla, y como una repoblacion era cosa muy comprometida, en aquellos tiempos era preciso conceder franquicias é inmunidades y dotar de compañías de armas á las plazas conquistadas; y para defenderlas y sostener las nuevas fronteras, fueron formándose las insignes Órdenes de Caballería que, á imitacion de las del Temple, de los Hospitalarios de San Juan, de los caballeros teutónicos, se componian de caballeros, mitad monges, mitad soldados, pero que siempre tenian la espada desnuda y la bandera al viento, y reconocian una organizacion más religiosa que política, más militar que social, pero eminentemente patriótica en su fundacion.

Los reyes tenian sus establecimientos militares; los señores sus mesnadas; las villas y ciudades libres sus compañías de armas, y todos eran militares, porque la necesidad de la pátria y el espíritu de la época así lo exigian. Así es que, cuando la varonil Isabel y su gran político esposo pusieron sitio á Granada, lo

hicieron al frente del más escogido y valiente ejército que entonces hubiese visto la Europa.

Granada fué tomada; y al pié de la torre del Homenage, se fundó aquella robusta monarquía, cuya espada debia pesar tan duramente sobre los demás pueblos, y cuyo fanatismo religioso iba á inundar de sangre la Europa y la América, exclusivamente fundada en el prestigio militar y religioso.

La monarquía española, salida de los campamentos y que habia peleado tantos siglos por su fé religiosa, tanto como por su independencia, tenia naturalmente que conceder una altísima influencia en los destinos al elemento teocrático, y se lo concedió tan ámplio, que el clero llegó á fundar un Estado dentro del Estado; pero un Estado irresponsable, absoluto y avasallador: un Estado intolerante é intransigente que, prescindiendo de toda idea de patriotismo y de conveniencias política y económica, llevado tan solo de la exageracion de su influencia incontrastada y pretendiendo depurar los principios de la religion católica, expulsó á los moriscos y luego á los judíos, sin calcular que expulsaba de España el saber, el comercio y la riqueza agrícola. La quema de la plaza de Bibarambla iguala en barbarie á la de Alejandría, y los cardenales españoles hicieron tanto daño á España, como los generales de Omar al mundo.

Lanzados por este camino, no se detuvieron al principio de él, y despues de fundar el más terrible y ominoso de los tribunales, inundaron á España de conventos y de frailes; asombrándola con el espectáculo de sus procesiones y horrorizándola con el resplandor de sus hogueras. Todas las grandes ciudades tuvieron su Quemadero, y una tenebrosa organizacion envolvió á toda la monarquía en sus asquerosos anillos. No hubo cosa sagrada para el clero: todo lo intentaron; á todo se atrevieron; desde el rey, que llevaba estúpida é hipócritamente el primer haz de leña á la hoguera que debia consumir las inocentes víctimas de la saña de aquellos inmundos frailes, hasta la colosal figura de aquel Biareo del saber humano, que se llamó Galileo, todo les estaba supeditado. En todo intervenia un inquisidor. Ellos tuvieron un ejército que se llamó el ejército de la Fé, y hasta tal punto fanatizaron al altivo pueblo español, que los nobles más ilustres ostentaban con orgullo el hediondo y bajo título de alguaciles del Santo Oficio.

Y la religion, con estas exageradas aberraciones, ¿salia triunfante ó más pura de los rudos embates que la dirigian los cismáticos? En todas partes hombres que, inmerecidamente, pasaban plaza de doctos, celebraban conjuros para arrojar los demonios del cuerpo de tal ó cual doncella de *perversa honestidad*, como decia el gran satírico, ó sentenciaban una marrana

ó una cabra, acusadas de hechicerías, y formaban causa á una campana ó sentenciaban á un sapo, con otras tan repugnantes monstruosidades, que por último, un grito de indignacion general resonó por toda Europa, y la Iglesia de Roma, desprestigiada, combatida y asustada, tuvo que lanzar de nuevo los rayos de su ira, que no las censuras de sus doctores.

Toda la Alemania y mucha parte de Francia sintieron un estremecimiento convulsivo, que traduciéndose en hechos prácticos, las colocó en una lucha mortal con el papado que apeló á los mayores rigores y llamó en su ayuda la espada de sus más leales defensores.

España no podia ser sorda al llamamiento. Un rey, pequeño de cuerpo, grande de alma, que incubaba en su pensamiento la idea de la dominacion universal, no podia dejar pasar desapercibida la ocasion. En el momento que Enrique VIII, de Inglaterra, el defensor de la fé en otro tiempo, se declaraba independiente de Roma y fundaba la Iglesia Anglicana, Cárlos V desenvainaba su espada fulgurante, declaraba la guerra á los protestantes alemanes y reunia el concilio, tan famosamente celebrado, de Trento.

Este concilio, es verdaderamente el programa político-religioso del César español. Hacia ya mucho tiempo que Cárlos V, que veia su influencia en Alemania contrabalanceada por la de los príncipes reformados, instaba por la reunion

de este concilio, que no tuvo lugar hasta el 9 de Diciembre de 1545.

El papa reinante á la sazon, Paulo III, que temia ver renacer en este concilio el espíritu de independencia de los de Constanza y Basilea, habia retardado su reunion cuanto habia podido; pero el escándalo que la cristiandad presenciaba en estos momentos, era ó podia ser contrario á los intereses de la Iglesia, y no habia otro remedio sino reunirlo.

Con efecto, Paulo III tenia un hijo, Pedro Luis Farnesio, y siguiendo la escandalosa costumbre de la época, el Papa no perdonaba medio porque su hijo llegase á ser un potentado en Italia; dió obispados y arzobispados á sus nietos de edad de ocho y doce años, hijos de Pedro Luis. Con estos actos y la violenta conducta de su hijo, que sobrepujó á los Borgias por la enormidad de sus vicios, sublevó al alto clero contra su autoridad y el prestigio de su familia. Contarini, su consejero, murió de dolor; y Pedro Mártir Vermigli y el general de los capuchinos Ochino se hicieron protestantes. El mismo Paulo, irritado contra Cárlos V porque no favorecia el engrandecimiento de Pedro Luis, se alió con los protestantes y hasta con el turco contra el emperador; pero viendo que el estrago era grande, mandó, por último, reunir el concilio, y áun inspiró á Carraffa el espíritu de las decisiones.

No pretendemos hacer la historia de este fa-

moso concilio que pretendió ser el único representante de la Cristiandad y que estaba compuesto por unos sesenta prelados italianos y españoles y tres jefes de la ya terrible Compañía de Jesus, nacida algunos años antes; poca enseñanza pudieron deducir de él las almas verdaderamente cristianas. Desde las primeras sesiones el mundo se escandalizó, viendo excluidos de él á varones muy piadosos y muy doctos, como herejes; pero en realidad porque eran contrarios á los intereses de la casa de Austria; en la segunda sesion de él, dos prelados vinieron á las manos y decidieron la cuestion de esta manera poco conveniente.

Este concilio decretó que todos los libros de la Escritura son igualmente santos é inspirados por Dios; que la Vulgata es la sola version auténtica de ellos y que la obediencia de los fieles es de regla absoluta. Fundó la dominacion sin contradiccion de la casa que tenia por divisa A. E. I. O. U. (1), y estableció la forma del catolicismo que es la que ha afectado hasta hoy.

Tal fué la obra del concilio tan decantado de Trento, cuya influencia para lo futuro debia de ser tan grave como la de las *Decretales famosas* de Graciano.

---

(1) A, *Austria*; E, *est.*; I, *imperare*; O, *orbi*; U, *universo*.

CAPÍTULO XVI.

LA REFORMA.

IV.

Ochocientos años de lucha, sostenidos por el instinto de la nacionalidad y por la defensa de la fé de sus mayores, habian exaltado el sentimiento religioso en España, llevándole, en ocasiones, á escesos lamentables. Es cierto que en nuestro país no habiamos tenido apenas noticia de las guerras de los albigenses, de los vaudeses y de los reformados; es cierto que nosotros no tuvimos dragonadas como las de Louvois, ni incendios como los del Palatinado, ni guerras como las de la Valtelina, ni sitios de Praga, ni tambores hechos con la piel de los nuevos apóstoles de las nuevas religiones.

Pero tuvimos matanzas de judíos en varios puntos de España, que sugeridas por el fanatismo que no discutia de frailes exagerados, eran fomentadas por la codicia de reyes, siempre en penuria y llevadas á cabo por un populacho tan ignorante como soez, que hubiera hecho lo mismo con los mismos discípulos del Crucificado, si los hubiera tenido á mano.

Acostumbrado el pueblo español á ver á sus prelados, cubiertos de coraza y capacete, precedidos de su bandera y sú mesnada, y á aquellas brillantes religiones militares, llamadas las cuatro Órdenes, tan pródigas de su sangre como acaparadoras de riquezas, estaba bien preparado para recibir el nuevo sistema en que debia fundar su dominacion aquella terrible casa que estaba destinada á matar las libertades españolas. Siempre ocupado el pueblo en defender su hogar, no tenia tiempo material para oir las controversias religiosas que al otro lado del Pirineo suscitaban los que fundaban el libre exámen. ¿Qué le im-

portaba al pueblo español la intrusion del poder romano, si sus reyes alanceaban á los legados, les cortaban la lengua ó ponian sitio y tomaban por asalto la ciudad eterna?

¿Qué le importaban al pueblo de Pelayo las disputas teológicas de Vorms y de Génova, si él todavía no habia tenido tiempo bastante para distinguir las diferencias esenciales de su creencia, de la de los árabes y los judios? Él no sabia más sino que adoraba á un solo Dios, y que el mismo Dios habia dado su sangre en el Calvario por redimirle; todo lo demás eran sutilezas teológicas; todo el que no creia esto, era pagano; pura y simplemente pagano, tuviese la nacionalidad que quisiera, y perteneciese á cualquiera raza de las que habian señalado su paso por la Península. Su Dios, su rey y su pátria: de esto solo entendia el pueblo español.

Su Dios, que era su religion; la religion de sus mayores, sus creencias de niño; llenas de fábulas, de consejas y de supersticiones groseras, trasmitidas de generacion en generacion y que tendian á materializar la idea del Sér único, y que el clero de la época, ó no estaba en el caso de esplicar y destruir, ó no queria porque no le conviniese para sus planes futuros de dominacion, por el terror supersticioso.

Su rey, es decir, su nacionalidad y el caudillo que, desenvainando su valiente espada, habia reculado las fronteras, expulsado á un enemigo, siempre invasor y habia fundado la unidad nacional. Un soldado como él, que aunque cubierto con un arnés de oro y filigrana, habia dormido bajo el estrellado techo como él, y como él habia comido pan y ajos crudos en un dia de penuria. Un señor, algo más poderoso y altivo que los otros señores, y á quien todos pagaban pechos, y á quien todos, sin duda, podian pedir justicia, aunque no siempre obtenerla. La idea del más fuerte, del más valiente y del más caballero, este era el rey; el capitan de los capitanes; el caudillo de todas las mesnadas; el primer soldado de la pátria y la primera espada desnuda que el enemigo en-

contraba puesta al pecho de sus peones al salir á campaña. El rey y el pueblo estaban muy cerca uno de otro; se buscaban recíprocamente, y mútuamente se ayudaban y apoyaban.

El rey apelaba al pueblo contra las invasiones y turbulencias de la nobleza, siempre turbulenta, ambiciosa y desleal, y el pueblo apelaba al rey contra la nobleza, siempre cruel, dominante y perjura. En estas contiendas, el clero era el juez de paz que celebraba la última conciliacion.

Pero curial verdadero, nunca trabajaba de balde, y cobraba de las dos partes litigantes, y el número de abadías, de colegiatas, de monasterios, de conventos y de fundaciones religiosas de todos géneros, crecia de una manera tan prodigiosa, que amenazaba absorber á la nacion entera.

La pátria, para el pueblo español, eran sus derechos conquistados valientemente, ó recibidos como donacion graciosa en premio de sus servicios y de su constancia, en una época en que se necesitaba alentar con grandes alicientes de libertad, de franquicia, de fuero y hasta de hidalguía el valor de venir á repoblar las ciudades tomadas á los moros, y que despues de un largo sitio, habian sufrido todos los horrores de la guerra. Estas libertades, estos fueros, estas franquicias y exenciones, que dieron orígen al nacimiento de las villas y lugares libres, y luego villas con voto en Córtes, fueron el verdadero orígen de la nacionalidad española, que aunque brutalmente maltratada en Villalar, ha sobrevivido para ser el pueblo del Dos de Mayo.

En este punto, y encontrando al pueblo español en esta situacion política, viene por alianza á reinar en España la casa de Austria, que oriunda de un simple halconero, debia desde su nido de buitres extender su dominacion por todo el orbe y hacer sentir por muchos años, á la Europa asustada, el peso poderoso de sus armas invictas. El primero de sus reyes, figura colosal que no pudo

soportar el mundo, y que necesitó de las estrecheces de un claustro para apagar los sombríos fulgores de aquella alma terrible, fundó un poder que él creia que era el cimiento de una fortuna colosal y que en manos de sus imbéciles sucesores debia caer derrocado á pedazos como juguete que agita el viento.

Cárlos I, proclamándose el campeon de la Iglesia romana y estirpador de la herejía, fundó en España un poder sombrío, cuyo programa era el Concilio de Trento, cuyos Ministros eran los inquisidores y cuyo resorte era el fanatismo, hábilmente exaltado y esplotado. Primero los judíos y luego los moriscos fueron los objetos de diversion para el pueblo y de vida para el más terrible de los tribunales de que haya dispuesto el más absoluto de los poderes.

Pero una vez expulsados los judíos, los moros, los moriscos y hasta los judaizantes, era preciso que el tribunal funcionase siempre y que hubiesé riquezas que repartir para las necesidades de las nuevas fundaciones religiosas, que diariamente nacian bajo la inspiracion sombría de aquel rey tenebroso, á quien se ha llamado el Tiberio del Mediodía, y que segun amontonaba fundaciones piadosas, debia de tener grandes y terribles cuentas que saldar con Aquel á quien nadie engaña.

La obra, en el reinado del Escurialense, fué completa. El clero lo dominó todo, escepto aquella terrible voluntad que en su letal frialdad lo mismo sacrificaba hijos que hermanos, ministros que mancebas, pueblos que conciencias. Todo lo invadió el clero, todo lo absorbió; poder, ciencia, gobierno, artes, comercio, industria, ejército. Nada resistia á su sombría investigacion, y al anuncio de una procesion de la Fé, todos tenian *luto en el corazon, llanto en los ojos.*

El título más preciado era el de familiar del Santo Oficio; el más honorífico, el de alguacil de la Fé; el más terrible, el de inquisidor general. ¡El mismo rey asistia á sus horrendas hecatombes y llevaba el primero su haz de

leña á la hoguera! ¡Y más de una vez aquellos inmundos y carnívoros frailucos se atrevieron á arrostrar las iras de los reyes, de una dinastía que obligaba á los ministros á estar de rodillas mientras despachaban! ¡A tanto llegaba su osadía y tanto merecia tan estúpida condescendencia.

Legítima consecuencia de esto fué la despoblacion de España, su esterilidad y su pobreza, sin embargo de que nosotros fuésemos el canal por donde no hácia más que pasar el oro de América para alimentar ejércitos en el extranjero y fabricar custodias en las catedrales y en los conventos, mientras el pueblo no tenia pan; y á tal grado llegó la miseria y la pobreza de este desventurado y achicharrado pueblo, que la España de los Reyes Católicos despues de ochocientos años de una guerra de reconquista, contaba veinticinco millones de almas, y la del imbécil é idiota Cárlos II, último de la casa de Austria, tan solo contaba siete millones. Felipe II habia sostenido cuarenta guerras con cuarenta y tres ejércitos, y el tribunal de la Fé habia concluido la obra de despoblacion de España que en este reinado tuvo; entre España y Ultramar seiscientos cincuenta arzobispos y obispos y un millon doscientos sesenta y cuatro mil personas pertenecientes al clero. Si estos datos nada significan, entonces la ciencia social está en mantillas.

La casa de Borbon, que en Francia, apoyándose en los jesuitas, únicos que podian consentir las inmundas bacanales y los hipócritas y cobardes arrepentimientos de aquel tirano con peluca que revocó el edicto de Nantes, asoló el Mediodía con las brutales dragonadas del Delfinado y los incendios en masa para satisfacer las asquerosas devociones de aquella vieja beata, marisabidilla de guardilla, criminal instrumento de ese terrible elemento que se llama la Compañía de Jesus y deberia llamarse la cuadrilla del diablo, si este pobre ángel rebelde no se creyese deshonrado con el compadrazgo. Siguiendo las tradiciones de la política austriaca y los instintos de familia, y

dominado por la princesa de los Ursinos, vergonzante aventurera al servicio de los hijos de Loyola, en nada disminuyó Felipe V la influencia del clero, antes por el contrario la enriqueció con mil donaciones y construcciones fastuosas como todas las de su época, aunque el gusto sea nocivo y detestable, y concedió tan ámplia parte á los jesuitas, que estos dominaron todo, y hubieran llegado al esceso, á no contenerlos la rivalidad de los dominios.

El pueblo, en tanto, sumido en la más bárbara ignominia, habia presenciado con estupor el desastre de Villalar que preludiaba la usurpacion de Zaragoza, y más tarde lás terribles escenas de Santa Coloma en Barcelona, y despojado de todos sus derechos yacia en la abyeccion, sin que le sacáran de este estado de profunda postracion las sátiras y las invectivas de aventajados ingénios, que muchas veces pagaron bien caros sus humos de censores. Ni los motines de Celamare ni Squilace lograban conmoverle, ni la espulsion de los jesuitas. Aquella antigua bravura castellana, aquella fiereza aragonesa, aquella indomable arrogancia catalana eran solo un recuerdo. España era un pueblo de frailes y lacayos, de conventos y cuarteles, de cortesanas y rufianes. Las ideas de la moral, del valor, de la antigua altivez castellana habian llegado á ser un mito. Tal cual varon docto salia de las universidades de Salamanca y Alcalá, pero siempre sus escritos estaban sujetos á la más meticulosa, intencionada y ridícula censura, mientras los frailes tenian libertad de escribir toda suerte de libros, las más veces, verdadero tiempo perdido; obras que nada enseñan y que no hacen más que dar á entender la pequeñez de las ocupaciones de las ociosidades del cláustro.

Al lado de grandes obras hemos visto un Tratado de Crotalogía ó arte de tocar las castañuelas, escrito por un fraile mercenario, que no hacia falta, por cierto, en el mundo, y un Exámen crítico de las cuentas de la Cámara de Cóntos de Navarra, en cuyo libro el monje que lo escribió, se estasía ponderando el buen gobierno de las rei-

nas de Navarra que hacian poner mangas nuevas á los justillos viejos de las princesas, sus hijas.

Este era el pueblo español, y este el estado á que le habia conducido el fanatismo religioso, establecido por la teocracia fundada por la casa de Austria y sostenida por la de Borbon, es decir, el despotismo dando la mano al fanatismo y apoyándose mútuamente. Ni caminos, ni canales, ni escuelas, ni alumbrado públicó, ni higiene, ni moral, ni religion. Corrupcion, mancebías y conventos; ignorancia y fanatismo; pobreza y orgullo; el rey y el fraile; la pátria, nunca; el pueblo no existia; esclavos, muchos; todos los que no eran frailes, y entretanto la nacion dormida, envuelta en sus andrajos.

Pero un estruendo terrible la despertó, como despertó á la Europa entera. La Bastilla, terrible edificio, guardasellos del absolutismo francés, acababa de caer á impulsos de un pueblo que tenia la osadía de decir que servia para algo más que para dar hijas que fuesen infamemente deshonradas en el Parque de los Ciervos.

Este edificio que se venia al suelo á impulsos de la cólera popular, y que para España presagiaba dias análogos, no era un edificio cualquiera; no era la antigua fortaleza donde encerraba Luis XI á sus enemigos particulares y donde se encerraba el Obispo de Paris para defenderse del Conde de Paris, orígen de los Capetos, era el edificio feudal, á cuya sombra se habia engendrado y crecido el principio de la monarquía absoluta que habia hecho enmudecer la voz de los procuradores del pueblo y arrojado á latigazos á los parlamentos. Era la sociedad carcomida de la edad media que huia asustada ante la luz de la razon; era el derecho de los reyes que hacia plaza al derecho de los pueblos; era, en fin, el derecho divino que por primera vez rendia pleito homenaje á los derechos del hombre. España, en el primer momento, no sintió el golpe; pero la conmocion era tan violenta y el cambio que introducia en los sistemas políticos tan radical, que no debia de tardar en producir sus frutos.

Tras de una guerra de seis años, en la que, como en todas en España se involucró lo divino y lo profano, Dios y el rey, el clero acaudilló al pueblo y escitó no su sentimiento pátrio, sino aquel innato valor que de tan pocos elementos necesita para brillar, siempre nuevo y siempre esplendente, y que tantas dominaciones ha impedido en esta tierra clásica de la libertad. Los franceses fueron arrojados como lo habian sido en el siglo octavo, y el rey deseado volvió á España.

Dia de luto y desolacion fué aquel en el que el infame é ingrato discípulo del canónigo Escoizquiz pisó el suelo de la pátria. De una sola palabra, aquel rey que como hombre habia sido mal hijo, ciudadano cobarde y caballero desleal, y como príncipe, rey ingrato, príncipe rebelde y desertor cobarde, anuló todo cuanto se habia hecho en los seis años anteriores, y la nacion no anuló lo único que debia haber anulado; su exaltacion al trono.

Apoyándose en el clero que no queria abrir los ojos á la luz de las nuevas ideas, y no acordándose ya de las teorías que pudieran haber venido montadas á la grupa de los cañones franceses, organizó una persecucion sistemática contra los liberales españoles, exarcebada con las decisiones del Congreso de Viena y el de Leybacch.

Pero era tarde; el espíritu moderno y las tendencias filosóficas habian invadido la Península, y aunque el pueblo indocto no se diese cuenta de este movimiento intelectual, hombres grandes y de una abnegacion sin límites, trabajaban para él en la sombra y le preparaban mejores destinos. Organizábanse sociedades secretas y cundia el espíritu nuevo, pero no era dolorosamente entre el pueblo, en donde habia que ir á buscar los adeptos de la idea nueva.

El pueblo español, embrutecido bajo la influencia monacal, no pedia más que pan y toros, y dejaba ahorcar á los liberales, hasta que las nuevas ideas hicieron esplosion, porque ya era imposible contenerlas. Todo lo que en España pensaba y representaba algo en las letras, en las

armas, en la magistratura, se sentia oprimido por una atmósfera fétida y hedionda qne, llevándonos en el camino de la barbarie á un grado exagerado, nos equiparaba á los marroquíes. La nobleza española de aquella época y el pueblo eran liberales y permanecieron unidos al trono por el doble lazo del servilismo y del fanatismo, entretenido por la ignorancia. Porque si se esceptúa tal cual conde Toreno, la nobleza era ignorante en tal grado, que no podia hablar más que de toros, de caballos y de mancebías y en estos tres puntos, con todo el tecnicismo de los *manolos del Avapiés.*

El rey juró la Constitucion del 20 y juró destruirla tan pronto como pudiese. Los liberales no se descuidaron; decretaron la esclaustracion, la desamortizacion, la anulacion de mayorazgos, la abolicion de la Inquisicion y otras medidas que harán siempre digno de respeto el recuerdo de aquellos insignes varones. Se organizó por primera vez una milicia ciudadana y se popularizó el gobierno cuanto era posible.

Conmovidos los otros pueblos con el esplendente fulgor de libertad que brillaba en España, preocuparon vivamente la atencion de los diplomáticos, y se decretó la intervencion en España, y aquel malvado, que perjuro á su padre, lo habia sido á su pueblo, abrió las puertas de la pátria al duque de Angulema, general de Carnaval, que con 100.000 franceses llegó hasta donde no habian llegado los vencedores de Wagram. El sistema constitucional fué anulado y anuladas todas sus consecuencias. El clero tronó rabioso é iracundo y la sangre liberal corrió á torrentes, desencadenando tan furiosa tempestad de persecuciones, que bastaba tener un pariente remoto liberal ó tener en su poder un libro liberal, para ser perseguido, encarcelado y aún muerto por una chusma feroz y cobarde, siempre capitaneada por algun inmundo fraile, que aullaba frenético por las calles, *Queremos caenas*, ¡*muera la nacion*! ¡*Viva el rey y la religion*!

No nos atrevemos nunca á abrir la historia de España

por la parte que se refiere á esta época, porque tememos mancharnos los dedos con sangre, aunque sea sangre de mártires.

¡Buen pueblo para tal rey! ¿Y estos eran los españoles del 2 de Mayo? No; estos eran los defensores del altar y el trono, eran los viles sicarios de aquella frailera estúpida, cuanto ignorante, viciosa y manchada de crímenes. Porque la historia de los conventos hiela al ánimo más bien templado, con sus horrores tenebrosos. ¡Oh pueblo! cuantos sacrificios has de hacer hasta llegar á ser digno de los destinos que te preparaban aquellas víctimas ilustres, que se llamaron Riego, Empecinado, Lacy, Porlier, Chapalangarra, Pineda y mil y mil, cuyos nombres debes enseñar á tus hijos pequeños, para que los guarden fácilmente en su memoria, como se guarda el nombre de los mártires.

Como si el triunfo definitivo estuviese ya asegurado al poder absoluto, el rey y el clero se entregaron á los esceses de la locura: en todas partes frailes ignorantes predicaban la cruzada contra los liberales y no respetaban ni el sexo ni la edad. En Valencia se oyó decir á un fraile en el púlpito, que era un mérito á los ojos de Dios el estirpar el liberalismo, y que para eso se debia estirpar hasta en el seno de las mujeres de los liberales, que eran judias y fracmasonas: en Zamora otro fraile predicaba en la plaza pública y vió á un sexajenario tachado de liberal, que por casualidad salia á cerrar el balcon, y esto bastó para escitar al populacho contra él, le arrastraron y le dieron muerte cruel, como habian hecho en Valencia, que habian dado muerte á mujeres embarazadas.

Y entretanto, se instituian tribunales de purificacion, y á los militares se les pasaba revista de rosarios, y era la falta de estos objetos, de estas máquinas de rezar, como las llamaron los filósofos, castigada con más rigor que una falta de disciplina: se condenó el pensamiento y se cerraron las universidades, abriéndose en cambio, las plazas de toros, y un pueblo soez y estúpido condenaba la funesta manía de pensar, y hubo un momento, en que, á pesar de

todos estos horrores, el clero sugirió al hermano más imbécil de aquel rey malvado, en quien tuvieron asiento los vicios más asquerosos, la idea de acusarle de liberal y sublevarse contra él.

Por fin un dia la nacion respiró, y el despotismo hizo alto. Fernando VII habia muerto, librando á España del oprobio de su reinado, que es el más ominoso de cuantos registra nuestra gloriosa historia. Los desterrados volvieron á la pátria, los que habian quedado en España se abrazaban en la calle como hermanos que se encuentran tras de larga ausencia, las madres contemplaron seguros á sus pequeñuelos, y los frailes temblaron y encendieron la guerra civil para asegurar su dominacion, cuya última hora comprendieron habia llegado ya.

Para nada influyó en esto la idea religiosa: hacia ya mucho tiempo que los conventos no producian fray Luises, ni Tirsos de Molina, ni padres Mariana, ni padres Feyjóo, ni un solo varon ilustre; tan solo génios chocarreros, que inventasen procesos ridículos y absurdos, y canciones groseramente insultantes, y no es que hubiese disminuido el número de ellos, pues á la muerte del rey presentaban esta cifra:

Conventos y monasterios	de hombres. . .		1.051
Id.	id.	id. religiosas. .	1.074
Frailes y monjes, inclusos los jesuitas. . .			89.000
Monjas de todas clases.			34.000

Cárlos III, rey filósofo, desterró á los jesuitas y abolió la Compañía en España, convencido de que eran enemigos del reposo y del bien público: en 1815, Fernando VII los volvió á llamar y las Córtes de 1820 volvieron á echarlos; el mismo rey los restableció y reintegró en todos sus bienes que eran inmensos, en 1823; y la revolucion y el ódio popular, los espulsó de nuevo en 1835. Despues de la caida del Regente en 1843, aunque no existiese un derecho público de reintegracion, los jesuitas, paulatinamente y gracias á las influencias con que contaban entre el clero y en el seno del partido moderado habian ido introduciéndose,

hasta el estremo de tener ya otra vez conventos y colegios en Loyola, en Manresa, en Santa Coloma, en Salamanca, en Carrion, en Leon y en todas las capitales de España residencias fijas, desde los cuales, y á la sombra de la proteccion que les dispensaban los Gobiernos reaccionarios, iban de nuevo estendiendo su influencia y volviendo, segun su costumbre, á llenar de absurdas supercherías la religion, que para ellos no es más que un tráfico.

Ellos han fundado la Córte de Maria y las flores de Mayo, reminiscencias paganas que no son más que las fiestas de Céres y Maria; ellos han fundado las asociaciones de San Vicente de Paul, en las que el sublime principio de la caridad cristiana ha sido un venero de riqueza, un elemento de organizacion inquisitorial y un medio activo de investigacion constante, resorte esencial, en que estos enemigos de la humanidad fundan su dominacion. Ellos fundaron la Santa Infancia y las escuelas dominicales, en las que á pretesto de enseñar y moralizar á las criadas, se las instruia de la manera más pérfida y más insidiosa en el infame arte del espionaje, haciéndolas ser ingratas co aquel cuyo pan comian.

Se habian apoderado de la instruccion pública y privada y del confesionario y el púlpito, y creyéndose ya seguros y habiendo dado ya la consigna á Roma, que empezaba á tronar de nuevo, ni más ni menos que si tuviera en la silla de San Pedro á aquel vejete iracundo que bendijo á los rusos, acuchilladores de los católicos polacos, á aquel apóstol de los anatemas, contra los carbonarios que se llamó Gregorio XVI, intentaron la batalla y la han perdido, y por esta vez, aleccionados en su escuela, tomaremos nuestras medidas para inundar al pueblo de tal cantidad de luz, que ya no puedan ofuscarles jamás las sofísticas supercherías y las hipócritas y venales invenciones de los hijos de Loyola.

La revolucion de 29 de Setiembre ha pronunciado la última palabra, y como siempre, cuando el pueblo español ha sentido juguetear las dulces brisas de la libertad; antes

que decir, ¡viva la libertad! ha dicho, como en 1767, como en 1820 y como en 1835 ¡abajo los jesuitas! porque los jesuitas son enemigos de la libertad, enemigos del bien público, enemigos de la religion, y por último, enemigos de la humanidad; porque ellos aspiran á la dominacion universal, pero á dominar sobre cadáveres; es preciso que el hombre no piense, que no discurra, que no crea, que no ame: que tema y esto le basta. Ya pensarán por él los jesuitas: ya inventarán supersticiones y terrores locos, capaces de espantar... á imbéciles y cabezas ignorantes, ó mujeres débiles, que es el gran elemento de que se han apoderado para dominar en el lugar doméstico.

Todavía hay jesuitas en España: vigilemos activamente, y sobre todo, inundemos al pueblo de luz, y que para inundarle no haya necesidad de férulas oficiales: nada de reglamentos, nada de educacion de aficion; pero eso sí, obligacion de instruirse: que todo el que no sepa leer y escribir, se vea temporalmente privado de los derechos civiles, que sea soldado sin sorteo, que no sea apto para cargos públicos, que no pueda ser administrador de sus bienes, que no pueda contraer matrimonio por entonces; en fin, que sea un stigma el no saber leer y escribir, y cuando todo el pueblo español tenga instruccion y la mujer más atendida que lo ha sido hasta ahora, sea algo más que una máquina de hacer soldados, cuando las publicaciones sólidas y á real el tomo, y los periódicos á cuarto, hayan difundido la luz, pero mucha luz; entonces nosotros los primeros, diremos á los jesuitas: podeis venir, ya no os tememos, ya no hay fanatismo en España, porque hay ilustracion y hoy todos sabemos amar á Dios y á nuestro prójimo, sin mojigangas indignas, ni ceremonias paganas. Ha pasado ya el reinado de la supersticion y de las pompas ingeniosas y ridículas.

CAPÍTULO XVII.

LA CIENCIA MARCHA.

I.

A la manera de un escritor moderno, nosotros tambien decimos, la ciencia marcha; y esto se prueba sencillamente, registrando los anales de la sociedad humana en ese curioso libro en que están apuntados todos los hechos del hombre y que se llama la historia. Ella nos lo dice y es nuestro testigo.

Despues del duodécimo cataclismo sufrido por este sér orgánico, que se llama la tierra, se desarrolla una nueva creacion, y pasa á animarla el hombre, sér nuevo, absolutamente superior á los demás por su organizacion física y por su actitud intelectual.

Sus primeras inclinaciones le hacen crear la sociedad, que limitada en su orígen se ensancha paulatinamente por toda la superficie, tomando de este modo posesion de una riquísima herencia, amontonada por los siglos y tan solo disputada por séres, que si le son superiores en poder físico, no pueden oponerle los destellos de la inteligencia.

En su progresivo desarrollo, la especie humana tuvo necesidad, al trasladarse de un clima á otro con sus enseres propios, de diferenciar el *tuyo* y el *mio*: tuvo necesidad de conocer el camino andado y que algun dia debia desandar; tuvo necesidad de conocer los elementos, ponerlos al alcance de la mano para servirse de ellos en su ayuda, y de aqui y por medio del espíritu de observacion y de reflexion fueron naciendo las ciencias que á través de los siglos nos han legado las generaciones y las civilizaciones que yacen sepultadas bajo el polvo de Biblos, Babilonia, Ninive, Tebas, etc.

Los pastores egipcios, los sacerdotes de Osiris, los

Brhacmas de la India y los filósofos griegos, al inventar teogonías distintas, crearon tan solo asociaciones misteriosas, en la que la ciencia, tomando la forma tenebrosa de las iniciaciones y alcanzando el prestigio de los prodigios de los magos de Smerdis, limitaban su conocimiento á un número reducido de elegidos y le daban un carácter de exclusivismo, que por sí solo formaba un privilegio y sujetaba al saber humano á las más ridículas y exageradas exigencias, dificultando de este modo la propagacion.

La Grecia, en su increible desenvolvimiento, acomete la empresa de la dominacion del Ásia y en el comercio de gentes, que con este motivo establece con las civilizaciones para ella antiguas, toma de ellas ciertas misteriosas nociones, que estudiadas y discutidas en el seno y libertad de sus escuelas públicas, han de inspirar á Sócrates, Platon, Aristóteles, Demóstenes, Anaxágoras, Licurgo, Homero, Arquímedes y otros mil sábios. Difúndense las luces, interprétanse los misterios, y con la grandeza de Atenas y el esplendor de la filosofía griega, se prepara el género humano al exámen de los más atrevidos problemas en todos los ramos del saber.

El mundo, invadido por el número de verdades y principios, que llevan á todos sus confines los viageros mercaderes y los colonos griegos, siente hervir en su cerebro las ideas nuevas, y encontrando pequeño el centro en que se agita, busca nuevos horizontes, y hallándolos y sentando en ellos su planta, comprende que es algo más que un sér inorgánico, vale más que una cosa y llega de revolucion en revolucion y de conquista en conquista, hasta la grande época señalada en el libro del mundo por el sublime sacrificio de uno solo por la salvacion de todos.

Antes de la era cristiana tuvieron los pueblos en los tiempos heróicos una edad de *oro*. La Grecia tuvo un siglo de Pericles; Roma un siglo de Augusto. Despues de Jesucristo la Europa tuvo un siglo de Cárlo-Magno, un siglo de Cárlos V, un siglo de los Médicis ó de Leon X y todos los pueblos en épocas determinadas han tenido una más ó

menos célebre, á que ha dado nombre un conquistador, un sábio, un legislador; pero que ha tenido siempre un carácter concreto y puramente local.

Hay una organizacion especial que abraza al mundo en sus sacudidas nerviosas comunicadas por esos alambres, que aislados y solos en medio de vastas soledades á través de nevadas montañas ó surcando procelosos mares, envian la palabra de paz desde el estrecho de Bhering hasta el de Gibraltar; desde Europa á América y al Ásia, y esa organizacion que tiende á unificar todas las diferencias que separan á los pueblos de distinto orígen, de diversas costumbres, concluirá acortando la distancia y disminuyendo el tiempo por fundir en una sola familia esos millones de séres que pueblan la tierra y surcan sus mares.

Hoy atraviesa la especie toda la raza humana el último tercio del siglo XIX. ¿Quién dará nombre á este siglo? Ni guerrero, ni filósofo, ni político hay en él, que á tanto se atreva acaparando para sí solo ó para su nacion tamaño honor. La gloria del guerrero, la fama del político, la doctrina del filósofo no son suyas, no le pertenecen; son del mundo entero, pertenecen á la gran familia, porque hoy todos somos hermanos; todos profesamos una misma creencia! todos tendemos al mismo fin: ¡la luz, la ciencia, la verdad!

Este siglo que á todos pertenece, señalará en ese curioso libro de memorias del mundo, en ese archivo sagrado y venerando de los hechos y progresos de la raza humana trabajando sin cesar para llegar á un fin desconocido, llamado la historia; este siglo simbolizará con su apellido la época más grande y más gloriosa de la raza humana; la época de los descubrimientos útiles al hombre. El siglo de la electricidad, el siglo del vapor y del telégrafo es el siglo de la fraternidad universal, el siglo de la paz sobre la tierra; el siglo de las luces. Este es su nombre; nombre cien veces más glorioso que el del más grande conquistador.

En el siglo XIX, el hombre, olvidándose del hogar doméstico, abandonando las dulzuras de la familia y las delicias de las ciudades cultas, ha ido á invernar en las ter-

ribles soledades del Polo Ártico, para descubrir un nuevo mar, para buscar una nueva verdad, y así que la ha encontrado, poseido de ese espíritu sublime del hombre de la ciencia que sabe que la verdad, como hija de Dios, á nadie pertenece y que es de todos, la ha anunciado á todo el mundo por medio del telégrafo, preciosa conquista de esta época fecunda; conquista que ha puesto en comunicacion á todos los sábios de la tierra, y por este medio, continuamente, cada dia, á cada instante se envian sus observaciones.

Hoy ya no se reunen congresos para desnacionalizar á un pueblo noble y generoso, cuanto desgraciado en nombre de la Santísima Trinidad. Hoy se celebran congresos en los que todos los sábios llegan á depositar el óbolo de su saber y el fruto de su estudio tendiendo todos á un mismo fin, al bienestar del hombre sobre la tierra.

Hoy se reunen todos los pueblos de la tierra en exposiciones universales, entablándose una noble lucha entre todos; lucha en la que no se derramará una gota de sangre, pero más beneficios al progreso y desarrollo de los pueblos que las más costosas revoluciones, que con letras de sangre han escrito Herodoto, Plutarco, Sismondi, Mariana y César Cantú. Y estas exposiciones, estos congresos científicos, estas conferencias internacionales en que á nadie se pregunta de dónde viene, qué lengua habla, ni cuáles son sus títulos, sino solo, cuál es la nueva verdad que ha descubierto, la nueva ley que ha encontrado, el último secreto que ha arrancado á las entrañas de la materia, esas reuniones solo tienden al establecimiento del gran resorte de la felicidad humana, la fraternidad por medio de la ciencia.

Todo el que con sus luces contribuya á esta grande obra, merecerá el grato renombre de bienhechor de la humanidad.

II.

Confesamos que ante la magnífica perspectiva de nuestro siglo, nos hemos distraido un momento y separado de

la marcha cronológica que nos habíamos propuesto seguir; volvamos, pues, sobre nuestros pasos y sigamos, instante por instante, el curso progresivo del saber humano.

Los últimos resplandores de la literatura, tanto latina como griega, huian todavía, merced á los esfuerzos de San Clemente de Alejandría, de Orígenes en Grecia; y de Tertuliano, de San Cipriano y de Arnobio en el antiguo Lacio, como escritores religiosos; de Eliano, de los Filostratos; Plotin, el metafísico ;Porfirio, el pitagórico; Diógenes Laercio y el crédulo y poco imparcial Dion Casio, todos medianos escritores griegos. Tan sólo el *Tratado de lo sublime*, de Longino, puede considerarse como el más puro destello de las letras griegas en esa terrible época de luchas intestinas, de cismas religiosos, de invasiones contínuas y de peligros seguros para la herencia de Augusto.

En las letras latinas encontramos tan sólo un Calpudonio autor de *Historia Augusta*, el geógrafo Colino y cronologista Censorino; pero en cambio, ¡esta época nos deja un *Tratado de cocina* escrito por Apicio!

Tres veces consecutivas es tomada y saqueada la Ciudad Eterna por las tropas de Álarico, Ricimero y Genserico, y por último, en 476, Odoacro, rey de los herulos, tomando por cuarta vez á Roma, pone fin al imperio de Occidente.

Oscura y tenebrosa es para la ciencia la época que siguió al establecimiento de las diversas naciones que habian invadido la Europa, trayendo de sus nevadas soledades nociones imperfectas de un cristianismo apenas sostenido.

En diez siglos todo es confusion, tinieblas, oscuridad en Europa, hasta que ésta despierta al eco de un acontecimiento ruidoso: el 29 de Mayo de 1453 el ejército de Mahometo II, fuerte de 300.000 hombres y 400 galeras, entra en Constantinopla por la brecha sobre la que ha muerto Constantino XII, último emperador griego, á pesar de los heróicos esfuerzos del húngaro Juan Hunnsades y del alba-

nés Scanderberg, que pelean con un valor indomable en favor del caduco imperio.

Roma, Milan y Florencia dan asilo á los griegos fugitivos, y la entrada de éstos en Europa señala la época conocida con el nombre de *Renacimiento*. Con efecto; protegidos por el papa Nicolás V y Pio I, el ilustre Eneas Silvio, amparados por Cosme y Lorenzo de Médicis y por las casas soberanas de Sforzia y Visconti, Chalcondgio, Lascaris, Juan Andronico, Teodoro Gaza de Tesalónica y Juan Argiropilo de Constantinopla enseñan las letras clásicas en Florencia y Roma, sucediéndoles numerosos discípulos, que todos tratan de conciliar, aunque en vano, á Platon y Aristóteles.

A este movimiento intelectual, siempre en desarrollo, contribuye poderosamente el más grande invento de los siglos modernos y el que como poderoso ariete ha destruido las nebulosidades del fanatismo y los errores de los siglos de hierro. Hácia 1435 se habia llegado, por medio de planchas sólidas, á grabar palabras y renglones enteros de escritura sobre los naipes; hasta se habian impreso colecciones de estampas con pequeños epígrafes, pero habia germinado ya en la cabeza de un grande hombre la idea de los caractéres movibles, que por último llega á inventar Guttemberg, ayudado de Fust, y perfeccionando la idea Schoffer da al mundo la imprenta, palanca poderosa que debió soñar Arquímedes. En 1450, se imprimió en Magence la Biblia, primer producto de la prensa. En los psalterios de Maguncia, que son los primeros libros impresos con fecha incontestable, se lee el año 1457 y 1459. Roma, Venecia, España, Francia é Inglaterra fueron las primeras que tuvieron imprentas; bien pronto la Europa entera, comprendiendo el arma que se ponia en sus manos, las multiplicó prodigiosamente.

El *summum desideratum* del saber, antes de esta época, consistia tan sólo en las argucias escolásticas, tan ridículas, que muchas veces desgfiurando la dialéctica de Aristóteles, á pesar de los nobles esfuerzos de San Bernardo y

de Abelardo, y como consecuencia del estado de la ciencia, en esta época férrea, anterior al renacimiento, las contiendas teológicas, las discusiones de psicologia solian terminarse á mano armada, haciendo de las ciudades un campo de batalla.

Apenas si un monge ambicioso de gloria ó de dinero, Berthold Schultz encontraba, que no inventaba la pólvora, buscando la piedra filosofal; apenas si Alberto el Grande escribia Tratados en que la quimica revestia la forma misteriosa de la mágia judiciaria: el único esfuerzo, verdaderamente notable, del ingenio humano, el único parto, verdaderamente fructuoso de la terrible época anterior al siglo XVI, es la aparicion de las tablas trigonométricas, conocidas con el nombre de tablas Alfonsinas.

Pero en cambio, desde el principio del siglo XVI, la Europa, como si sólo hubiese esperado el momento de la desaparicion de lo único, que todavía quedaba del mundo antiguo, con la toma de Byzancio, despierta de su largo sopor, y como madre fecunda, despues de diez siglos de una penosa gestacion, produce hombres como Guttemberg, como Copérnico, como Gerónimo Savonarola, como Cristóbal Colon, como Vasco de Gama...

Dado ya el impulso la Italia se cubre de escuelas, y de ellas salen Veda, Paulo Jove, Julio César Scalígero y Bembo; todos estos hombres hablan, discuten, escriben á la sombra protectora del papa Leon X. Este siglo, si no es el siglo de las ciencias, es, á no dudarlo, el siglo de la regeneracion de las letras y las artes. Este siglo ha visto nacer y morir los más grandes artistas: en Italia, Bramante, autor de los planos de San Pedro; en Roma, modificados por Rafael Sancio de Urbino y continuados y enriquecidos por Miguel Angel, Buonarroti, autor de la cúpula más grande y majestuosa que se conoce. Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Ticiano, Antonio Allegri, el Corregio, pintores; Benvenuto Celini, platero cincelador; Torcuato Tasso, poeta; Guiciardini, historiador; Palestrina, llamado el génio de la música; Camoens, en Portugal;

Schackespeare, en Inglaterra; Lope de Vega, Ercilla, Hurtado de Mendoza, los jesuitas Sanchez y Molina, Santa Teresa de Jesus, en España; Froissart, Comines, Maturino Regnier, en Francia. Todos estos grandes hombres dejan en el siglo XVI el gérmen que han de fecundar en el siguiente los hombres de la ciencia.

Este es el siglo en que se ha trazado la primera carta hidrográfica por el belga Gerardo Mercator, que dá su nombre á esta clase de proyecciones. Conrado Gerner, suizo, es el primero, despues de Plinio, que escribe sobre bistoria natural. Otro suizo, Paracelso, bajo la forma misteriosa de la alquimia, da un grande impulso á la física, y es quizá el que sugiere la primera idea de la química orgánica. En este siglo, el famoso navegante Francis Drake emprende el primero la vuelta al mundo y lo consigue empleando 1,051 dias de navegacion.

Como si el mundo conocido fuese estrecho á la invencible fuerza expansiva del hombre, la Europa se enriquece con los descubrimientos de Hernan Cortés, de Pizarro, de Magallanes y otros continuadores de Cristóbal Colon. Es inmenso el desarrollo del ingenio humano y estrecho el cuadro que nos hemos trazado; pero nos hemos impuesto tan sólo el deber de bosquejarlo á grandes rasgos por ser el punto de partida del arte y de la ciencia modernos que se derivan y deben su existencia al invento de Maguncia.

Guttemberg y Berthold Schultz son los dos hombres á quienes más debe la Europa moderna. A la aparicion de la pólvora en el mundo, el antiguo y bárbaro feudalismo pudo comprender que ya los castillos, en que como en alcándaras de cuervos oculta sus vicios y su ignorancia, guarda sus privilegios y sus rapiñas, no son un asilo seguro, pues sus muros no han de ser ya con el privilegio fuertes contra el elemento que el pobre monge de Friburgo acaba de poner á disposicion de las villas libres y de las municipalidades, como de la monarquía, hasta entonces débil, contra los grándes vasallos de la corona.

Tambien el castillo de la ignorancia y del saber privilegiado cae en ruinas ante la modesta invencion del pensador de Mayence. Aquellos humildes é inocentes caractéres de madera son el distribuidor y el propagador de la luz, á cuyo brillante resplandor se han de batir en brecha las preocupaciones del mundo antiguo, ensanchándose la suma de conocimientos humanos, á pesar de las terribles penas impuestas á los primeros impresores por las bulas y los edictos reales que llegaron al extremo de imponer en Francia la pena de muerte al impresor, teniendo la satisfaccion de decir que en España y Holanda pudo desde luego imprimirse libremente. El pensamiento, tendiendo su vuelo, hacia presentír la gran revolucion verificada en el siguiente siglo en todos los ramos del saber humano.

La ciencia llevaba ya en su seno el pollen de los filósofos, de los políticos, de los geómetras, geógrafos, físicos y otros mil pensadores, que debian hacer del siglo XVII el gran siglo; no porque en él hubiese vivido un Luis XIV, grande tan sólo por la elevacion de sus inmensos tacones encarnados y su disforme peluca rubia, sino porque en ese siglo, ni la persecucion, ni la hoguera, ni los calabozos pudieron comprimir la fuerza, prodigiosamente comunicativa del pensamiento, ni podia ser de otra manera. Los mártires en los primeros siglos de la Iglesia marchaban á las fieras, serenos, tranquilos y radiantes de amor y de entusiasmo; su corazon poseia un tesoro de valor; profesaban la verdad, y pensando en lo eterno, en lo inmutable, en lo santo de su creencia, no sentian su dolor físico.

Así Galileo Galilei marchando á la hoguera, serena su frente, tranquila su conciencia, radiante su mirada y entreviendo la gloria póstuma, decia á sus malvados verdugos: *«morrai, é pur si muove;»* ¡y la tierra se movia y la tierra se mueve!

Felizmente la marcha del mundo sigue magestuosamente su curso, sin que nadie se atreva á negar la fuerza progresiva de su desarrollo, y respondiendo cada dia con más seguridad á las esperanzas concebidas y haciendo de

la ciencia, así como en otro tiempo un *pilori*, hoy un escabel para llegar á los últimos grados de la gerarquía social, del aprecio universal.

III.

El siglo XVII señala la etapa más gloriosa y brillante de la historia de la ciencia, pues en él, y á pesar de una rígida censura, luchando con teorías sancionadas por el tiempo y la costumbre, el hombre casi sin elementos se ha atrevido á acometer la solucion de los más difíciles problemas, cuya dificultad seria hoy fácil de vencer con tablas de logaritmos, con instrumentos de suma precision en óptica y con conocimientos sobre la materia que entonces no se tenian, como no se conocia el cálculo aplicado á la geometría ni las leyes de Keplero.

Sentado ya el precedente del polaco Kopérnico, el pisano Galileo Galilei, una de las más grandes figuras del linaje humano, emprendió la demostracion de la redondez de la tierra, de su rotacion y traslacion, asi como del movimiento de los planetas de Occidente á Oriente. Fué sentenciado y murió mártir de la ciencia, por la verdad que acababa de descubrir, pero lo que decia era cierto. La tierra se movia. Continuador de él, Keplero escribió sus célebres leyes.

Otro sábio de este siglo, olvidando su pequeñez, se atrevió á más que Galileo, y calculó el peso del planeta que habitaba: Newton, nombre glorioso, á quien la ciencia debe tanto. Un escocés, Neper, para ayudar al cálculo impotente para servir todas las necesidades del hombre, inventó los logaritmos, dandole de esta manera un instrumento de una potencia inagotable y que tan grande paso debia de hacer dar á las matemáticas.

Descártes, sábio filósofo francés, al mismo tiempo que en el órden fisiológico fundaba teorías nuevas, aplicaba el cálculo algebráico á la geometria, sentando de este modo

las bases que más tarde debian servir á Laplace para su brillante *Tratado de la Mecánica celeste* y del *Cálculo de las variaciones*. La invencion del cálculo diferencial se atribuye á Newton lo mismo que á Leibnizt. Los hermanos Juan y Jacobo Bernouilli, nacidos en Basilea y miembros de la Academia de Ciencias de París perfeccionaron este nuevo análisis.

Admira sobremanera la extension de los conocimientos de Leibnizt, pues encontramos su nombre entre los de los teólogos, publicistas, jurisconsultos, eruditos, cronistas y anticuarios alemanes. Puede decirse que es el verdadero fundador de la metafísica alemana. Este es el momento que señala el nuevo elemento de que en lo sucesivo podrá disponer la ciencia, el resorte verdadero que ha de emanciparla y que ha de empezar á darla ese carácter de generalidad que le ha de imprimir en este siglo el sello de la utilidad práctica y de la universalidad.

Las academias nacen en el siglo XVII, brotando en Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, y á su sombra el espíritu humano adquiere el magnífico vuelo que ha hecho que las ciencias adelantasen más en un siglo que en el trascurso de cincuenta siglos anteriores. En vano la censura trata de resistir los arranques irresistibles del espíritu; éste poseido del santo amor á la ciencia sufre la prision como Milton, primer mártir e ilustre defensor de la libertad de la idea, glorioso libelista inglés, que desde el fondo de un calabozo lanza el primer grito de indignacion contra la censura; como Galileo, santo mártir de la verdad, como el virtuoso Fenelon, acusado de herejía por sus *Máximas de los Santos*; como Pascal, acusado de Jansenismo con sus compañeros de Port-Royal. Tarea vana; esfuerzo inútil; empresa superior al hombre. La ciencia demuestra que una pulgada cúbica de pólvora en inflamacion, produce un desarrollo de gases que representan catorce mil veces su volúmen cúbico, y sin embargo, el hombre ha calculado con toda seguridad el espesor que debia dar á las paredes de los cañones para que

resistiesen la increible fuerza cxpansiva de la pólvora. ¿Quién será capaz de calcular el espesor de las paredes que hayan de encerrar el pensamiento? La pólvora es el invento del hombre; el pensamiento, emanacion divina, destello de la bondad del Supremo Hacedor está fuera del alcance del rigor humano. ¡Consolémonos!

Al mismo tiempo que Keplero muere en Ratisbona en la miseria, baja á la tumba en Madrid en la indigencia el inmortal autor del Quijote! Pobre, pero contento y satisfecho. Su obra ha sido el golpe de gracia que ha herido de muerte la disparatada literatura que por tanto tiempo ha trastornado los cerebros de aquellas gentes poco ilustradas. Más felices sus contemporáneos Lope de Vega y Calderon alcanzan más favor del público, y viven, sinó en la opulencia, en la comodidad. Solís abandona la poesía y escribe su célebre «Conquista.»

La academia de Lóndres nacida bajo el sombrío protectorado de Cromwell, y llamada Sociedad real de Lóndres por Cárlos II, se ocupa, sobre todo, de física y de matemáticas. Todos los ramos del saber humano se cultivan entre los ingleses. Esta es la época de la filosofía audaz de Hobbe, de meditaciones políticas y del ostracismo de Sydney, de los trabajos históricos de Clarendon y de las sátiras de Rochester: Deuliam, Roseomon, Weller y Otway elevan el arte dramático inglés á la mayor altura.

Locke analiza en 1690 el entendimiento humano y busca los elementos de las ideas generales; esplica el sistema entero de las facultades, de la inteligencia y de los diversos géneros de conocimientos humanos por la sensacion; y por último, Newton revela á los hombres la ley más importante del sistema del mundo, la ley de la atraccion universal.

La Holanda, pandemonium universal, especie de Torre de Babel y pátria natural de todo escritor perseguido, imprime libros de todas clases, de todas materias, en todas lenguas y publica la doctrina del panteismo del judio Spínola, discípulo de Descartes y de Grotius, pensionistas

ambos de Cristina de Suecia, la aventurera, hija de Gustavo-Adolfo.

Sin transicion sensible llegamos al siglo XVIII, en el que empieza á entreverse el objeto de los esfuerzos de la humanidad, de las tendencias de la ciencia y del fin de todo el que piensa. Este objeto, esta tendencia, este fin son la mejora moral y material de los pueblos por medio de la distraccion de las antiguas preocupaciones y de la oscuridad ignorante y fanática sostenida por el interés de las monarquías absolutas.

En este siglo, cuya influencia directa estamos hoy sintiendo, no hay el nombre de un gran rey; pero en cambio Pedro el Grande, Federico de Prusia y José II de Austria, llaman amigos y hasta parientes á los escritores más atrevidos y más innovadores. Este siglo, en el que el espíritu de las reformas en el órden político, social, administrativo y económico se apodera de todas las conciencias, haciendo prosélitos hasta entre las testas coronadas, se hace notable sobre todo, porque á la sombra de las persecuciones de Mr. de Sartines superintendente de policía de Luis XV, *el muy amado*, nació una publicacion, objeto en su orígen de las burlas más crueles y que en un plazo muy próximo debia dar un resultado más trascendental de lo que Diderot y D'Alembert, sus autores, habian imaginado; la *Enciclopedia*, tribuna permanente desde la que predican sin cesar los oradores de la razon.

A la nacion más desgraciada en esta época por no poder contar ni con un ministro probo, ni con un político hábil es á la que más debe la humanidad por los hombres verdaderamente grandes que ha producido en todos los órdenes del saber humano. Este siglo, que vió subir al trono de San Pedro al dulce y tolerante Benedicto XIV y al inmortal Ganganelli Clemente XIV, el derogador de la bula *In cœna domini*, vió tambien á Massillon, el orador sagrado, autor de las célebres predicaciones; á Mabillon, poeta festivo; al erudito Montfaucon; al cómico Regnard; al trágico Crebillon y al epigramático J. Bernardo Rous-

seau. Fontenelle, autor de la teoría de los mundos, y Voltaire empiezan sus ensayos á una edad que para otros es casi la época de la terminacion de sus estudios.

Veamos de qué manera fructificaba en Europa el desarrollo impreso á las ciencias en el siglo XVII. En Nápoles excita el entusiasmo general un poeta nacido en Roma, de una familia humilde; Metastásio, autor de la Dido abandonada. Gianone, nacido en la Apulia, escribe en Viena una Historia civil del reino de Nápoles, en la que ataca el poder temporal del pontífice, y sin embargo no es perseguido.

Las obras de Stahl, aleman de nacimiento, dan, por fin, á la química asiento en el concurso de las demás ciencias y descubre nuevos horizontes á la observacion y perseverancia de Berzelius: Leipsik, Berlin, San Petersburgo, Dresde y Viena se disputan la gloria de levantar estátuas á Leibnizt.

Los ingleses, despues del reinado de la reina Ana, tienen su siglo de Augusto, Pope, Prior, Say y Congreve son las autoridades poéticas de la época, haciendo la pluma poderosos á Jonathan Swif, festivo autor de Gulliver; á Adison, á Foè y á Stahl. De este tiempo es Bolingbroke, precursor de Voltaire; este antiguo ministro de la reina Ana, que fué el negociador de la paz de Utrech despues de una série de persecuciones y rehabilitaciones, ávido de movimiento y extraviado por las exageraciones, dió nacimiento con Jhon Wesley ó la secta de los metodistas.

Rollin, francés, debió á su desgracia el justo título que despues alcanzó; extraviado por las ardientes controversias á que dió lugar el Jausenismo, fué exonerado de sus cargos en la universidad, y dedicándose entonces á las letras, escribió sobre la Moral práctica y la grande obra de la Historia de los Pueblos antiguos fundada en los monumentos de Grecia y de Roma. Pero el que produce una verdadera revolucion en el arte histórico es Montesquieu con su obra inmortal *Historia de la grandeza y decadencia de los romanos.* Voltaire, por la misma época, escribe tragedias

como *Brutus, César, Germanicus*; la *Historia de Luis XII*; las *Cartas filosóficas*; un *Ensayo sobre las costumbres*; el *Espíritu de las naciones* y el *Perfil del siglo de Luis XIV*.

Los progresos de las ciencias exactas están demostrados con el descubrimiento del termómetro de Reaumur y por los resultados del viaje emprendido al Norte de Europa por cuatro sábios con objeto de determinar la medida y la figura de la tierra. La medicina tiene un oráculo en el holandés Boerhaave que encierra en una sola obra general la historia, las causas, los síntomas y el tratamiento de todas las enfermedades.

Desde 1748 el movimiento intelectual adquiere un carácter cuya gravedad y trascendencia es imposible desconocer. Buffon publica sus cuadernos de *Historia natural*; Montesquieu su *Espíritu de las leyes*, y J. J. Rousseau, que se ha atrevido á inquirir las causas de la desigualdad social, intenta reformar el estado y la humanidad, la forma y la esencia. En ese momento, precisamente, pierde la Italia al infatigable Muratori, historiador nacional, que tiene la ventaja sobre David Hume, historiador escocés, de no ser escéptico como este último, y brilla Lessing, verdadero fundador de la filosofía alemana.

Las ideas hierven y el ingenio humano esperimenta una plétora que vá á incendiar al mundo con sus atrevidas publicaciones, como *El Emilio*, código de educacion, que bien mirado es imposible y completamente impracticable. Hasta se encuentran monarcas, en esta época, que son discípulos de los filósofos en voga, pero que, á pesar de todo, y aunque algo más tolerantes, persiguen la filosofía como á la herejía.

Esta es la época más grande y más gloriosa que registra la historia de la ciencia. En ella brotan á millares esos hombres sublimes que, olvidados de su pequeñez, se han atrevido á las más jigantescas empresas; á Galileo, á Keplero, á Newton, á Leibnizt suceden Franklin Priestley, Lawissier, Bertholezt, el gran Laplace, Volta, Linneo, Cuvier y otros mil y mil; la verdad reviste la forma mara-

villosa del prodigio con la pluma de los navegantes Bougainville, Lapeyrouse y Cook. Las misiones cristianas, siguiendo la huella de los viajeros y de los hombres de la ciencia van á explorar las regiones polares y á descubrir tierras, todavía ignoradas.

Tal es el estado de la ciencia y de los espíritus; en el momento en que un acontecimiento, ó mejor dicho, un cataclismo necesario, y que hace época en la historia de la humanidad al trastornar todo lo existente, imprime á las cosas, á los hombres y á las ideas, y por consiguiente á la ciencia, un nuevo carácter, un nuevo giro, cuyas consecuencias, como legítimo corolario, estamos hoy tratando de demostrar, procurando desenvolver en todo su desarrollo.

En 1789, cuando los nuevos Estados-Unidos de América elegian á Wasington por su primer presidente, estallaba en Francia el voraz incendio, producido por la filosofía de la razon, y que fuego purísimo y fuente de verdadero derecho, debia regenerar al mundo antiguo. Este incendio, nuevo bautismo de la humanidad, es:

¡La revolucion francesa!

IV.

En los tres capítulos anteriores hemos seguido paso á paso la marcha progresiva de la ciencia para llegar al resultado final, cuya última reaccion empieza á presentar sus primeras raices, que todas son, para consuelo de la humannidad, reales y positivas. La ciencia, que á través de un espacio de cincuenta siglos ha marchado por caminos desconocidos y tortuosos, por senderos estrechos y cubiertos de espinas, entra en el siglo XIX de lleno en el camino de la luz, de la verdad, de la aplicacion práctica.

La Francia, á fines del siglo XVIII, al revestir una forma de gobierno que cubrió el suelo de la pátria de lágrimas y de sangre, de grandezas y glorias inmarcesibles, señaló el camino á los demás gobiernos. Las verdades que

el hombre demuestra son del hombre, y las hay que sólo un gobierno es bastante rico para pagarlas; pero una vez pagadas, es indigno de él; su monopolio y en su alta mision las esparce gratis á sus administrados, que habiéndolas recibido por nada, por nada las comunican al resto del universo. De este modo y por este medio adquiere la ciencia ese carácter de generalidad, espontaneidad y universalidad que en este siglo la distingue.

Hemos seguido paso á paso la marcha de la ciencia y del saber humano, citando esa série de nombres ilustres, que á manera de jalones señalan el trabajoso itinerario que ésta ha seguido, vacilando en los escollos de la censura romana ó en las peligrosas sirtes del despotismo monárquico, que en sus interesadas miras políticas no podia permitir la difusion de las luces; así es que en la Edad Media la educacion oficial, las universidades inundan la Europa de teólogos, de retóricos pedantes y de mantenedores de las más absurdas sutilezas escolásticas, pero ni un solo hombre de espíritu práctico ni un verdadero pensador. ¿En qué universidad estudiaron Descartes, Condillac, Condorcet, Jacguard, Franklin?

La Europa moderna, comprendiendo que nunca los gobiernos le permitirian ensanchar sus conocimientos más allá de lo que conviene á la suspicacia de la más exagerada censura, ha creado asociaciones libres, á cuya sombra se han planteado y discutido los problemas más difíciles, que rara vez han quedado sin solucion. Ved los resultados prácticos que estas asociaciones están dando al mundo diariamente en Bélgica, en Alemania, en los Estados-Unidos de América, en España mismo, reduciendo á conocimientos populares las ciencias más abstractas y traduciendo á la lengua vulgar el fruto de sus penosas investigaciones. En estas asociaciones se ha dado la última forma á las ciencias físicas y á su impulso y constante espíritu de exámen deben el sér, ciencias nuevas, como la geología, la etimología y otras; demostrando por medio de los inflexibles principios matemáticos los fenómenos na-

turales que hasta hoy habian parecido más impenetrables y descubriendo los arcanos de la creacion, cuya primera honra pertenece á la sociedad geológica de Lóndres y á Mr. Siel, su presidente.

A la asociacion para los adelantos geográficos de Prusia se deben la mayor parte de los descubrimientos modernos en esta ciencia, como las fuentes del Nilo, el curso del Niger, el lago Guami y el África Austral. Bajo sus auspicios se ha hecho el descubrimiento de la region del Uniameri, las grandes exploraciones en la Australia y el conocimiento del nuevo Fondac.

La sociedad orientalista de Berlin ha descubierto las civilizaciones de los *Arcos* y de los *Parsi*, de que no habla ningun autor antiguo ni moderno y de los que, á principios de este siglo, no se tenia idea alguna.

La sociedad arqueológica inglesa ha reconstituido las civilizaciones olvidadas y encontradas en las ruinas de Ninive, de Babilonia, de Memphis, de Tébas y otras ciudades antiguas y sujetando sus operaciones á la inflexibilidad de su método ordenador, las ha trasportado á Inglaterra. y hoy podemos pasearnos en el Museo Británico y en el palacio de Sidenham por las avenidas de las *esfinges* y las calles de los *leones*, como en otro tiempo los asirios y los egipcios, que en su ciclopea arquitectura encerraron su simbolismo filosófico. Inglaterra construye estanques, en los que gasta 30.000 libras esterlinas para conseguir la aclimatacion de una planta textil.

La sociedad arqueológica francesa comisionó al vizconde de Sauley, el que ha descubierto el emplazamiento de *Aradus*, la *Bíblos* de la Biblia, primera ciudad que haya existido en el mundo, y sobre sus ruinas ha reconstituido su civilizacion y su historia, como sobre los *Cromles* de Karnak ha descubierto la historia de los druidas. Otro miembro de esta sociedad, Champollion-Figeac, ha estudiado, por espacio de diez años con tanta perseverancia, los gerográmatas de Egipto, que ha escrito un Diccionario, con cuyo auxilio un niño puede leer, como el

silabario, las inscripciones del obelisco de Luxos; Sauley ha descifrado las escrituras cuneiformes y semíticas con tanta claridad, que hoy ya nó encierran secreto para los arqueólogos.

Por cuenta de la sociedad geográficia de New-York se han hecho las grandes esploraciones del comodoro Maury y del doctor Kant en las regiones polares, llegando á encontrar una mar tranquila más allá del paralelo 83. Los nombres de Franklin (inglés), Machusse, de Lewinstong, de Rosse, de Claperton y de los hermanos Lionders se han hecho memorables al servicio de esta asociacion.

Hoy una empresa particular ha acometido una tarea que está á terminar y que se habia considerado de imposible realizacion: el rompimiento del istmo de Suez, poniendo en comunicacion dos continentes, no mirando más que al interés general, como obra, ha sujetado al mar á que sea el vehículo de la palabra de paz, que á través de las aguas se envian los dos mundos, y esto consiste en que el hombre llegando al fin á comprender que ha nacido para ser hermano del hombre, tiende á borrar todas las diferencias de lenguas, de razas y de climas, y para esto se necesita de la asociacion, de la fraternidad por medio de la ciencia. Con el auxilio de ésta ha inventado el telégrafo eléctrico, que poniendo en comunicacion á todos los sábios de la tierra, no importa á qué nacion pertenezcan, ha permitido á Maury hacer diez millones de observaciones en un año, y con su resultado trazar la carta exacta del *Gulf-Streem*, carta con la que los navegantes evitan un peligro, que por espacio de cuatrocientos años les ha sido pavorosamente desconocido.

Y todos estos resultados se deben á que la ciencia, saliendo ya de su infancia y emancipándose de la estrecha férula de los reglamentos oficiales, ha podido por fin revestir la forma de generalidad y expansíon que le es propia. Siéndole ya completamente conocida la materia, ha dedicado todos sus esfuerzos para ponerla al servicio del hombre y creemos que lo ha conséguido, pues con el va-

por ha centuplicado la fuerza productora del hombre y ha economizado su número; con el telégrafo ha anulado la distancia; con la química le ha dotado de nuevos elementos que la materia guardaba en su seno y que el espectro solar de Bunsen y Kirschoff le ha señalado, demostrándole que los cuerpos que hasta hoy se habian tenido por simples, no lo eran.

La ciencia ha adquirido un carácter filantrópico, digámoslo así, pues se ha dedicado á preservar la vida del hombre de la accion terrible de los elementos poderosos que contínuamente tiene á su alcance. Hoy no ofrece peligro la pólvora, no asusta el rayo, nò hay temor en trabajar á alturas prodigiosas, en manejar pesos enormes; todo está calculado, todo está previsto; la mezcla más barata hace á la pólvora inesplosible; á la electricidad, sumisa y obediente; las gruas y andamios de seguridad ofrecen una garantía de conservacion de la vida del trabajador.

En el siglo X se sacaban los ojos al artifice sublime que habia llevado á cabo una de esas obras portentosas, cuyo secreto ha muerto enterrado en las oscuridades de un calabozo á pretexto de que ciertas obras deben de ser únicas; hoy se estudia el modo de preservar la vida de un trabajador y se construyen andamíos con los que se puede dormir á ciento veinte piés del suelo. Hoy quisiéramos que los simples peones supieran geometría descriptiva.

El dia en que por medio del estímulo ó de los concursos generales, época que ya se divisa en lontananza; el dia en que por medio de exposiciones y congresos lleguemos á engendrar en el corazon de todos el dulce sentimiento de union y armonía que ha hecho celebrar conferencias internacionales para tratar de la suerte de los heridos en las batallas, de la unificacion de la moneda, de la uniformidad de las tarifas aduaneras, de los convenios postales, y en general, de la uniformidad de todos los intereses materiales, entonces sin esfuerzos, sin violencias, sin ignominia de un pueblo solo, veremos la unificacion de las len-

guas y la desaparicion de los caractéres que hoy constituyen las razas. Entonces la ambicion de un génio, por grande que sea, no arrastrará á millones de hombres á degollarse entre sí, porque una frontera se extienda tres leguas más allá; porque entonces no habrá fronteras; todos seremos hermanos.

¿Y esto, está muy lejos?

No; para consuelo de la humanidad debemos establecer una comparacion: desde la navecilla de Jason hasta los navíos de tres puentes hay tres mil años, y de estos á las fragatas con coraza tres dias: pues estos tres dias representan el espacio de tiempo que media entre las escrituras uniformes y los periódicos á dos cuartos, entre la geografía de Homero y las cartas submarinas del Comodoro Maury; entre la carreta de Meroveo y los caminos de hierro. Y despues de esto, ¿se nos negará que la ciencia marcha?

La ciencia, combatida por la censura, educada aisladamente y aisladaménte practicada; escarnecida, sin estímulo, sin proteccion, sin ayuda, ha debido seguir una marcha lenta, penosa, y sobre todo, informe y vacilante. Hoy no; enaltecida, protegida, bien pagada, marcha magestuosa al fin que Dios la ha señalado. Producto de la inteligencia, que es un destello divino, un don del Criador, una prenda de amor y la verdadera filiacion del hombre, con la que demuestra su orígen, marcha á paso de jigante, ayudada de los mismos elementos que ella ha producido. Hija de quien es, no puede faltar á su mision; tiene que cumplir su fin la agrupacion de toda la raza humana, el establecimiento de la paz sobre la tierra, y por último, la fraternidad universal.

CAPÍTULO XVIII.

¿Á DÓNDE VAMOS?

Á la república ó á la monarquía; á la pobreza ó á la abundancia; á la libertad ó á la restauracion; á la grandeza de España ó al cáos.

La cuestion es ineludible. Es preciso que España se constituya, porque la forma transitória no es aceptable y además está expuesta á mil peligros. Aun cuando la cosa exista, porque realmente existe, y existe en la forma verdadera, casi, casi como nosotros la pediriamos, es preciso que se le dé el nombre, que reciba el título, que tenga la sancion legal, y que lo que hoy no es más recurso, de *por ahora*, sea una fórmula concreta y definida, que estableciendo los destinos bien delineados de la pátria, nos permita aunar todas las fuerzas para atender á su prosperidad.

Dos formas se presentan, y aunque los campos de la política quieran diferir la eleccion de una de esas dos formas, esta eleccion no puede retardarse por más tiempo.

Veamos cuál es la que mejor conviene. La monarquía es la forma conocida y que por espacio de cientos de años ha sido la forma de gobierno única conocida en España. Tanto bajo la forma absoluta, como bajo la constitucional, el pais ha tenido siempre muy poco de que alabarse de la monarquía. El lujo, el fausto, el despilfarro de una sola familia, pagados por un pueblo entero. La sangre de este mismo pueblo derramada á torrentes para satisfacer las pueriles vanidades, las culpables ambiciones ó las despóticas usurpaciones de esa familia única.

Todas las riquezas, todos los tesoros, todos los talentos de muchos para uno solo, y éste solo disponiendo á su antojo de vidas y haciendas, y haciendo armas del pueblo para asesinar al pueblo, y de la religion para asegurar su

dominio y cubrir y dorar sus vicios. La grandeza y la opulencia de uno, la miseria y el envilecimiento de muchos; la cobardía de uno, la sangre generosa y tontamente derramada de todos.

El pueblo sin destino propio, y los destinos del pueblo comprados, vendidos, cambiados y modificados por uno solo, sin responsabilidad y sin dar cuenta y satisfaccion á nadie. El rey sobre todos, y á veces contra todos y el pueblo, dando de contínuo su riqueza y su sangre y presentando sus espaldas para recibir latigazos.

Y despues de todo esto, una nacion sin caminos, una agricultura sin canales, un comercio sin puertos y marina que le proteja, artistas y hombres de talento teniendo que vender sus inventos al extranjero por falta de proteccion, una Hacienda sin dinero y un Tesoro sin créditos; gobiernos que cortan sus cuentas para no pagarlas y mantienen grandes ejércitos para imponer silencio y un clero numeroso para que ruegue por los vicios de uno solo ó los perdone por un pedazo de pan; grandes dignatarios cubiertos de galones y bordados, que teniendo en sus casas un numeroso servicio, van á una casa un poco más grande que la suya á desempeñar oficios viles. Una persona á quien hay que hablar de rodillas y decirle que tiene un talento, un valor, una hermosura, una prudencia y un criterio superior al de todos, aunque sea más simple que Bertoldo, más cobarde que Luis XIV, más feo que la estátua del vicio, más temerario que un loco y ménos discreto que un imbécil; una persona á quien se alumbra cuando pasa por los corredores de su casa y se tocan los tambores y se tiran cañonazos cuando sale de su casa ó duerme, ó despierta, ó ejerce cualquiera de las funciones naturales, ahí teneis al rey y á la monarquía.

Es decir, la persona, el orgullo, la petulancia, la exageracion de la vanidad, la ignorancia, la crueldad y el vicio. La institucion: el despotismo, el despilfarro, la bancarota.

Con el rey: el presupuesto de la casa real; los alabar-

deros; los cuerpos de casa real; las posesiones reservadas á la persona real; el teatro real; el camisero real; el zapatero real; el tahonero real.

Sin el rey: todo español, todo nacional, todo de todos, nada hay superior al pueblo, nada le puede estar reservado; si el pueblo es soberano, no puede serlo un rey; y si tenemos rey, serán soberanos todos menos el pueblo, porque la mayor parte de ellos, despues de su despotismo, han dado nacimiento al despotismo secundario, pero más cruel de sus mancebos, de sus favoritos, de sus privados, de sus ministros, de todos los lacayos con bordados que siempre rodean esa ara sangrienta que se llama el trono.

Sin el rey es el pueblo el único señor de su destino, y todo cuanto en la nacion se haga, ha de hacerse en nombre del pueblo; el pueblo goza de todos los derechos sin restriccion; porque como no tiene que desprenderse de parte alguna de su soberanía, la ejerce toda, y él es el único regulador de sus derechos y de sus deberes, y con gran criterio establece la justa reciprocidad de unos y de otros.

El rey, apoyándose, á falta de otro derecho, en el derecho del más fuerte, es decir, en las bayonetas, tiene que crear un gran estado militar, y este engrandecimiento militar lo lloran al momento la agricultura, las artes, y finalmente, la libertad. Las sumas enormes que en un solo reinado se han gastado en dotacion de la casa real y en mantener un exceso de ejército que no siempre ha hecho falta, hubieran bastado para hacer una fortuna regular á un millon de familias y haber construido una marina más numerosa que la francesa. No se ha derramado tanta sangre en la guerra de la Independencia española, como en el contrariado reinado del último Borbon. Se asustaria el pueblo español si conociese, á ciencia cierta, el número de hombres sacrificados, en Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, Alicante, el Carral, Madrid y otros puntos desde 1833 á 1868, tan sólo por sostener en el trono una persona, y sentada esta, su autoridad.

Un príncipe en el trono es una sangría perpétua en el presupuesto. A cada nuevo hijo una pension. A cada boda, un dote. A cada momento un sacrificio al país. El rey, es cierto, nos dicen los constitucionales, reina y no gobierna: ¿pero habrá una sola persona formal, que se atreva á decirnos con seriedad, si esto se ha practicado en España un solo dia?

Dos ó tres veces, tan solo, la voz del pueblo ha llegado hasta el Trono, pero para esto ha tenido que ser tan robusta, que ha ensordecido á los cañones, y entonces, tan solo entonces, se ha confesado vergonzosa é ignominiosamente haberse equivocado, sin perjuicio de volverse á equivocar otra vez.

No queremos hacer la historia de la monarquía, porque para eso seria preciso escribir un libro que se titulase, «Martirologio de los pueblos oprimidos,» y no es ese nuestro ánimo. Tan solo queremos preguntar á los que nos gobiernan: A dónde vamos, á dónde nos llevais, ¿á la monarquía?

No valia la pena de haber hecho una revolucion y de haber elaborado una Constitucion, á la que si viene rey, aumentará en seguida un acta adicional, que aumente su derecho particular en detrimento del derecho público, del derecho de todos. No valia la pena de haber derramado la sangre en Linás de Marcuello, en Santander, en Béjar, en Alcolea. No habia por qué haber sufrido las persecuciones, el ostracismo y el destierro. Hubiérase verificado un cambio ministerial y hubieran quedado las cosas como estaban.

Pero no era eso lo que el pueblo queria, porque el pueblo, al pisotear y derribar, en su terrible cólera, las coronas, cuando las personas estaban lejos, pisoteaba el símbolo de la institucion que odiaba y anatematizaba la institucion. ¿Qué quiere decir el grito «Abajo los Borbones? No quiere decir, abajo una familia; quiere decir abajo los reyes; ha cesado la monarquía de ser nuestro sistema de gobierno y queremos destruir este fetichismo de nuevo

género. No hay más rey que el pueblo y la república es su forma de gobierno. Eso quieren decir esas nobles aspiraciones que se traducen en hechos prácticos en Cádiz y Málaga y que contrariándose llegarán á adquirir tal carácter de necesidad, que para su planteamiento se sacrificará todo lo que el pueblo ame más.

Desgraciado del que se oponga á la satisfaccion del deseo del pueblo; que este, á semejanza de la tempestad no necesita más que de un minuto, en el reloj del tiempo, para destruir y aniquilar la obra, al parecer, más sólidamente construida, y las revoluciones que son tales, tienen el carácter distintivo de devorar hasta á sus propios autores: pero de esta destruccion brota fecunda y poderosa una nueva pátria, rica, grande y próspera.

De los horrores, necesariamente precisos, de la plaza de la Revolucion, en París, salió aquella Francia poderosa, que desnuda y descalza venció á los granaderos de Brunswick, á los ingleses en Tolon, á los prusianos en Jenomapes, á los austriacos, á los holandeses, á los españoles, á los mamelucos y á los italianos y dió leyes á la Europa consternada y reconstituyó un mapa á su antojo. De aquella Francia desolada y en lágrimas, salieron los derechos del hombre y la ciencia nueva y una Francia, que aún pesa hoy sobre los destinos del mundo.

¿Se nos dirá que afectó la forma monárquica imperial? Ese fué su error y al no haberlo cometido, hubiera establecido el reinado de la libertad en el mundo, emancipando al pensamiento y protegiendo á las nacionalidades oprimidas, hubiera fundado el imperio de la fraternidad universal, oyendo un coro general, que bendijera el nombre francés.

Hoy el pueblo español se ha creido, por un momento, destinado á dar la señal á los pueblos oprimidos para sacudir el yugo que los ataraza, y sus hombres políticos, empequeñeciendo la obra grande, detienen el carro de la revolucion y la quieren hacer retrogradar. ¿Para qué? ¿Para darnos otra monarquía?

No la queremos, y cuantas veces por la fuerza, por el engaño, por la astucia, ó áun cuando sea por la intervencion extranjera, intenten imponérnosla la haremos pedazos, porque tenemos el convencimiento de nuestro propio valer. Hasta el 29 de Setiembre, el pueblo habia solo tanteado sus fuerzas, pero no habia llegado á medirlas, por completo. Hoy, ha visto que en ese terrible dinamómetro, que se llama la revolucion, su robusto puño marca el grado máximo y espera, sinó tranquilo, severo al menos el resultado de la obra, que tan artificiosamente están labrándole los mercaderes políticos, que solo han cuidado hasta ahora de cosas y personas, cuando debian, únicamente, ocuparse de las ideas.

Por consiguiente, volvemos á preguntar: pero preguntamos con calma y dándoos tiempo para discutir nuestros destinos, para pesar los hechos y estudiar la triste y dolorosa historia de lo pasado; dándoos tiempo para esplorar la opinion pública, antes de obrar de una manera irrevocable que pueda producir conflictos:

¿A dónde vamos?

Si hoy que todavía es tiempo, desoís la voz de la prudencia y de la templanza, mañana quizás no será tiempo y no tendreis que contestar al pueblo, cuando airado y potente os pregunte con su voz rugiente y su terrible saña:

¿A dónde vamos?

Y no recibiendo contestacion, porque el espanto helará la voz en vuestros pechos, el mismo pueblo os gritará enojados: Atrás, fariseos de la libertad; mercaderes de la soberanía de la nacion, traficantes de la revolucion, apóstatas de la más santa causa, enemigos del pueblo, atrás!

Paso á la República!

Larguita ha sido la faena, pero ninguno de ustedes debe estar arrepentido, porque la prosa de mi amigo Flamilso es instructiva, y á los

buenos españoles les gusta aprender alguna cosa.

Voy á dar el golpe de gracia á este volúmen, porque á la verdad, ya van siendo muchas letras para tan poco dinero, y no es cosa de arruinar al editor por el gusto de hacer propaganda.

Pero, no concluiré; es decir, no pasaré al capítulo que llamo *¡Alto y descansen!* sin hacer á ustedes una franca y muy oportuna revelacion, y es la siguiente:

Muy agenos estábamos los firmantes de suponer que al concluir nuestra tarea hubiesen podido ocurrir en España sucesos como los que hemos presenciado.

Todos ellos de bulto, todos ellos de grave consideracion, y todos ellos hijos de una marcha política incomprensible; á nosotros nos tienen atortolados, y desde que hemos sido testigos de la proclamacion de S. A. el Regente del Reino, estamos como quien ve visiones, estamos bajo la impresion de una sorpresa, que es más duro que estar bajo el peso de D. Salustiano de Olózaga.

¿Qué les parece á ustedes de lo que ocurre?

Un pueblo que se *levanta* y vuelve á caer en la tentacion de traer rey que le mande; una Cámara Constituyente que vota un Código realista sin tener persona determinada para el trono; un Ministro de la Guerra que hace repetir el juramento de la Constitucion al regi-

miento de caballería titulado de Castillejos, al fin y al cabo compuesto de tocayos suyos; y por último, algunos milicianos que cierran el paso á una manifestacion republicana en la calle de Bailen, diciendo con tono andaluz: ¡*Atráz paizano*! todo esto, gravitando sobre nosotros, es un peso formidable, una cosa que no se puede aguantar.

Pero, ¡quiá! ¡si nos dejamos lo más chusco!

Un hombre público que acepta la corona de España con la regencia, sobre todas las demás coronas, alguna de ellas de espinas, debida á la amabilidad de su compañero el general Prim y Prats; un ministerio en que entra á formar parte un caballero que se llama Martin y Herrera, muy conocido en su casa á las horas de comer; y sobre todo, ese mismo gabinete en el cual echa raices el Sr. Sagasta y se planta el señor Ruiz Zorrilla, ochavo segoviano de la Revolucion de Setiembre; todo esto, sobre lo de antes, es una carga que nos abruma, que no podemos resistir.

Nosotros quisiéramos aconsejarnos de personas ilustradas, y de seguro que si lo hiciéramos del Sr. Ruiz Zorrilla, nos recomendaria soltar la carga y echarnos á dormir sobre las pajas.

¡Bendita Revolucion!

Pues lo vamos á hacer en éste momento, acabando por dar á conocer la situacion final de nuestros olvidados personajes en el capítulo inmediato.

Luego viene como de postres un Epílogo en verso y prosa, que de todo hay en la viña del Señor, última parte cuya lectura recomendamos á D. Nicolás María Rivero.

¿Qué ha sido del comandante Chafarote y los demás de nuestros amigos?

Vamos á verlo.

CAPTÍULO XIX.

¡ALTO Y DESCANSEN!

Don Primoroso habia dado al artículo *¿A dónde vamos?* una entonacion subida y propia del caso.

Los componentes de la magnífica tertulia reaccionaria empezaban á rendirse con tanta lectura, y no faltó quien dijera, como el gacetillero progresista (hablamos del amigo Chicharra) que aquello era música celestial y que no habia más remedio que saltar por todo hasta el Epílogo que verán ustedes más adelante.

Pero el Comandante no cedia una línea de su terreno, y con la acostumbrada energía puso en órden el cotarro y sostuvo ardientemente la discusion.

Efectivamente, el comandante Chafarote presidia con todo carácter las reuniones, procurando imitar al Sr. Moncasi en lo de chillar y no dejarse sobreponer por razones ni argumentos de ninguna clase.

Tocó á su fin la lectura de la parte científica de este libro y exclamó:

—Señores y señora: se acerca el momento de concluir el tomo, y antes de que esto suceda, voy á participar á ustedes la fausta nueva de que doña Isabel de Borbon, por conducto del Emperador de los franceses, se vuelve á echar en brazos de la Union liberal (y van tres veces que se echa en ellos); de modo y manera, que don Cárlos se me figura ya un imposible, y el príncipe D. Alfonso me va pareciendo el niño mimado de la situacion.

Como lo que yo quiero es ganar, para mañana ú otro dia un buen destino en mi cuerda, me decido por el hijo de la que fué reina de España y creo de mi deber comunicárselo á ustedes. Hé dicho.

D. Primoroso dió una palmada y dijo:

—¡Viva el Regente del reino!

Chicharra no contestó, y solo doña Patricia dió señales de vida, cubriéndose la cara con ambas manos y sollozando como quien sufre algo de eso que se llama vergüenza, enfermedad poco generalizada entre sus contertulios.

El jóven republicano hizo otro gesto más fuerte que ninguno, y ¡oh fenómeno!.... Despertó.

Pero no quiso hablar: reprimió la cólera, y tomando su maltratado sombrero se retiró.

—¡Pobre chico!—dijo D. Primoroso—¡qué daño le ha hecho ver lo de la Milicia converti-

da en Ejército el dia de la manifestacion conmemorativa del 22 de Junio!

—¡Que se aguante!—replicó Chicharra como si estuviera haciendo una gacetilla para *La Iberia* ú otro periódico de la cofradia de San Mamerto.

—¿Y por qué se ha de aguantar? interpuso el comandante de mal humor.

—Porque sí—contestó Chicharra demostrando bien á las claras que era imitador de la elocuencia de Sagasta.

—Pues yo digo que nó—chilló D. Primoroso.

—Usted dice que no, porque los republicanos son una esperanza para ustedes, para la reaccion.

—¿Se quiere usted callar, tio petate?

—¿Eh? ¿qué es eso? ¿á mí petate?

—¡Malandrin!

—¡Silencio!

—¡Zis!

—¡Zas!

Dos bofetadas y á oscuras.

El comandante sacudia á Chicharra de lo lindo, éste zurraba á D. Primoroso, y mientras tanto doña Patricia Revuelta daba desaforados gritos, que consiguieron llamar la atencion del sereno.

Pero el sereno no subió solo.

Le acompañaban dos agentes de órden público, que despues de reconocer la casa, encon-

traron en ella cincuenta fusiles, doce rewólvers, quinientos puñales y seiscientas navajas de Albacete, con un letrero cada una, en que decia:

«Biba don C. VII rey d E esPañA.»

Los agentes y el sereno dieron parte al alcalde de barrio; éste se lo participó á otros y los tres individuos fueron al Saladero en derechura.

Doña Patricia, generosa con los autores de este libro, se guardó en el pecho el manuscrito que habia quedado sobre la mesa y al dia siguiente nos lo entregó diciendo.... por escrito.

—Estoy muy mala; tomen ustedes su libro y recomienden mi pobre Constitucion á los buenos españoles; vivo en una casa de la calle de la Libertad, y allí estoy dispuesta á recibir á los pocos ciudadanos que comprendan mis necesidades y la causa del malestar que me abruma.

¡Pobre doña Patricia!

A la hora en que la dedicamos estas líneas está espirando. Dice que se salvaria de tan inminente peligro con solo ver planteada la República, pero nadie la atiende: el jóven melenudo de la tertulia la acompaña largas horas, pero no hace más que dormir y la enferma va cada dia peor. . . . .

. . . .

Y se morirá; y el muchacho republicano será capáz de consentirlo sin buscar la receta

salvadora...... y si ella muere, todo fracasa.

¡Aire, campo, vida de movimiento, vida de accion para la doliente y ella se salvará!

¿Están sordos los españoles?

¿Se han olvidado ya de lo que merece la pobre enferma?

No digan que descienden de Guzman el Bueno, que són herederos de los ricos timbres de Rodrigo Diaz de Vivar, ni que tienen en su hermoso territorio á Bailén y Zaragoza; no digan que aman á la pátria si no la salvan del peligro á que la han hecho llegar las ambiciones del perjurio.

Aún es tiempo: el Código fundamental, votado en 1869, tiene un artículo 31, entre otros ataques á la Revolucion, cuyo artículo está hecho de encargo para que triunfe el despotismo de los rutinarios.

¡Adelante! Un paso más dentro del órden de que viene dando ejemplo nuestro partido, y la República es un hecho.

EPÍLOGO.

UN REGENTE... DE BOTICA.

EPÍLOGO.

UN REGENTE... DE BOTICA.

Gracias á Dios, amables compradores,
que estamos al final de este volúmen,
y atento á vuestros cuartos y favores
allá va el *Post-Scriptum* ó *Resúmen*.
Si es que me sale mal, les hay peores;
si es que me sale bien, será mi númen
elogiado sin tasa por los críticos,
y el espanto á la vez de los políticos.

—

Yo no sé de qué modo os pintaria
la inmensa gratitud y el justo orgullo
que siente en este caso el alma mia,
pues haciendo el papel de Pero-grullo

conseguí que leyérais, y sería
acabar este tomo de barullo
sin hacer un epílogo ó post-data,
además de cobarde, accion ingrata.

—

Y como no soy capaz,
ni dar al olvido quiero
que habeis soltado dinero
por este librito audaz;

—

Allá va por lo que implica
un episodio de fama,
y que como veis se llama
Un Regente de bótica.

—

Si la musa me socorre
le he de hacer con *chic* y largo,
porque le tengo de encargo
para el Duque de la Torre.

—

Tales sucesos relata
que no queda más que ver:
con que, señores, á leer
y ojo al Cristo que es de plata.

. . . .

Nota: (este cuadro es un símil
que el mismo bobo de Coria
puede leer como historia,
y por tanto, verosímil.
Y si algun amigo está
del Duque, entre los lectores,

que no busque á los autores,
porque no les hallará).

—

Mas el verso me incomoda
y es de moda, á no dudar
escribir mucho y á ciegas
las entregas por llenar.

—

¡Paso, paso! que es la prosa
más rumbosa y más sutil,
y el asunto me parece
que merece obrar así.

—

Con tan fausto motivo
el plectro arrojo
y para fin de fiesta....
¡Cosas de Apolo!
manda su hija
dos cachitos de cielo,
dos seguidillas.

—

Si hay quíen tenga bandúrria
de los presentes,
que las cante á la puerta
de mi regente.
¡Ole con ole!
y vamos adelante
con los faroles.

—

Pero esto acaba al rape
de la carilla

y se me hacen urgentes
más seguidillas.
¡Ea, andandito,
siga usted, que á la vuelta
lo venden tinto.

—Resueltamente, esa es la política del porvenir.

—Ó la política de lo únicamente positivo, maese Cicuta.

—Yo afirmo y sostengo que esa es una política de aventuras y de peligros: de salga lo que saliere, de *¡vamos viviendo!* solamente y lo que es peor, una política de contradiccion.

—Señor D. Claudio Cicuta; veo con mucho dolor que está usted completamente imbuido en las perniciosas ideas de los soñadores modernos, y preveo que nunca llegará usted, como tampoco sus amigos, al planteamiento de su bello ideal político.

Pedimos perdon al lector, por no haberle prevenido antes que la escena tiene lugar en una botica muy vieja propia de la viuda de un antiguo boticario del rey, *nuestro Señor*, y que hoy la despacha D. Claudio Cicuta, jóven medianamente decrépito,—treinta y nueve años, pelo rubio lacio, piernas larguísimas y brazos todavía más largos, elegante á la moda del año 40, regularmente instruido y teniendo por ídolos en política á Rivero, en elocuencia á Coronel y Ortiz y en diplomacia á Montemar;

oficial de voluntarios y lector valiente de eso que han dado en llamar periódico liberal y que se titula *La Iberia*.

El segundo interlocutor es D. Pio Seagarra, fraile abortado en 1835, viajante misterioso hasta el 40, administrador de menores, que nunca tuvieron padres, confundidor de esperanza, hermano de la Paz y Caridad, y finalmente, administrador de la Sal, en tiempo de la gente de Vicálvaro: en estos momentos manifiesta una tierna inclinacion á la amistad de todo militar en situacion de reemplazo y á quien pueda suponer lastimado ó alejado de la actual situacion, y á todo miliciano, separado de un destino ó privado de una ocupacion por las olímpicas disposiciones de cualquiera autoridad más ó menos popular.

Claudio Cicuta tenia dos debilidades: la de creerse un gran político y escribir sus impresiones, y la de no poder resistir al sueño, llegadas que fuesen las once de la noche.

Cerraba su botica á las diez en punto, hacia su balance de caja diario: examinaba los botes para reponer aquello de que más despacho hubiese habido en el dia, y terminado este trabajo leia un rato ó escribia sus impresiones políticas en un cuaderno, á manera de diario.

Muchas veces, alarmadas las gentes de la casa al notar luz á deshora, en la botica, solian mandar á la criada á averiguar la causa: siempre que esto sucedia encontrabala maritornes á

Claudio Cicuta profundamente dormido sobre sus dos brazos y sus dos brazos cruzados sobre el manuscrito.

La noche del dia 16 de Junio cerró Cicuta y despues de haber hecho su balance, altamente satisfactorio, y procedido á la reposicion de varios géneros, casi completamente agotados, en aquel dia, abrió su manuscrito y empezó de esta manera despues de un descomunal bostezo.

—No hay remedio, mal que le pese á Figueras..... mostaza, un Kilo, doscientos gramos.

Y dió una profunda cabezada: trató de enderezarse, pero fué en vano: su cabeza llena de ideas confusas, pesábale cada vez más y parecia que ante su turbada mente se agitasen objetos estraños en monstruosa confusion, y sin embargo, su sueño aunque estravagante tenia una forma perfectamente determinada.

Todos los frascos que estaban colocados á su derecha en las tablillas de la anaquelería, animándose como si tuvieran piernas, descendieron y tomaron asiento á su alrededor; lo mismo hicieron los de la izquierda y tambien los cajoncillos que ocupaban la region inferior.

Traian los unos bandas y cintas como fragatas en dia de gala, y los otros estaban empolvados como caminante que llega de un largo viaje; estos últimos eran menos en número; por último, un frasco de bastante volúmen y en cuyo rótulo se leia: *Ungüento blanco*, tomó la la palabra y dijo:

—¡Queridos compañeros! ha sonado ya la hora de nuestra emancipacion; nuestro enemigo, el enemigo de nuestro reposo, el asesino de nuestra tranquilidad duerme, y es preciso aprovechar el momento para organizarnos y constituirnos: me atrevo á proponeros un proyecto.

Al oir la palabra proyecto, el frasco que encerraba el *acetato de plomo* saltó sobre su asiento, y dijo:

—¡Alto ahí! yo que sirvo para aplicar *fomentos* debo sólo redactar los proyectos, y si os parece poco uno solo, os redactaré veinte, ciento, mil; los que querais.

—No señor, interrumpió bruscamente el *nitrato de plata*: eso de los proyectos es cosa exclusiva mia, y si nó que lo digan todos los nitratos de oro, de cobre y otros, y áun la nicotiana, y la sal tártaro, y el azogue que me son particularmente afectos, á ver si nadie me iguala en ésta, en esto de redactar proyectos; yo reclamo el honor de proponer á la Asamblea que se me dé la preferencia.

—Sí, sí; te has lucido, buen nitrato de plata, observó con socarronería la *pimienta cubeba*; ya conocemos tus sistemas y tus proyectos; en particular nos has prometido mucho, y luego en público...

—Que se calle la pimienta cubeba, que siempre hace la oposicion por sistema y ataca de una manera virulenta, exclamaron varias

voces de la derecha;—que se calle, y áun seria mejor negarle el uso de la palabra.

—¡Eso nó, caballeros! respondió un leño seco, todo retorcido, llamado *rabasa-morta;* porque si eso haceis nos retiramos á nuestros estantes y os dejamos abandonados á vuestros enemigos.

—No hareis tal—le contestó una *cucurbitácea;* todos venimos aquí de comun acuerdo y es preciso que lleguemos á conformar; hagamos como la estúpida humanidad y constituyamos de una manera definitiva, empezando por nombrar las capacidades que han de dirigir la obra de nuestra regeneracion.

—¡Bien hablado! exclamaron en coro el ácido prúsico, la copaiba, las pepitas de melon, de sandía y de pepino—tanto es así, que te votamos una accion de gracias.

—Mejor seria otra vivienda más cómoda que la que tengo; porque ya sabeis que las cucurbitáceas nos reproducimos de una manera fenomenal, y presiento que antes de poco voy á tener estrechez hasta en el jardin botánico.

—Que la lleven á las huertas de Arjona, articuló el frasco de los polvos de cantárida.

—Que se callen los rojos; ¡afuera los facciosos! Esos nunca están contentos.

—¡Que se proceda á formalizar un gobierno!

—¡Que viene el bú!

—El bú está todavía durmiendo, dijo para tranquilizar la mostaza de Dijón.

—¡Que callen los franchutes! No queremos nada de extranjis...

—Órden, amigos, suplicó una calabaza totanera.

El tumulto se apaciguó, y habiendo escrito unas cuantas líneas en una hoja de higuera, leyó el amoniaco con voz grave y sonora, lo siguiente:

—Constituirán nuestro Gobierno los señores siguientes.

Presidente.—El ácido acético.

Estado.—Un aceite cualquiera, con tal que no sea de Montoro.

Hacienda.—Calomelanos.

Gobernacion.—Tartrato estibiado de potasa.

Gracia y Justicia.—Extracto de ópio.

Marina.—Cuasia amara.

Ultramar.—Papaver, y

para que conserve el órden en nuestras discusiones, cuando tratemos de la grande obra de nuestra regeneracion, se propone al caballero *Vino del doctor Albert*.

¿Se aprueban estos nombramientos?

Es imposible dar una idea del espantoso concierto de silbidos con que fué acogido el trabajo del pobre amoniaco.

—¿Pues y mis servicios? decia el láudano: qué, de nada sirve mi habilidad para adormecer á D. Claudio Cieuta?

—¿Y los mios? replicaba el malvavisco: no

he sido yo el que he suavizado más de cuatro veces el humor de Cicuta?

—¿Y yo, que le he dado en diferentes ocasiones lo que no tenia, añadió *jalapa*, para que tuviese necesidad de ausentarse y de dejarnos el campo libre? no valen nada mis servicios?

—¿Y los mios?

—¿Y los de todos nosotros?

—¡Ah, sí! para ayudaros ya somos buenos, para tirar del turron.

Una voz fresca de vendedor de periódicos cantaba en la calle:

San Juan y la Magdalena
jugaban al esconder,
San Juan le tiró un zapato
porque..... no jugaba bien.

Todos los frascos y drogas se conmovieron, y conocieron que era preciso acabar pronto, y en este concepto, *Ungüento blanco* les rogó que se aprobasen los nombramientos, lo que tuvo lugar; Calomelanos se levantó poseido de un modesto temblor, que hacia muy buen efecto, y dijo:

—Señores: estamos profundamente agradecidos á vuestros favores y procuraremos corresponder á ellos; pero antes de terminar quiero rogaros que nombreis á uno cualquiera de vosotros para que temple las discusiones que necesariamente hemos de tener en nuestra difícil mision, porque yo os aseguro que lo temo todo

del carácter avinagrado de Ácido acético y de sus satélites.—¡Ay!

Esta exclamacion la produce un puntapié de Ácido acético que desportilla á Calomelanos. La reunion se convence con esta prueba y resuelve no nombrar un mandon que mande más que todos. Para este puesto se propone á la Cucurbitácea que ya habia hablado antes.

Esta dá las gracias y abraza á todo el concurso en la persona de *Vino de Albert*. Se pronuncian entusiastas elogios de la personalidad, que desde este dia se llamará Cucúrbitus I.

Estira las piernas el Sr. D. Claudio Cicuta, y todos los frascos, drogas, polvos, sales, ungüentos, extractos y jarabes, vuelven precipitadamente á sus puestos. El Regente tararea entre sueños;

¡Ay Juanillo, Juanillo
que te la pegan;
quien se fia en Vicálvaro
buen pago lleva!

. . . .

Y levantándose medio dormido empezó á andar, y de pronto se oyó un ¡ay! lastimero y un ruido de hombre que cae rodando. Acudieron los dueños y criada de la botica, y encontraron á D. Claudio Cicuta bañado en sangre y tendido en la escalera de la cueva, cuya trampa habia dejado abierta antes de dormirse.

La herida era leve y se le hizo la cura, y

despues de la siesta, reflexionando sobre el suceso de la madrugada, escribia lo siguiente en su célebre cuaderno.

—¡Está visto! Ni se puede ser Regente, ni se debe soñar, ni conviene dormirse sin ver si hay alguna trampa abierta.

CONCLUSION.

¡Viva la República federal!

(Un agente del Sr. Sagasta).

—¿Por qué gritan ustedes ¡Viva la República! ¡Al Saladero!

(Los autores, con mucha educacion).

—Porque nos dá la real.... digo no, la republicana gana. ¡Viva la República!

ADVERTENCIAS.

La Regeneracion, *La Legitimidad* y *La Esperanza*, han dado á conocer estos últimos dias el manifiesto de D. Carlos de Borbon, escrito en tonto y en el cual vemos lo siguiente:

«Me anima la secreta esperanza de que con »la ayuda de Dios, el pueblo español y yo, *he»mos de hacer grandes cosas*; y ha de decir el »siglo futuro qué yo fuí un buen rey y el pue»blo español un gran pueblo.»

Es toda la necedad que cabe en un hombre y en tres periódicos dignos de él.

—

Avisamos á los escritores de Madrid, nuestros amigos, que hay dos caballeros, uno impresor que se llama D. Gregorio Juste, y otro que no es impresor y tiene por nombre Antonio Herreros que son muy amigos de gangas y acostumbran á engañar á los autores, pidiéndoles original y no pagándoselo.

Nosotros que escribimos para ellos un folleto en prosa y verso titulado, *la Campanilla del Diablo*, no hemos cobrado el *parné* y por no lidiar con escribanos, hacemos esta leal advertencia.

—

Si este libro se perdiese
como puede suceder,
vuelva usted á comprar otro
y se lo agradeceré.

(El Editor).

FIN.

ÍNDICE

DE LAS SUSTANCIAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO.

PARTE SEGUNDA.

AQUÍ ENTRA LO BUENO.

PARTE TERCERA.

MALES DEL PUEBLO.

EPÍLOGO.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES.

UN MAL GOBIERNO.—Folleto que saldrá á relucir muy pronto.

¿EN QUÉ PAIS VIVIMOS?—Pregunta que se hacen dos españoles mayores de edad.

LAS NARANJAS DE SANLÚCAR.—Género averiado: opúsculo dedicado al Sr. Topete.

LOS LADRONES CON CARTERA.—Cuento fantástico, que se empezó á escribir el 29 de Setiembre y se acabará cuando Dios quiera.

SU ALTEZA EL REGENTE.—Pliego de aleluyas.

EL ALCALDE SE DIVIERTE.—Paso de risa escrito con rom y marrasquino.

Todas estas obras irán saliendo por el mismo órden en que aparecen aquí.

Se vende este folleto á 4 reales en Madrid y 5 en provincias, calle de Isabel la Católica, núm. 21, y en las principales librerías del reino.



